

La Riqueza de los Años

*Actas del primer Congreso internacional
de la pastoral de las personas mayores*

(Roma, 29-31 de enero 2020)

PRESENTACIÓN, GABRIELLA GAMBINO	3
DISCURSO DEL SANTO PADRE	6
INTRODUCCIÓN, CARD. KEVIN FARRELL	9
LA EDAD DE LA LONGEVIDAD, GIUSEPPE DE RITA	14
UN CAMBIO DE ÉPOCA, TAMBIÉN PARA LA TERCERA EDAD, MARCO IMPAGLIAZZO	21
LA IGLESIA JUNTO A LAS PERSONAS MAYORES, MONS. JOSÉ ANTONIO PERUZZO	30
LA PERSONA MAYOR EN ANGOLA, MOISÉS LUCONDO	33
PERSONAS MAYORES Y FAMILIA, DONATELLA BRAMANTI	40
EL DIÁLOGO ENTRE GENERACIONES, MARIA VOCE	64
LA GENERACIÓN DE LAS PERSONAS MAYORES. UNA GENERACIÓN QUE DEBEMOS ACOMPañAR ESPIRITUALMENTE, MONIQUE BODHUIN	73
LA PERSONA MAYOR, UN DESAFÍO Y UNA OPORTUNIDAD PARA LA FAMILIA, CATHERINE WILEY	87
PERSONAS MAYORES EN HOGARES FAMILIARES, GIOVANNI PAOLO RAMONDA	96
LA VOCACIÓN DE LAS PERSONAS MAYORES EN LA IGLESIA, CARD. JOSÉ TOLENTINO DE MENDONÇA	100
LA ESPIRITUALIDAD DE LAS PERSONAS MAYORES Y LAS RAÍCES DEL SANTO PUEBLO FIEL DE DIOS, P. ALEXANDRE AWI MELLO, I.SCH.	107
A LA VEJEZ NECESITAMOS INVENTARLA, MARIO NOGUER	122
TESOROS NUEVOS Y VIEJOS. INVENTAR LA VEJEZ EN LA TRADICIÓN CATÓLICA, PETER KEVERN	128
REINVENTANDO LA VEJEZ DE LAS PERSONAS MAYORES: UNA PERSPECTIVA ESTADOUNIDENSE, MARY M. COHEN	134
LA PASTORAL DE LAS PERSONAS MAYORES EN LA PASTORAL ORDINARIA, MARIA ELISA PETRELLI	141
CONCLUSIONES. HACIA UNA PASTORAL DE LAS PERSONAS MAYORES, GABRIELLA GAMBINO	146

PRESENTACIÓN

Gabriella Gambino

Subsecretario - Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

En las páginas siguientes se han recogido las actas del primer Congreso internacional de la pastoral de las personas mayores titulado: “La riqueza de los años”, organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida en Roma del 29 al 31 de enero de 2020.

La decisión de publicar los textos quiere ser una primera, transitoria, respuesta a la motivación que el Santo Padre dirigió a los participantes del evento: “He recibido con interés la iniciativa de este congreso [...]. Les pido que esta no se quede como una iniciativa aislada, sino que marque el inicio de un camino de profundización pastoral y de discernimiento” sobre la importancia de la presencia de las personas mayores en la Iglesia.

El congreso, de por sí, ha supuesto indudablemente un parteaguas en el campo de la pastoral de las personas mayores; de algún modo, como que se ha marcado el inicio, al menos a nivel de Iglesia universal. Se ha tratado del inicio de un proceso y, como era obvio que sucediera, no todos los temas fueron afrontados. También es cierto que el encuentro no pretendía dar indicaciones pastorales exhaustivas, sin embargo, intentó individuar algunas pistas de reflexión y de diálogo entre aquellos que, a nivel de Iglesias y asociaciones locales, toman en serio y de todo corazón la presencia de las personas mayores como “miembros” del Pueblo de Dios. El estímulo que movió a los participantes para encontrarse fue el de estar frente a un tema que la Iglesia ya no podía eludir más y que se coloca, con la fuerza de los números, entre las características más significativas del cambio de época, del cual habla frecuentemente el Papa Francisco.

La reflexión se articuló en tres sesiones – que corresponden a las tres partes de este texto – que afrontaron respectivamente la cuestión del descarte de las personas mayores, su participación en la vida de las familias y la vocación de las personas mayores en la Iglesia.

La primera sesión, después de la introducción a los trabajos por parte del Prefecto de nuestro Dicasterio, se desarrolló con dos exposiciones sobre el tema de La Iglesia junto a las personas mayores. Seguida de una mesa redonda, en la cual se presentaron algunas experiencias de cercanía a las personas mayores

vividas en contextos eclesiales muy diversos entre ellos. Se buscó dar voz sobre todo a las periferias para dar razón a la intuición del Santo Padre, según la cual desde las realidades locales es que el mundo se comprende con mayor claridad y verdad.

La segunda sesión se dedicó a profundizar en lo que las familias están llamadas a realizar para valorar la presencia de las personas mayores en medio de ellas. Se habló del diálogo entre las generaciones, del reconocimiento del papel de los abuelos en la transmisión de la fe y, sobre todo, de la necesidad de asegurarnos que cada persona mayor, incluso la más frágil, pueda vivir en un contexto familiar.

La tercera sesión quiso proponer una reflexión sobre la posible vocación de las personas mayores en la Iglesia. Es un hecho que la vejez, efectivamente, debemos un poco “inventarla” – como ha observado el Santo Padre – ya que, en su dimensión de conjunto, se presenta hoy en día como algo inédito, frente a la cual es necesario elaborar categorías culturales y espirituales nuevas.

El presente volumen recoge las conferencias, así como fueron presentadas, en el idioma original del expositor y, sobre todo, en el caso de los testimonios que se dieron durante las mesas redondas, se eligió conservar el estilo coloquial adoptado.

Los textos del encuentro están precedidos por el discurso que el Santo Padre dirigió a los participantes con ocasión de la Audiencia concedida al finalizar el Congreso y se cierran con las conclusiones presentadas al terminar el Congreso por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, con algunas reflexiones y propuestas concretas orientadas a animar y solicitar la puesta en marcha de una pastoral activa de las personas mayores y de los abuelos en las Iglesias particulares de todo el mundo.

En el apéndice, por último, hemos elegido volver a proponer el documento: “La dignidad de la persona mayor y su misión en la Iglesia y en el mundo”, publicado por el precedente Pontificio Consejo para los Laicos, el 1 de octubre de 1998, dada su extrema actualidad, puede ser un instrumento útil al desarrollo ulterior de las reflexiones realizadas juntos.

Confiamos, por lo tanto, al Señor los frutos de este trabajo eclesial con la oración que acompañó las jornadas de nuestro Congreso.

ORACIÓN POR LAS PERSONAS MAYORES

*Señor Nuestro Jesucristo, que nos has donado la vida
haciéndola resplandecer de tu reflejo divino,
tú reservas un don especial a las personas mayores
que se benefician de una larga vida.
Te las entregamos para consagrarlas a ti:
hazlas testigos de los valores evangélicos
y devotos custodios de las tradiciones cristianas.
Protégelas y preserva su espíritu
con tu mirada amorosa y con tu misericordia.
Dales la certeza de tu fidelidad
y hazlas mensajeras de tu amor,
humildes apóstoles de tu perdón,
brazos acogedores y generativos
para los niños y los jóvenes
que buscan en la mirada de los abuelos,
una guía segura en la peregrinación hacia la Vida eterna.
Danos la capacidad de donarles el amor,
el cuidado y el respeto
que merecen en nuestras familias y en nuestras comunidades.
Y concede a cada uno de nosotros la bendición de una larga vida,
para podernos unir un día a ti, en el Cielo,
tú que vives y reinas en el amor, por los siglos de los siglos.
Amén.*

*DISCURSO DEL SANTO PADRE
FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL
CONGRESO INTERNACIONAL
“LA RIQUEZA DE LOS AÑOS”
(Sala Regia, viernes, 31 de enero de 2020)*

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy mi cordial bienvenida a vosotros, participantes en el primer Congreso internacional de pastoral de las personas mayores – “La Riqueza de los Años” – organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida; y agradezco al cardenal Farrell sus amables palabras.

La “riqueza de los años” es la riqueza de las personas, de cada persona que tiene a sus espaldas muchos años de vida, experiencia e historia. Es el tesoro precioso que toma forma en el camino de la vida de cada hombre y mujer, sin importar sus orígenes, procedencia, condiciones económicas o sociales. Porque la vida es un regalo, y cuando es larga es un privilegio, para uno mismo y para los demás. Siempre, siempre es así.

En el siglo XXI, la vejez se ha convertido en una de las características de la humanidad. En unas pocas décadas, la pirámide demográfica –que una vez descansaba sobre un gran número de niños y jóvenes y tenía pocos ancianos en la cumbre– se ha invertido. Si hace tiempo los ancianos hubieran podido poblar un pequeño estado, hoy pueden poblar un continente entero. En este sentido, la ingente presencia de los ancianos es una novedad en todos los entornos sociales y geográficos del mundo. Además, a la vejez corresponden hoy diferentes estaciones de la vida: para muchos es la edad en la que cesa el esfuerzo productivo, las fuerzas disminuyen y aparecen los signos de la enfermedad, de la necesidad de ayuda y del aislamiento social; pero para muchos otros es el comienzo de un largo período de bienestar psicofísico y de liberación de las obligaciones laborales.

En ambas situaciones, ¿cómo vivir estos años? ¿Qué sentido dar a esta fase de la vida, que para muchos puede ser larga? La desorientación social y, en muchos casos, la indiferencia y el rechazo que nuestras sociedades muestran hacia las personas mayores, llaman no sólo a la Iglesia, sino a todo el mundo, a una reflexión seria para aprender a captar y apreciar el valor de la vejez. En

efecto, mientras que, por un lado, los Estados deben hacer frente a la nueva situación demográfica en el plano económico, por otro, la sociedad civil necesita valores y significados para la tercera y la cuarta edad. Y aquí, sobre todo, se coloca la contribución de la comunidad eclesial.

Por eso he acogido con interés la iniciativa de este Congreso, que ha centrado la atención en la pastoral de las personas mayores e iniciado una reflexión sobre las implicaciones que se derivan de una presencia sustancial de los abuelos en nuestras parroquias y sociedades. Os pido que no se quede en una iniciativa aislada, sino que marque el inicio de un camino de profundización y discernimiento pastoral. Necesitamos cambiar nuestros hábitos pastorales para responder a la presencia de tantas personas mayores en las familias y en las comunidades.

En la Biblia, la longevidad es una bendición. Nos enfrenta a nuestra fragilidad, a nuestra dependencia mutua, a nuestros lazos familiares y comunitarios, y sobre todo a nuestra filiación divina. Concediendo la vejez, Dios Padre nos da tiempo para profundizar nuestro conocimiento de Él, nuestra intimidad con Él, para entrar más y más en su corazón y entregarnos a Él. Este es el momento de prepararnos para entregar nuestro espíritu en sus manos, definitivamente, con la confianza de los niños. Pero también es un tiempo de renovada fecundidad. «En la vejez volverán a dar fruto», dice el salmista (*Sal 91,15*). En efecto, el plan de salvación de Dios también se lleva a cabo en la pobreza de los cuerpos débiles, estériles e impotentes. Del vientre estéril de Sara y del cuerpo centenario de Abraham nació el Pueblo Elegido (cfr. *Rom 4,18-20*). De Isabel y el anciano Zacarías nació Juan Bautista. El anciano, incluso cuando es débil, puede convertirse en un instrumento de la historia de la salvación.

Consciente de este papel irremplazable de los ancianos, la Iglesia se convierte en un lugar donde las generaciones están llamadas a compartir el plan de amor de Dios, en una relación de intercambio mutuo de los dones del Espíritu Santo. Este intercambio intergeneracional nos obliga a cambiar nuestra mirada hacia las personas mayores, a aprender a mirar el futuro junto con ellos.

Cuando pensamos en los ancianos y hablamos de ellos, sobre todo en la dimensión pastoral, debemos aprender a cambiar un poco los tiempos de los verbos. No sólo hay un pasado, como si para los ancianos sólo hubiera una vida detrás de ellos y un archivo enmohecido. No. El Señor puede y quiere escribir con ellos también nuevas páginas, páginas de santidad, de servicio, de oración... Hoy quisiera decirles que los ancianos son también el presente y el

mañana de la Iglesia. Sí, ¡son también el futuro de una Iglesia que, junto con los jóvenes, profetiza y sueña! Por eso es tan importante que los ancianos y los jóvenes hablen entre ellos, es muy importante.

La profecía de los ancianos se cumple cuando la luz del Evangelio entra plenamente en sus vidas; cuando, como Simeón y Ana, toman a Jesús en sus brazos y anuncian la revolución de la ternura, la Buena Nueva de Aquel que vino al mundo para traer la luz del Padre. Por eso os pido que no os canséis de proclamar el Evangelio a los abuelos y a los ancianos. Id a ellos con una sonrisa en vuestro rostro y el Evangelio en vuestras manos. Salid a las calles de vuestras parroquias y buscad a los ancianos que viven solos. La vejez no es una enfermedad, es un privilegio. La soledad puede ser una enfermedad, pero con caridad, cercanía y consuelo espiritual podemos curarla.

Dios tiene un pueblo numeroso de abuelos en todo el mundo. Hoy en día, en las sociedades secularizadas de muchos países, las generaciones actuales de padres no tienen, en su mayoría, la formación cristiana y la fe viva que los abuelos pueden transmitir a sus nietos. Son el eslabón indispensable para educar a los niños y a los jóvenes en la fe. Debemos acostumbrarnos a incluirlos en nuestros horizontes pastorales y a considerarlos, de forma no episódica, como uno de los componentes vitales de nuestras comunidades. No sólo son personas a las que estamos llamados a ayudar y proteger para custodiar sus vidas, sino que pueden ser actores de una pastoral evangelizadora, testigos privilegiados del amor fiel de Dios.

Por esto doy las gracias a todos los que dedicáis vuestras energías pastorales a los abuelos y a los ancianos. Sé muy bien que vuestro compromiso y vuestra reflexión nacen de la amistad concreta con tantos ancianos. Espero que lo que hoy es la sensibilidad de unos pocos se convierta en el patrimonio de cada comunidad eclesial. No tengáis miedo, tomad iniciativas, ayudad a vuestros obispos y a vuestras diócesis a promover el servicio pastoral a los ancianos y con los ancianos. No os desaniméis, ¡adelante! El Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida continuará acompañándoos en este trabajo.

Yo también os acompaño con mi oración y mi bendición. Y vosotros por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

Introducción

Cardenal Kevin Farrell

Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Excelencias Reverendísimas, queridos invitados:

Bienvenidos al primer Congreso Internacional de la Pastoral de las Personas Mayores titulado: “La Riqueza de los Años”.

Su presencia hoy aquí, y este mismo acontecimiento, son una “buena noticia” para nosotros y para toda la Iglesia. La invitación que hicimos a las Conferencias episcopales hace unos meses para que participaran en estas jornadas de reflexión, suscitó una respuesta amplia y cálida. Las numerosas inscripciones recibidas nos han obligado incluso a cambiar de logística, y por ello doy las gracias a los que participan conectados desde la sala contigua.

La decisión de poner en marcha la Pastoral de las Personas Mayores de manera estable, de crear dentro del Dicasterio un departamento que se ocupe de esta realidad y de convocarlos a todos ustedes aquí en Roma, tiene su origen en la *escucha*. Durante los dos últimos años, escuchando a los obispos durante la visita *ad limina* a nuestro Dicasterio, así como a las asociaciones que dedican a diario su tiempo y esfuerzo en la ayuda a las personas mayores, nos han convencido de la urgente necesidad de tener un momento serio de reflexión común, para estimular a la Iglesia universal sobre lo que se está revelando en sí mismo como una verdadera necesidad espiritual y pastoral. La escucha es una de las actitudes fundamentales que el Santo Padre pide tener a los que se involucran en la atención pastoral: a menudo habla de “la pastoral del oído”.

Por esta razón, nuestro encuentro pretende caracterizarse por una triple forma de escuchar: escuchar los “signos de los tiempos”, escuchar el Magisterio y escuchar sus experiencias, con el fin de elaborar juntos algunas orientaciones generales que puedan ser de utilidad para las diócesis de todo el mundo.

Una de las características del *cambio de época* que estamos viviendo es el cambiante equilibrio demográfico entre generaciones dentro de nuestra sociedad: un fenómeno ampliamente estudiado, que se ha hecho evidente de manera clara en ciertos contextos, pero que ahora se ha extendido a todos los continentes. El reciente informe del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, titulado “*World Population Ageing 2019*” (“*El envejecimiento de la población mundial 2019*”), afirma que “*todas las*

*sociedades del mundo se encuentran inmersas en esta revolución de la longevidad, algunas están en fase inicial y otras están más avanzadas. Pero todas pasarán por esta extraordinaria transición*¹. Es una verdadera revolución demográfica, uno de esos “signos de los tiempos” que no podemos ignorar incluso nosotros como Iglesia: supuestamente en 2100, el 61% de la población mundial estará compuesta por personas mayores de 65 años, y la población de edad avanzada se duplicará en los próximos treinta años.

Todo esto no sólo tiene implicaciones de naturaleza sociológica, económica, antropológica y política, sino que sobre todo plantea interrogantes y necesidades espirituales que nos impulsan a actuar.

En particular, el acompañamiento pastoral que requieren las personas mayores es una necesidad evidente frente al desafío de una mayor longevidad. En nuestra sociedad, donde la “cultura del descarte” y la “exclusión de las personas vulnerables” a menudo dominan el imaginario colectivo, así como las opciones familiares, políticas y sociales, la “riqueza de los años” no siempre es aceptada como la bendición de una larga vida, es decir, como un don. Por lo tanto, en estos casos, ante la percepción de la vejez como una carga, ¿cómo puede la Iglesia acompañar a la sociedad para hacerla consciente de lo preciosa que es una larga vida?

El segundo tipo de escucha que nos guiará durante estos días será escuchar el Magisterio de la Iglesia. La conciencia de la necesidad de dedicar una atención pastoral a las personas mayores no es una novedad del actual Pontificado. Ya en la década de los 80, s. Juan Pablo II instó explícitamente a la Iglesia a establecer una pastoral para la tercera edad. Hoy, el Papa Francisco pone constantemente el tema en el centro de sus intervenciones pastorales, haciendo hincapié en la importancia de los abuelos en la transmisión de la fe, en la necesidad de diálogo intergeneracional, en la importancia de las personas mayores para preservar las raíces del santo Pueblo fiel de Dios y, en particular, en cómo superar la “cultura del descarte” en relación a las personas mayores.

Estos son temas que trataremos de abordar durante este Congreso, conscientes de que la escucha, la conciencia y la acción eclesial se desarrollan a partir de las indicaciones magistrales y no de una manera mecánica. Estos tres aspectos requieren de tiempo, asimilación e inculturación, de experiencia y apertura a las nuevas necesidades a nivel local.

¹ “All societies in the world are in the midst of this longevity revolution—some are at its early stages and some are more advanced. But all will pass through this extraordinary transition”.

El objetivo que queremos plantearnos es mostrar la responsabilidad en este ámbito específico de la pastoral, que tiene dificultades para aplicarse en ciertas regiones del mundo, a pesar de la extensión del tema a nivel mundial. La cultura del descarte en particular nos impulsa a actuar, no sólo para proteger a las personas más vulnerables, sino sobre todo para cambiar el enfoque cultural y social de esta fase de la vida humana que, para muchas personas, puede ser una fuente de dones y de riqueza, tanto para ellas como para su comunidad. Pensamos, por ejemplo, en el papel de los abuelos, en ciertos contextos geográficos, que es precioso e insustituible para el cuidado y la transmisión de la fe a las nuevas generaciones y cuya presencia debería ser valorada en la pastoral familiar; o la importancia de tener en cuenta el diálogo intergeneracional en la pastoral juvenil. Todo esto no se puede dar por sentado y requiere de nuestra parte compromiso, perseverancia y sentido de responsabilidad. En este sentido les necesitamos a ustedes y su valioso trabajo.

Hay, finalmente, un tercer tipo de escucha, que en estos días pondremos en práctica. Escucharemos algunas de sus experiencias. El mundo se entiende mejor desde sus periferias y, como Dicasterio, tenemos la necesidad vital de una relación con las realidades que ustedes representan. Estamos deseosos de escucharles y de aprender de quien ya está haciendo este tipo de experiencia, cuáles son las mejores maneras de acoger a las personas mayores en los proyectos pastorales de la Iglesia. La necesidad que preveo es la de desarrollar nuevos enfoques, para incluir a las personas mayores en la vida pastoral de la Iglesia, a partir de los trabajos que hagamos juntos.

Durante los meses dedicados a la preparación de este encuentro, hemos recibido gran cantidad de material procedente de algunas diócesis, y nos sorprendió descubrir la amplitud y diversidad de las iniciativas que desarrollan. Desafortunadamente, en esta ocasión, sólo será posible hablarles de algunas de ellas, sin embargo, al estar juntos es también una oportunidad para compartirlas en los espacios de diálogo que queremos ofrecer, así como favoreciendo el encuentro personal entre todos los presentes.

Es sorprendente, por ejemplo, descubrir que algunos de ustedes están visitando a personas mayores en campos de refugiados en Sudán del Sur; que hay personas mayores que visitan a los presos en Senegal; que, en Irán, las Hijas de la Caridad les hablan de Jesús a las personas mayores que han sido abandonadas. Hemos recibido noticias de China sobre las actividades pastorales llevadas a cabo con motivo del año nuevo chino. Una iniciativa que encontramos interesante fue la de ayudar a las personas mayores moldavas a vivir juntas, con objeto de compartir los pocos recursos disponibles y

garantizándoles así una vida digna. También es alentador saber que, en Colombia y Guatemala, en los últimos meses, se han celebrado congresos nacionales de los agentes de la pastoral de las personas mayores. A pesar de esto, todavía queda mucho trabajo por hacer. Sobre todo —pero no únicamente— en las sociedades occidentales, donde es difícil encontrar proyectos pastorales que involucren a los mayores como destinatarios y protagonistas.

La pastoral de las personas mayores es algo nuevo. Debemos —como diría el Papa— iniciar un proceso y establecer un diálogo que no tiene precedentes. Una de las pocas certezas que tenemos es la clara oposición del Papa Francisco a la cultura del descarte. Cuando era arzobispo de Buenos Aires, hablaba de las personas mayores abandonadas en residencias para adultos mayores *como un abrigo en verano en el armario*. Más recientemente, ha descrito el abandono de los padres adultos mayores por parte de sus hijos como un pecado mortal. En este sentido, debemos dejar claro que las familias tienen una gran responsabilidad con las personas mayores. Entre ustedes hay muchos agentes de pastoral familiar. ¡Debemos promover una conversión por parte de las familias con las que están en contacto, para que las personas mayores nunca sean abandonadas! Recordemos siempre que la familia es el lugar donde ellos deben poder vivir y que, cuando esto no sea posible, las comunidades eclesiales deben convertirse ellas mismas en familia para quien ha sido privado de ella. No podemos ser indiferentes ante el alejamiento de las personas mayores de su familia, cuando se ven obligadas a vivir en instituciones anónimas y, en algunos casos, a ser víctimas de abusos.

Por lo demás, nuestra tarea en estos días es preguntarnos cuáles pueden ser las pautas a seguir para una pastoral de las personas mayores. Es un campo inexplorado, a tal punto que ni siquiera podemos encontrar un vocabulario común. Hemos optado por utilizar la palabra *personas mayores*, *elderly*, *persone anziane*, *pessoas idosas* y *personnes âgées*, pero somos plenamente conscientes que, dependiendo del contexto, estas palabras tienen diferentes matices y significados. Aunque sólo estemos dando nuestros primeros pasos, me alegra que algunas conferencias episcopales, como las de Corea del Sur y Croacia, hayan decidido estudiar el tema, a raíz de nuestra invitación a Roma. Esto significa que nuestro Congreso ya está empezando a tener algunos efectos positivos.

En el fondo, debemos tratar de entender cómo integrar en nuestros planes pastorales a este segmento de la población, que está creciendo numéricamente en todas partes. Y queremos hacerlo a partir de la experiencia

de algunas conferencias episcopales, sobre todo de Latinoamérica, que en estos años han conseguido crear una pastoral de las personas mayores. A propósito de esto quiero recordar a Doña Zilda Arns, fundadora de la *Pastoral da Pessoa Idosa*, que murió hace diez años mientras afanosamente atendía a la población de Haití tras el terremoto. A estas experiencias debemos añadir las que se llevan a cabo por muchas asociaciones que ustedes representan y que constituyen una gran riqueza de pensamiento y acción.

No podemos dar por supuesto que todos los que envejecen han conocido a Jesús a lo largo de sus vidas. Como nos ha recordado el Santo Padre, ya no vivimos en una época cristiana. ¡Necesitamos imaginación pastoral!

Por otro lado, las cifras nos dicen —y esto para nuestro Dicasterio es significativo— que el laicado del futuro estará cada vez más integrado por personas de edad avanzada. ¿Cuál es su vocación específica en la Iglesia del mañana?

El reto que nos espera es el de construir gradualmente un discurso común. Siempre encontrarán abiertas las puertas del *Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida*, para escuchar y colaborar en lo que consideramos uno de los ámbitos de los que depende el futuro de la Iglesia y de la sociedad.

Así pues, damos inicio a los trabajos, pidiendo al Señor que bendiga los frutos de nuestro Congreso, así como a todos nosotros. Gracias.

La edad de la longevidad

Giuseppe De Rita

Presidente del Censis

He elegido usar la palabra «longevidad» en el título de mi intervención para sugerir un cambio de lenguaje: hablar de vejez, de hecho, da una sensación de pesadez; la palabra longevidad, por otro lado, nos hace comprender que hay vida hasta la muerte y nos da una sensación de fuerza.

Durante siglos, las personas mayores han sido consideradas una carga, una dificultad. Cuando los fenicios, más de 1000 años antes de Cristo, llegaron a Cerdeña, en una isla ahora desarrollada, pero probablemente mucho más atrasada, importaron sus costumbres y hábitos. Una de ellas fue que la persona anciana –en ese momento significaba personas mayores de 40 / 50 años— había que matarlo, porque era visto como una carga y, por tanto, no tenía que seguir viviendo. Ni siquiera fue una eutanasia, una *dulce* muerte, sino solo un sucio y sangriento sacrificio que venía dado por la creencia de que así se daba a la sociedad, una riqueza vital que las personas mayores de alguna manera robaban. Homero, 1000 años antes de Cristo, contaba todo esto y decía que los sardos, que son un pueblo feroz, iban al suplicio con una risa entre irónica y despectiva, precisamente porque discrepaban de esta forma de tratar a las personas mayores. Desde entonces esa risa se llama “sardónica”.

Parto desde tan lejos en el tiempo para afirmar que el debate sobre las personas mayores no se plantea ahora, sino que surge de la conexión entre quien quiere avanzar y no siente las limitaciones del pasado y quien, por el contrario, el pasado lo representa con su peso, con sus cosas malas y sus dificultades, pero que de alguna manera quiere permanecer en el juego.

¿Qué ha ocurrido en estos años, en estos siglos: ¿por qué hoy se replantea, aunque con diferente formulación, la idea de que las personas mayores son una carga? Por supuesto, no debe eliminarse, tal vez con una dulce eutanasia, pero debe tenerse en cuenta de alguna manera, porque su presencia reduce la vitalidad del sistema. ¿Por qué está pasando todo esto?

Porque hoy conocemos una dimensión masiva del envejecimiento a la que no estamos acostumbrados; generaciones enteras por siglos han reconocido a los mayores como personas honorables, estimables, a quienes había que dar poder, pero, todo este tiempo, se hablaba de la persona anciana

en singular. Quien lee *De senectute* de Cicerón percibe que las personas mayores se consideraban la memoria histórica de la sociedad, debía estimárseles y acompañárseles desde su hogar hasta la curia del Senado, porque era una persona de gran relevancia. En cambio, hoy esta dimensión personal, casi mítica, de la persona anciana sabia, instruida, con tanta experiencia y con tanto poder, ha terminado. La dimensión de la masa de las personas mayores prevalece. ¿Por qué? La sobrepoblación de las personas mayores se está convirtiendo en un fenómeno de masas en todas las sociedades. Piensen que nosotros, los italianos, hemos tenido desde 1951 hasta la fecha una población de más de 65 años, que en el '51 era de 13 millones, hoy es de casi 20 millones, 7 millones más de personas mayores en el espacio de 70 años.

Entonces eran el 22% de la sociedad y hoy, sin embargo, son el 32%. Lo más significativo es la velocidad de este cambio. Del mismo modo, en los últimos 70 años, los mayores de 65 años en Italia han aumentado en un 283%, los mayores de 80 han aumentado en un 750%, mientras que la población ha aumentado en un 20%. Generalmente, cuando se habla de demografía, la unidad de medida son los siglos; si se produce un cambio tan radical en unas pocas décadas, se entiende la relevancia del tema. Es importante no sólo porque es cuantitativamente enorme, sino porque la velocidad hace que el cambio no sea fácil de interpretar: hoy, de hecho, ya no hay una ancianidad, sino hay muchas ancianidades. Hay quienes, con 65 años, apenas se jubilan, se convierten en mayores, y hay quienes alcanzan los 90 años; los hay autosuficientes y aquellos que no lo son; los hay enfermos y sanos; están las personas mayores que viven solas y las que se van a residencias: la realidad de la vejez es extremadamente variada.

Por esta razón, la temática a tratar es también diversa. Hoy en día, las personas que se ocupan de las personas mayores tienen que tratar con el sistema de pensiones, el sistema asistencial, la realidad de la enfermedad, o de la ausencia, o de la crisis en las relaciones interpersonales, etc., incluso las profesiones en este campo son diferentes.

Durante siglos, hasta la generación de mis padres, las personas mayores dependían de la familia, de los hijos, a lo sumo había una figura externa que era el geriatra. Hoy en día, si nos fijamos en el mundo de las personas mayores, lo encontrarán lleno de muchos agentes, de los hogares de las personas mayores al sistema de pensiones, a toda la iniciativa privada dirigida a las personas mayores, hasta las cuidadoras. Hay una multiplicación de fármacos, de psicoterapeutas, de fisioterapeutas, todos forman parte de este mundo. El mundo en que viven las personas mayores es un mundo lleno de gente y, en

cierto modo, incomprensible. Todos los que tratamos con las personas mayores, cada uno desde su punto de vista particular, el investigador, el fisioterapeuta, el cuidador, el hijo que tiene que cuidar a la madre o la tía mayor. Esto genera formas muy diferentes de pensar sobre la persona mayor, pero todos tienen en común el hecho de que lo relegamos a una dimensión residual. Es necesario darse cuenta de esto: por ejemplo, el hijo que ama mucho a su madre, la acompaña hasta los 95/100 años de vida, a menudo siente que no puede seguir siendo hijo a los 70 años, aunque esto es cada vez más habitual. Algunas veces el reto se torna insoportable porque no tenemos tiempo para cuidar de nosotros mismos, de los niños, de la esposa, de los nietos e incluso de los padres. Todo esto genera una sensación de “residualidad” y provoca que uno se pregunte ¿por qué todavía tenemos a estos mayores a nuestro lado?

Por supuesto, la humanidad, la cultura, la tradición, la fe, nos impulsan a estar atentos a las personas mayores, pero está claro que una sociedad que envejece tan rápidamente es una sorpresa y nos obliga a ocuparnos de algo que no estaba previsto, algo que las generaciones pasadas no han experimentado. Es un cambio tan rápido que no podemos dominarlo.

Ahora me gustaría hablar sobre la dimensión subjetiva, es decir, de cómo la persona mayor se concibe a sí misma. Muy a menudo se percibe a sí misma como una carga para los demás, como quien sabe que alguien tiene que cuidarla porque no puede hacerlo sola. Esta pregunta se hizo a personas que habían cumplido los 65 años: ¿cuándo comenzaste a sentirte viejo? El 53% contestó que se sentía mayor cuando perdió la autosuficiencia; el 28% dijo que le sucedió cuando murió la esposa o el marido, el 23% desde que fue pensionado; el 22% a la edad de 70 años; el 22% cuando perdió el círculo de amigos y conocidos; el 10% cuando fueron abuelos —esto significa que la tarea de abuelos no es muy bien aceptada—. Por lo tanto, existe una dimensión subjetiva de envejecer que de alguna manera debe afrontarse. La persona mayor es tal cuando se declara persona anciana, pero esto ocurre por 6 o 7 motivos diferentes. Sólo uno es objetivo: la pérdida de suficiencia. Todos los demás – me convertí en abuelo, perdí amigos, murió mi esposa, etc. – son subjetivos.

Nuestra sociedad es ególatra, es decir, solo piensa en sí misma, considera que todo es mío, el tiempo, el trabajo, el patrimonio, la esposa (al grado que la puedo cambiar cuando quiera), los niños: todo es mío. Pero, ¿qué dice una persona mayor sobre sí misma: qué es mío? ¿Todavía puede decir *mi* vida, *mi* futuro?

Puede tener 50 cuidadores, 50 fisioterapeutas que le obligan a caminar sin silla de ruedas, pero si no tiene claro quién es, no podrá hacerlo. Por eso las

personas mayores intentan desesperadamente aclarar su papel. Todos sabemos que en Italia la verdadera riqueza está en las personas mayores. El ochenta por ciento de la riqueza inmobiliaria está en sus manos. Lo mismo puede decirse de la riqueza patrimonial. En el 70% de los casos, ayudan económicamente a sus nietos e hijos. Son personas que de alguna manera tienen su propio poder adquisitivo y de esta manera afirman que no son una carga, al contrario de lo que muchos piensan. “Soy alguien que tiene la casa en propiedad, que se siente con la espalda cubierta, mientras que ustedes los jóvenes no tienen la misma seguridad del futuro. Tengo mi propia casa, tengo unos réditos, tengo una pensión, tengo un pequeño patrimonio que me dan unas rentas. No soy una carga, sino un apoyo porque tengo la oportunidad de financiar al hijo, de financiar a los nietos, algunas veces, con dinero para sus gastos”.

El comportamiento de las personas mayores no se entiende si no se tiene en cuenta la riqueza que saben que tienen.

Ellos continúan acumulando, siguen comprando casas, tal vez para los niños, para que tal vez sus nietos no tengan que pagar una hipoteca. Siguen siendo la punta de lanza de la riqueza de las familias italianas. ¡No olvidemos esto! No consideramos a las personas mayores como una carga porque en Italia, y creo que, en todas las sociedades desarrolladas, la persona mayor es la que tiene más riqueza, más pensiones y mayor capacidad adquisitiva.

Estamos hablando de personas que viven la longevidad, no una vida residual. Si se analiza el consumo, casi la mitad de los mayores van de viaje, dos millones y medio visitan museos y exposiciones, 2 millones van al cine, 2,5 millones visitan monumentos, 1,7 van al teatro, etc.

Además, las personas mayores ayudan económicamente a sus hijos y nietos. Casi tres millones y medio de ellos cuidan a sus nietos en términos logísticos. 5 millones y medio de mayores se ocupan de otros mayores. ¡Ay Dios mío de los que piensan que las personas mayores en Italia hoy son un residuo! ¡Ni siquiera los fenicios los llevarían a morir! Probablemente harían esta valoración: en el plano financiero tiene dinero, contribuye al PIB, contribuye a la vida, contribuye a los demás: así que no lo mato. En cambio, hoy prevalece una cultura del descarte de las personas mayores. Démonos cuenta que molesta, especialmente a algunos jóvenes, ver que la tercera edad permanece en la brecha, que tienen cubiertas las espaldas por las pensiones, que tienen patrimonio, mientras que *nosotros, los jóvenes* no tenemos nada.

Ahora me gustaría abordar tres aspectos básicos de la vida de cada persona mayor. El primero es la dimensión de la soledad, el fin de las relaciones. Las personas mayores solas, quizás ricas, aun cuando pueden ser consumidores, sin embargo, están destinadas a la soledad. Si miramos a nuestro alrededor, descubrimos que uno de mis amigos ha muerto, el otro también, otro ha cambiado de ciudad y al final me quedo solo. La dimensión de la soledad se convierte en un problema fundamental para las personas mayores y no se puede abordar con buena voluntad, con una visita de vez en cuando. Vas a buscarlo una vez cada cierto tiempo, pero los otros siete días no tiene relaciones. Tal vez sale con un bolso y va a hacer su despensa, se entretiene media hora más en el puesto de periódicos para conversar, pero la realidad de la soledad es muy fuerte. La única solución es una cultura comunitaria más fuerte. Debemos ser conscientes de que en las arrugas de la vida de los mayores hay un destino de soledad que va a ir creciendo y que, si queremos hacerle frente, tenemos que crear una cultura comunitaria. Esta nos sirve a todos, pero, sobre todo, a quienes se ven cortados de su mundo de relaciones.

En gran parte de la sociedad italiana existe un deseo de ruptura de las relaciones. Son de 10 a 15 años que la bandera del italiano promedio es el *vaffa*²; es una forma de decir: “No quiero verte más, ya no quiero tener nada que ver contigo”. Y si se dice durante 10 a 15 años *vaffa* a todos, entonces se queda uno solo y si lo hacen muchas personas, se crea una soledad generalizada, increíble.

Es el primer punto: en las arrugas de una sociedad en la que se establece la longevidad de modo masivo, las relaciones son cada vez más inestables y, si no tiene relaciones, ¿quiénes son los que más sufren? No soy yo que arranco el coche y voy a dar un paseo, o voy a trabajar, sino que soy alguien que vive si me relaciono cotidianamente y que sin relaciones muere.

El segundo aspecto, también fruto del fuerte subjetivismo de nuestra sociedad, es la falta de proyectos. En una reflexión hace muchos años atrás, sobre *De senectute* de Cicerón uno de los participantes, creo que el Card. Ravasi, dijo: “Observen que el verdadero problema de las personas mayores es que no tienen propósitos; tal vez tienen más dinero que fines”. Envejeces bien si eres fiel al objeto de tu trabajo, si eres fiel a una meta, a una elección de vida. Ya seas sacerdote, seas investigador, puedes avanzar hasta los 100 años cuando se tiene este tensor, este filo de navaja que te lleva a través del tiempo: la finalidad que desees. Muchas personas mayores ya no tienen un propósito, por

² N. del T.: *Vaffa* es una expresión ofensiva del bajo registro coloquial en el idioma italiano, que significa «vete a la porra».

esta razón es cierto que “te mata más la jubilación que el trabajo” porque la jubilación marca el final de una tarea, el final de un propósito; ya no hay un objetivo para seguir. Te conviertes en un extraño para la sociedad porque ya no tienes una finalidad. En mi larga vida veo que este es un elemento esencial: darles propósitos a las personas mayores. No fines instrumentales, juegos, televisión, suscripciones extrañas. Cuando veo que hay muchas personas ancianas que se hacen cargo de otras personas ancianas, lo veo positivo. Perdieron la finalidad del trabajo, pero la han encontrado en el compromiso social y político. Mantener el propósito, la finalidad de su ser, es la mejor manera de envejecer. Si no tienes una meta, ya terminaste. También se aplica a los de 25 años, pero para los de 75 años la alternativa es la muerte porque no tienes nada que esperar, nada por lo que luchar.

El tercer aspecto, mucho más delicado, es la concepción de la propia “criaturalidad”. El hecho de que todos somos subjetivos, pensamos que el tiempo y la vejez son de nuestra propiedad y nunca nos damos cuenta —o no queremos darnos cuenta—, que sólo somos criaturas de Dios, que Él nos ha creado y que nos vendrá a recoger un día, que no somos dueños de nosotros mismos. Esta dimensión se acentúa más en la persona mayor, y es un elemento que lleva a morir mal porque no se confronta con la propia “criaturalidad”. Esta condición te define, así como el objeto de tu trabajo define tu vida, y como la socialización lo hace en un grupo de amigos. “Soy Criatura del Señor”: si no asumes esto, nunca podrás envejecer bien. Siempre habrá una sombra de egoísmo, de narcisismo individualista que dice: solo yo sé todo de mí mismo y de mi futuro. Si no se tiene la profunda humildad de aceptar que ni siquiera soy el dueño de mí mismo, sino sólo criatura de Dios, no se puede envejecer bien. Pratolini, un escritor italiano poco conocido, dijo: “La muerte es el cumplimiento del conocimiento”. Esto significa dos cosas: que hasta el momento de morir sigues entendiendo, creciendo, lográndote y, en segundo lugar, si has entendido quién eres, después será el cumplimiento del conocimiento de ti mismo, y entonces tú conocimiento podrá ir a otro lugar. Este mecanismo profundo de la relación entre el cumplimiento y el conocimiento que se encuentra en la frase de Pratolini está dentro de nuestra vida cotidiana.

El Salmo 23 dice: “La bondad y la fidelidad me acompañarán todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por días sin término”.

Estas palabras nos hacen pensar que, en la medida en que la gracia del Señor ha sido compañera fiel de mi vida, en el momento en que moriré, pasaré

a la casa del Padre. La esperanza de que la “criaturalidad” que Dios nos ha dado a lo largo de todo el *migrar de los días* —como tradujo el Padre Davide Turollo— se cumplirá en la muerte para abrirnos a la casa del Padre es el punto en el que debemos trabajar: es la dimensión más profunda de nuestra existencia. Esto significa que el cumplimiento de nuestra vida está en el Señor. El sacerdote que me ha acompañado durante muchos años, el padre Clemente Riva, amaba muchísimo la ceremonia del Viernes Santo porque se decía la frase en la que él más creía, la palabra de Jesús en la cruz que dice “todo está cumplido”. *Cumplido* no significa que todo haya terminado realmente. No, “está cumplido” significa que la vida ha llegado a su finalización. Si no entendemos que somos criaturas destinadas a tener un nuevo conocimiento en la casa del Padre, no tenemos nada.

Gracias.

Un cambio de época, también para la tercera edad

Prof. Marco Impagliazzo

*Profesor de Historia Contemporánea, en la Universidad de Roma
Presidente de la Comunidad de Sant'Egidio*

“No vivimos en una época de cambio, sino un cambio de época”: dice el Papa Francisco. Por tanto, cada aspecto de nuestro tiempo debe interpretarse tomando distancia. Estamos en un tiempo de transición y de esta manera debemos captar los signos de los tiempos, que el Papa s. Juan XXIII y el Concilio nos enseñaron a leer como un alfabeto de la historia. Las personas mayores son un signo decisivo de nuestros tiempos. Como, por otro lado, son los migrantes.

¿Quién es hoy persona anciana? ¿Cuántas posibles edades se esconden detrás de la definición, cada vez más genérica y poco práctica, de “tercera edad”? ¿La fuerza estandarizada de la globalización también se extiende a la manera en que se conciben las edades de la vida y, por tanto, a los comportamientos, a los estilos de vida, a las ideas sobre uno mismo y a las identidades? Son interrogantes amplios, quizás demasiado. Pero merece la pena no eludirlos porque una cosa está clara: el mundo está envejeciendo en cualquier latitud y este siglo deberá, tarde o temprano, tenerlo en cuenta, porque supone un enorme cambio humano y social, “cambio de época” de hecho. Por su parte, la cultura dominante, inspiradora del comportamiento individualista, reacciona ignorando a los mayores o pintando la vida de las personas mayores con los colores de la juventud. Uno de los gerontólogos contemporáneos más ilustres, Jérôme Pellissier, escribió:

“No es casualidad que los tres discursos dominantes sobre las personas mayores sean de orden demográfico, médico y económico: en lugar de pensar en la vejez, nos centramos en sus cifras, sus cuerpos y sus costos. La misma dificultad para encontrar el término apropiado, da testimonio del malestar: “viejo” en oposición a “joven”, se percibe casi como un insulto, se convierte en una especie de tabú”.

El discurso público sobre la condición anciana es afásico, casi un tabú. Falta un “pensamiento” sobre la vejez. Es paradójico, en un mundo y en un tiempo en el que las personas mayores aumentan cada vez más en número y la

vida se extiende, de una manera incluso impensable hace unos pocos años. El Papa Francisco, tal vez el primer Papa que ha hablado de modo orgánico de la vejez, en una de sus catequesis sobre la familia de los miércoles, dedicada a los abuelos, dijo:

“Este período de la vida es diferente de los anteriores, no hay duda; necesitamos también un poco 'inventarlo', porque nuestras sociedades no están preparadas, espiritual y moralmente, para darle, a esta etapa de la vida, su pleno valor”.

Esta es una edad que no encaja en un tiempo en el que se exalta la autonomía individual, el culto al presente, la fascinación por una nueva condición antropológica y existencial, justamente definida como “adullescencia”. Es una reflexión crucial. Hay que decir de inmediato que la vida no declina necesariamente con el redimensionarse de la vida activa. Quien es mayor, puede aún tener una vida activa; aun siendo evidente la realidad y el misterio del debilitamiento, mientras tanto, se continúa vivo. Pero esto no significa apagarse internamente. De hecho, a veces aumentan en cambio los espacios de la vida espiritual. Fuera del mercado y de la lógica del trabajo, crecen los espacios para la gratuidad. En esta dimensión —que concierne a las personas mayores, aunque también al resto de la humanidad—, me detendré ahora.

LAS PERSONAS MAYORES EN LA BIBLIA

El Salmo 71, llamado “la oración de las personas mayores”, es la plegaria de la desesperación y de la esperanza. Pablo les dice a los Corintios: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12, 10). Es el tema de la fuerza en la debilidad, que atraviesa la reflexión cristiana y que resalta en la muerte y resurrección de Jesús.

Por supuesto, no debemos convertir a la persona mayor en un mito. Romano Guardini habla del “materialismo senil”, de los que “capitulan” ante la vejez, renunciando a coronar su vida, aferrándose a lo que les queda, a las cosas y al poder. Es una posibilidad: se llega a decir que cuando tienes poder y tienes mucho dinero, incluso si eres mayor, no se te trata como a una persona anciana.

Sin embargo, existe una verdadera falta de reflexión sobre la vejez como el tiempo del espíritu, sobre la espiritualidad del mayor, lo que también se convierte en una falta de reflexión sobre la debilidad y la dimensión “inactiva” de la vida. El “pecado” de las personas mayores no es la omisión de “hacer”, sino la resignación o la desesperación. Es dejarse abrumar por el mal, por lo pesado del cuerpo, por la desgracia, por el dolor, por el pesimismo. Una

tentación de todas las edades. Con resignación se sucumbe al presente: es la tendencia a replegarse sobre uno mismo, a pensar solo en uno mismo (“hasta ahora he vivido para los demás, ahora me dedico a mí mismo”, una expresión típica de las personas mayores).

El hombre del Salmo 71 se descubre mayor. La oración comienza por la necesidad de refugio y por la desilusión. Descubrirse mayor es descubrir la debilidad, la irreversibilidad de los años. Mientras se es joven, puedes decirse: “Todavía tengo tiempo. A cierta edad haré esto o aquello. Voy a recuperar...”. En cambio, la vejez trae consigo la ausencia del futuro con sus posibilidades. El hombre del Salmo no se acepta como persona anciana. El mundo que le rodea no acepta a la persona anciana. Es un mal antiguo, como se ve en la advertencia de Eclesiástico: “No mires a las personas mayores con desprecio, porque incluso algunos de nosotros envejeceremos” (*Eclo* 8,6). Pero entonces, ¿qué significa para una persona mayor esperar, rezar, no sentirse abrumado por el mal? Las personas mayores luchan por seguir haciendo las pocas cosas de las que todavía es capaz. El hombre del Salmo 71 percibe la vejez como sufrimiento, como desprecio de sí mismo, como abandono. Incluso por parte de Dios.

El Salmo 71 describe en términos realistas la condición de la vejez, pero termina con una afirmación muy bonita: “Mis labios se alegrarán cuando te cante, y mi alma, que tú redimiste”. Recordando el Salmo 92: “En la vejez seguirá dando fruto, y estará lozano y frondoso” (v. 15). ¿Pero, es posible todo esto? ¿No se trata de una *ilusión* (*wishful thinking*)? También porque, para la persona mayor es arriesgado hacer las cosas por uno mismo y se hace muy necesaria la ayuda de los demás.

LA CONSPIRACIÓN CONTRA LAS PERSONAS MAYORES

La persona anciana ya no inspira el respeto de nadie: se habla de ella en su presencia, pensando que no entiende. Se escucha decir de las personas mayores más frágiles: “¡Mira cómo se ha encogido!”. En palabras de médicos, parientes, enfermeros, surge una frase: “¡es una persona inútil, acabada!”. El Salmo denuncia la conspiración contra las personas mayores, “espiado”. ¿Qué significa “conspiración”? ¿No es excesivo aplicar este término a nuestras relaciones sociales civiles? Sin embargo, “conspirar”, básicamente significa que alguien toma una decisión contando o no contigo. Luego está la conspiración del silencio: nadie habla a las personas mayores, nadie las escucha ni las apoya.

Para el Salmo, la persona mayor “no tiene quién la libre”: es un hombre solo. Y luego: “sujetadlo, perseguidlo, haced con él lo que queráis. Dios también lo ha abandonado”. Aquí está el anciano: solo y sin fuerzas. Se puede hacer lo

que se quiera con él. Y los conspiradores ni siquiera tienen el pudor de guardar silencio, como si el anciano fuera sordo, estuviera confuso. No tiene conciencia —“él no entiende”, como se dice—, de modo que se puede hablar duramente de él en su presencia. En la persona mayor, la desilusión corre el riesgo de convertirse en una realidad permanente. Se compara el presente con el pasado, la forma en que antaño era tratado, y la de hoy, la lucidez de antes y el razonamiento confuso de ahora. Un estado psicológico irreversible. Esta es la realidad de los mayores: la irreversibilidad. No se puede recuperar mucho. Sobreviene la angustia por un abismo que está engulléndolo todo, sin siquiera el consuelo de poder mirar al futuro.

El Salmo 71 refleja esta condición, pero ayuda a ver a Dios como futuro, refugio en un mundo hostil: “A ti, Señor, me acojo, no quede yo derrotado para siempre”. La oración, orientada hacia Dios, se convierte en vía de escape: “Tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído y sálvame. ¡Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú!” (vv. 2-3). “Roca”, “refugio”, “peña”, “alcázar”: estos son términos que encontramos con frecuencia en los Salmos, que se refieren a Dios. En la fragilidad de las personas mayores, se evidencia la necesidad de Dios, que pertenece a cada mujer u hombre, aunque a menudo ignorado u olvidado.

En el capítulo 65 de Isaías, el profeta describe el ideal escatológico de la salvación: “No habrá un niño que viva pocos días, ni las personas mayores que en sus días no alcance la plenitud, porque el joven morirá a los cien años”. La plenitud del mayor son los cien años. Hoy es posible alcanzar esta edad cronológica, pero no siempre la plenitud y la paz. La Escritura afirma decididamente que la vida larga es una bendición. Pero nuestra sociedad no sabe apreciar esta bendición. De hecho, hoy la sociedad hace que las personas vivan más tiempo, pero luego abandona a las personas mayores, las empuja a aquellas instituciones que las alejan de la familia y del entorno en el que siempre han vivido.

Hoy, larga vida ya no es sinónimo de sabiduría. Otras edades de la vida parecen ofrecer recursos mucho mayores. Una prueba de esto viene de África. Los pueblos que viven en el sur del Sahara son conocidos por la actitud de veneración reservada tradicionalmente a los mayores, considerándole el depositario de la sabiduría y de la historia de la comunidad, un elemento indispensable de equilibrio y fiabilidad: “Cuando una persona mayor muere, es una biblioteca que arde”, se decía. Pero en las metrópolis formadas por barrios marginales, así como en los pueblos, la tradición ya no importa, y las personas mayores, cada vez más numerosas a pesar de las deficiencias en el sistema de

seguridad social y sanidad, se consideran extrañas, extranjeras, peligrosas. En algunos casos se les define incluso *ndoki*, *sorciers*, hechiceros: viven más tiempo, porque “robaron años de vida a los demás”. La longevidad se convierte así en un robo, una falta punible, unas veces estigmatizándoles, otras con violencia, que obviamente se dirige a los más débiles y los que están solos.

EL CARISMA DE LAS PERSONAS MAYORES

¿Nuestras sociedades del sur y del norte ya no tienen necesidad de las personas mayores? Parece que sí, la reflexión pública evade la discusión. Después de todo, las personas mayores son cada vez más invisibles: al margen de la sociedad, encerradas en instituciones, sin voz. Sin embargo, hay muchos. Cada vez más. El gran teólogo ortodoxo Olivier Clément escribió: “Una civilización donde no se reza es una civilización donde la vejez ya no tiene sentido. Y esto es aterrador: tenemos necesidad ante todo de las personas mayores que recen, porque la vejez se nos da para esto”.

Es una afirmación importante: la sociedad tiene necesidad de la vejez si no quiere reducirse a una mera realidad económica o una red de relaciones guiadas por la funcionalidad y por el interés. La marginación de la vejez y la marginación de la oración van de la mano: el Evangelio pide a todos, incluso a los jóvenes, que ya sean viejos, porque enseña a considerar importante lo que parece inútil. Yo diría: va de la mano con la marginación de lo gratuito. El cristianismo propone un real y verdadero *culto* a lo “inútil”: la oración. Enseña el arte de acompañar gratis, más allá de lo útil o productivo.

En el Salmo 71, en los versículos 5 al 7, la memoria se entrelaza con la oración y esta parece surgir de aquella. La memoria de la presencia del Señor en la vida: “Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías, siempre he confiado en ti. Muchos me miraban como a un milagro, porque tú eres mi fuerte refugio”. La vejez es tanto decadencia, como una categoría espiritual. Cuanto más ricos somos, más insatisfechos estamos. La riqueza a menudo acompaña a la insatisfacción. En lo que Isaías llama “el crisol de la desgracia”, se descubre la oración (*Is 48,10*). En la necesidad, se descubre la oración: “Llena estaba mi boca de tu alabanza y de tu gloria todo el día. No me rechaces ahora en la vejez; me van faltando las fuerzas, no me abandones” (*Sal 8-9*). “Me van faltando las fuerzas” es una hermosa definición de vejez, un tiempo de necesidad, de debilidad, de derrota.

Pero ¿qué puede hacer la persona mayor, si no es plenamente consciente? ¿Qué quiere decir? Por el contrario, la persona mayor a menudo *entiende*. Entiende mucho más de lo que se reconoce. Pero necesita que otros le digan:

“Me preocupo por ti... ¡Ánimo! ¡Estoy contigo!” Pero la persona mayor a menudo no tiene a nadie que le brinde su compañía y amistad. Es como si hablara solo. Es la profunda dureza de la soledad. Es sentir que la familia ya no es mía, que en casa ya no soy lo que era, que mis amigos se van, que yo era el más joven y ahora soy el más viejo... La pérdida de la familia significa, especialmente para las personas mayores en residencias: el final de la Navidad, la Semana Santa, los días festivos, que ya no se celebran, o al menos no como antes. Esta es la conjura contra las personas mayores.

Necesitamos mostrar a las personas ancianas, a nosotros mismos, a la sociedad, a la Iglesia, que la vida de muchas personas mayores tiene sentido. Me pregunto si esta no es una tarea que la Iglesia, sin embargo, ha descuidado demasiado, adaptándose a la mentalidad actual. Debemos ayudar a todos a no despreciar la debilidad y ser conscientes de que esta debilidad ya existe en momentos de mayor salud y vigor, cuando estamos sanos y se nos reconoce un papel. Muchas veces los mayores desprecian sus vidas. En cambio, la persona mayor puede ser, a su manera, útil, hermosa, decisiva. Andrea Riccardi escribió:

“El rostro de las personas mayores puede ser hermoso... Envejecer no es feo, si la luz atraviesa los ojos y el corazón. Lo que cuenta no es la belleza juvenil de la televisión, que quizás nunca se posee, inalcanzable —para la mayoría—, o ya no accesible, sino la transfiguración de un rostro y de un corazón. Es la transfiguración la que nos hace hermosos. Esta belleza desafía el tiempo, los años que van pasando, y tiene el sabor de la vida que nunca termina, de lo eterno”.

¿Por qué no pensar entonces que el carisma de las personas mayores reside precisamente en la oración y en la acogida gratuita? Pienso en la capacidad de las personas mayores de llevar en el corazón la preocupación por los que están en dificultad, por los que sufren, por los pueblos en guerra, por los que no rezan. Francisco dijo:

“La vejez, de modo particular, es un tiempo de gracia, en el que el Señor nos renueva su llamada: nos llama a custodiar y transmitir la fe, nos llama a rezar, especialmente a interceder; nos llama a estar cerca de quien tiene necesidad. Los ancianos, los abuelos tienen una capacidad para comprender las situaciones más difíciles: ¡una gran capacidad! Y cuando rezan por estas situaciones, su oración es fuerte, es poderosa”.

Si el carisma de las personas mayores ya no es sabiduría (como en la sociedad agrícola donde conservaba los secretos del mundo natural), en cambio

existe una “utilidad” para las personas mayores en la belleza de su testimonio, en la ternura, en la acogida. Estas son las dimensiones que afectan a los jóvenes y a los muy jóvenes cuando se encuentran con las personas mayores. Soy testigo de innumerables encuentros entre niños y personas mayores que han cambiado la vida de ambos. Los jóvenes descubren en las personas mayores una afectividad personal, explícita, directa y gratuita que los conmueve y los humaniza, y que quizás no encuentran en sus padres. Perciben que incluso en la debilidad hay belleza, y esto los libera de la búsqueda constante de la apariencia, de la perfección externa.

LAS PERSONAS MAYORES EN LA IGLESIA

El Papa dice: “La espiritualidad cristiana ha sido tomada un poco por sorpresa, y se trata de describir una espiritualidad de las personas ancianas”. Al final, ¿quiénes son las personas mayores en la comunidad eclesial? ¿Cuál es su papel, por ejemplo, en las parroquias? Quizás en breve serán ellas los voluntarios; habrá un voluntariado de la persona anciana, para el cuidado de los lugares, para la administración, para la solidaridad con los pobres. Pero eso no es todo. Hay una pregunta crucial: ¿quiénes serán las personas mayores en la Iglesia? ¿Quién es la persona mayor en la liturgia?

La oración de las personas mayores expresa un sentimiento maternal hacia aquellos que llevan una vida más activa que la suya. La asistencia a la Iglesia y la comunidad por parte de los mayores tiene un gran valor. No es cierto que las personas mayores vayan a la iglesia porque no tienen nada que hacer. Al contrario, son un ejemplo de vida orante, acogedora, “que acompaña”. Diría que es un monaquismo casero.

En esta perspectiva, las personas mayores se parecen a los contemplativos. Una persona mayor, incluso reducida al extremo, desde su cama, se vuelve como un monje, un hombre solo, un eremita, y con su oración abraza al mundo. Parece imposible que una persona mayor que ha vivido toda su vida al cuidado de la familia, se vuelva contemplativa. Pero sucede, y debemos tener gran consideración por la intercesión de las personas mayores. Sobre todo, la comunidad eclesial debe acompañar a las personas mayores en la transición de su vida hacia la tercera edad. Y aquí, tenemos que admitirlo, la Iglesia ha estado poco interesada o desinteresada: preocuparse por las personas mayores, los “antiguos clientes” de la parroquia, no ha sido una prioridad.

Las personas mayores tienen más tiempo libre. Pero no se trata de “relax”. El tiempo extra de las personas mayores es un tiempo “liberado”, que no se llena solo de cosas, sino sobre todo de significado. Puede ser el momento

de la disponibilidad, una dimensión muy rara en nuestras vidas tan ocupadas. Tiempo para dedicarse a los demás. Arrigo Levi escribió:

“Hay más tiempo para amar, en la tercera edad y en la vejez. Más de lo que hemos tenido antes. Quizás haya aún más necesidad de amar y ser amado. Algunos vínculos de amor, si la mala suerte así lo desea, se rompen, y puede parecerte que ya no vale la pena estar en el mundo, si se van los compañeros o compañeras de tu vida; o, Dios no lo quiera, un hijo o nieto, mucho más joven que tú, privado de una existencia que aún no había vivido. Pero se ofrecen, incluso inesperadamente, nuevas oportunidades para dar muestras de amor a las personas cercanas a nosotros, y debemos aprovecharlas. En la mente y en el corazón, en realidad, hay más espacio para el amor —y también para hacer reverdecer el amor—, como nunca antes”.

En la vejez no es que se viva menos, se vive de manera diferente. El Papa Francisco habló de la vejez como el tiempo del don y del diálogo. Las personas mayores —dijo— no son solo “portadores de necesidades, sino también de nuevas instancias, o [...] haciéndose eco de la Biblia, de ‘sueños’, sueños, sin embargo, llenos de memoria, no vacíos, vanos, como los de algunos anuncios; los sueños de los ancianos están impregnados de memoria y, por lo tanto, son fundamentales para el camino de los jóvenes, porque son las raíces”. Gratuidad y don, por lo tanto, pero también diálogo, porque “el futuro de un pueblo presupone necesariamente un diálogo y un encuentro entre ancianos y jóvenes para construir una sociedad más justa, más bella, más solidaria, más cristiana”.

UNA NUEVA MIRADA A LA VEJEZ

La Iglesia no siempre ha sido capaz de encontrar respuestas a las preguntas sobre las personas mayores. Después del Concilio, se empeñó en el desafío del “Aggiornamento” (la puesta al día), para no perder el contacto con mundos que parecían alejarse de la fe, como los jóvenes, la cultura y la ciencia, el mundo del trabajo. Pero tal vez no se preguntó lo suficiente sobre lo que significaba para las personas mayores no encontrar en las iglesias sus propios santos, sus formas de piedad, de modo que sentían que su religiosidad ya no tenía cabida. Más que re-evangelizadas, como se debería haber hecho, las personas mayores corrieron el riesgo de ser olvidadas. Y quizás, con el tiempo en la pastoral, se fue imponiendo una cierta pereza, “las personas mayores siempre están ahí”.

Se necesita un cambio pastoral, de atención y cuidado de las personas mayores por parte de las comunidades cristianas: hablar al corazón para que se afirme un arte del envejecimiento “para los otros y no contra otros”. Después

de todo, cada edad está necesitada de conversión y nunca se deja de ser discípulos: este es el secreto de la juventud espiritual.

La Iglesia se enfrentará cada vez más a un gran desafío: ayudar al continente de las personas mayores (porque son un continente que cruza todos los continentes), cada vez más numeroso, a elegir lo que quieren ser. ¿Personas acomodadas que resisten en sus fortalezas de bienestar y narcisismo, con un gran miedo de envejecer, o mujeres y hombres abiertos a la escucha, listos para hacer de su propia libertad un terreno de nuevas aperturas y nuevos horizontes? ¿Seremos capaces de transformar los muchos años en una ocasión para abandonar el “enrocamiento” egocéntrico del presente y reconsiderar la vida como una llamada real a nuevas fronteras existenciales?

Libertad, don, diálogo, gratuidad, memoria, oración: todas son virtudes proféticas de la vejez que pueden hacer que el mundo sea más humano y la Iglesia más evangélica. Todos deberíamos mirar la vejez con nuevos ojos: tiempo de libertad, de relaciones gratuitas, tiempo para el amor y la amistad desinteresada, tiempo para aceptar nuestra debilidad y ayudar incluso a no tener miedo a aquellos que aún no son personas mayores. Tiempo que pone el ser por encima del tener.

La Iglesia en salida del Papa Francisco necesitará cada vez más personas mayores convertidas a la pasión por el futuro, al amor a las generaciones más jóvenes, testigos de la fe, artífices de una fraternidad que crea lazos y se abre a la belleza de vivir juntos.

La Iglesia junto a las personas mayores

S.E.R. Mons. José Antonio Peruzzo

Arzobispo de Curitiba

Responsable de la Pastoral de Mayores con la CNBB

Breve historia de la atención pastoral de las personas mayores

La *Pastoral da Pessoa Idosa (PPI)* (Pastoral del Mayor) fue fundada el 5 de noviembre de 2004. Su creadora fue Zilda Arns Neumann, una mujer de gran intuición. Al darse cuenta de que el perfil demográfico en Brasil estaba cambiando, mostrando la presencia cada vez mayor de personas con edad avanzada, decidió iniciar un Programa de acompañamiento de las personas mayores mediante visitas domiciliarias, una experiencia que ya había comenzado dando cierto acompañamiento a los niños y a las mujeres embarazadas. El comienzo del programa dirigido a los mayores, siguiendo la misma metodología que la Pastoral Infantil, tuvo lugar a mediados de la década de los 90.

La iniciativa adquirió un nuevo impulso en 1999, cuando la ONU — Organización de las Naciones Unidas— estableció el “Año Internacional de las personas mayores”. En el mismo año, el Papa Juan Pablo II escribió la “Carta a las personas mayores”. En 2003, la Conferencia Episcopal de Brasil (*Conferência Nacional dos Bispos do Brasil*, CNBB), lanzó una Campaña de Fraternidad con el lema: “Fraternidad y personas mayores”. Estos factores favorecieron que, poco a poco, hubiera una mayor clarificación y conciencia sobre el tema del envejecimiento. Y contribuirían a la organización de estrategias de cuidado de los mayores.

En el mismo año en que la CNBB desarrolló la Campaña de Fraternidad con el tema del envejecimiento (2003), el gobierno brasileño sancionó la Ley 10.741, el Estatuto de las personas ancianas, que garantiza los derechos de las personas mayores brasileñas. Todos estos acontecimientos influyeron en la decisión de los obispos, reunidos en Asamblea (2004), de comenzar una atención pastoral específica dedicada a los mayores, poniendo el foco de atención preferencial en los más vulnerables de nuestro país.

Así comenzó a finales de 2004, la Pastoral de los Mayores, cuya misión esencial es la organización comunitaria y la formación de agentes de pastoral, que llamamos “líderes comunitarios”, de manera que, una vez formados y fortalecidos en su compromiso cristiano y social, pueden asumir

voluntariamente el acompañamiento de las personas mayores de familias vecinas, a través de visitas a domicilio mensuales.

CONTRIBUCIÓN DEL CUIDADO PASTORAL DE LAS PERSONAS MAYORES A LA IGLESIA Y A LA SOCIEDAD

Con el objetivo de garantizar la dignidad, promover el bienestar, la calidad de vida y la defensa de los derechos de los mayores, los líderes comunitarios (Agentes de pastoral) hacen visitas domiciliarias, preferiblemente a aquellos que están en situaciones de vulnerabilidad social, fragilidad, pobreza, soledad o abandono. Pretenden fomentar en las familias y la comunidad el respeto, la solidaridad y la valoración de la sabiduría popular.

La Pastoral de las personas mayores tiene como objetivo un cambio en la cultura, que valore a las personas mayores, que respete su papel, que los empodere en cuanto a sus derechos, que aliente y apoye su autonomía. A través de la visita domiciliaria, realizada de manera sistemática y continua, siempre los mismos Agentes a las mismas personas mayores, se crean vínculos entre quienes visitan y las personas visitadas. Hay un intercambio de conocimientos, de escucha, de valoración de las experiencias vividas.

Además de las personas mayores, los familiares también son involucrados y alentados a crear un clima favorable, donde el amor, la buena voluntad y el respeto puedan prevalecer. De este modo se fortalecen los vínculos familiares evitando el ingreso de los mayores en instituciones. En Brasil, es una cuestión cultural el hecho de que las personas mayores deben permanecer con su familia y ser atendidas cuando surja la necesidad. Sin embargo, la Pastoral reconoce que la familia también necesita mucha atención, ya que también afronta dificultades para desempeñar su papel cuando la pobreza obstaculiza las condiciones mínimas para poder cuidar y proteger a las personas mayores.

Y precisamente porque percibe estas carencias, la Pastoral tiene un papel importante al despertar en la sociedad la necesidad de políticas públicas que favorezcan que los mayores vivan con dignidad, señalando la urgencia de crear servicios públicos (tan escasos y casi inexistentes hoy en Brasil), que den respuesta a una demanda creciente tanto en el área de la sanidad, como en lo social y la defensa de derechos. La Pastoral del mayor tiene su papel principal en el control democrático, participando en los Consejos de Justicia, de Salud, Sociales, en las tres esferas del gobierno: municipal, estatal y nacional.

Además de los vínculos que se están creando entre los Agentes de pastoral y las personas mayores visitadas y sus familias, la presencia de la pastoral

también comienza a influir en la comunidad, creando lazos de solidaridad. Otra influencia positiva es la relación intergeneracional que se está construyendo gradualmente. Los niños y los jóvenes comienzan a respetar y prestar más atención a los mayores.

La actitud del Líder comunitario es de profundo respeto a las opciones religiosas de cada persona mayor, sin embargo, estimula a tener una experiencia de fe y de cultivar una espiritualidad, consciente de que la persona que ora, consigue afrontar las dificultades con mayor resiliencia. El papel del Líder en la visita domiciliaria es ser presencia de la Iglesia con las personas mayores, llevando su afecto y la ternura de Dios a los más descartados de la sociedad actual.

15 AÑOS DE PRESENCIA DE PASTORAL PARA LAS PERSONAS MAYORES EN BRASIL

Al completar los 15 años de existencia, la Pastoral celebró con alegría en 2019, que estaba presente en 6.164 comunidades; pertenecientes a 1.743 parroquias; 211 diócesis; y 1.068 municipios en todos los estados de Brasil, acompañando a 178.136 personas mayores, 144.342 familias, a través de 25.868 agentes pastorales (líderes comunitarios).

¿Y quiénes son estos miles de buenos voluntarios? Son hombres y mujeres laicos, muchas religiosas de un amplio elenco de congregaciones. La mayoría de estos se ocupan de formar a los Agentes que realizan la misión principal de visitar. También se ocupan de organizar y coordinar equipos desde el nivel comunitario hasta el nivel nacional.

De esta manera, la Pastoral del mayor responde plenamente a la llamada urgente del Papa Francisco de una Iglesia en salida. De hecho, es un terreno fértil para la Evangelización. Es en nombre de la Iglesia que la Pastoral está presente con las familias, con las personas mayores, que la mayoría de las veces ya no son capaces de venir a participar en la comunidad. Además, la práctica de la “lectura orante” de la Palabra forma parte de la formación de los voluntarios. Esto es lo que los fortalece y los alienta a dedicarse con perseverancia como discípulos — misioneros de Jesucristo.

LA PERSONA MAYOR EN ANGOLA

P. Moisés Lucondo

Orden de los Frailes Menores Capuchinos

Eminencia Cardenal Kevin Farrell,
Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida:

Hermanas y hermanos:

¡Paz y Bien!

Agradezco a Su Eminencia por invitarme a participar en este Encuentro.

Me pidieron que presentara en esta asamblea el trabajo que desarrollo para ayudar a las personas mayores en la archidiócesis de Huambo, específicamente en el Centro Mártires del Amor.

Siempre ha sido mi deseo dedicarme a la atención pastoral, incluso antes, durante y después de mi ingreso en el Seminario.

Antes, como un joven funcionario público, era una de las tareas que llevaba a cabo con mis amigos.

Durante, visitaba a menudo a las personas mayores, incluso sin tener nada de tipo de material para la darles.

Después, ya ordenado y destinado a la casa de formación, pedía a los alumnos que realizáramos visitas de apoyo a los más necesitados.

Al ser párroco de Nuestra Señora de Fátima, en la archidiócesis de Luanda, procuré crear el primer comedor para los más necesitados de la ciudad, donde se les servía el desayuno y el almuerzo de lunes a sábado. Y luego se me ocurrió la idea de construir un Centro de acogida. Procuré encontrar un terreno para realizar el sueño tan deseado. Pero no tuvo éxito, y me pusieron al frente de los hermanos de mi Provincia Capuchina en Angola.

Terminado el tiempo de animación de los hermanos capuchinos en Angola, retomé, con el consentimiento del Ministro general, Fray Roberto Genuin, la concreción del sueño de construir en Huambo un centro de acogida para los mayores abandonados, acusados de brujería, sin familia y víctimas de diversos tipos de violencia; gracias al apoyo interno y externo, se concluyó con éxito.

¿POR QUÉ, CENTRO MÁRTIRES DEL AMOR? SÍ.

No solo por las dificultades que encontré de alguien que me apoyara en la realización del mismo, sino también por el accidente que sufrí un día durante los trabajos de construcción, encontrándome solo. Recorrer una distancia de menos de diez metros hasta el coche, me tomó más de veinte minutos y, al llegar a la fraternidad, bajar me llevó más de una hora. Y uno de los hermanos de la fraternidad publicó en las redes sociales, que Fray Lucondo, caminaría solo si ocurría un milagro. Pero por la noche lloré y recé, pensando en el centro y por la mañana a las seis y media me encontraba en el altar para celebrar. Y, asimismo, en el día a día con los mayores, sin medios económicos para mantenerlos, pero confiando en la Providencia. Esto me llevó a darle el nombre de **Centro mártires del amor**. Tiene capacidad para acoger a 60 mayores. Hasta ahora asistimos a 20 internos y más de 50 externos solo con comidas.

LOS MAYORES EN ANGOLA

Angola país africano con una superficie de más de 1.247.000 Km² con una población de 28.400.000 de habitantes (Censo de 2014).

Aunque la población de Angola es muy joven, los mayores van siendo muy numerosos, sin que se atiendan sus necesidades básicas.

Debido a las constantes dificultades causadas por la guerra, la falta de estructuras de asistencia a nivel nacional y las dificultades económicas.

El maltrato, la soledad, las acusaciones de brujería, angustia y baja estima son algunos de los signos del “calvario” de aquellos que, durante decenas de años, alimentaron el sueño de la vejez tranquila.

Los mayores pasan por un verdadero drama, muchos de ellos sin afecto, apoyo y acompañamiento de sus familiares, por quienes una vez juraron dar sus vidas.

Este escenario se registra en hogares de acogida y en algunas familias donde diariamente decenas de personas mayores son “pillados” con miradas melancólicas que denotan una falta de esperanza y una tendencia suicida.

La misma realidad se experimenta en las calles y en el núcleo principal para la preservación de los valores morales: la familia, donde la figura de la persona mayor comienza cada vez más a ser obviada.

Las personas ancianas se han convertido en un “lastre pesado” para muchas familias en el país, que hacen todo lo posible por deshacerse de sus antiguos “héroes” a cualquier precio.

A pesar de ser un grupo con necesidades especiales, fundamentalmente debido a su debilitado estado físico y mental, los mayores permanecen relegados a un plano inferior.

La situación preocupa a la sociedad y el “grito de ayuda” de las personas mayores está casi generalizado.

Para minimizar el problema, el Gobierno creó 17 hogares de personas mayores en varias provincias del país, que controlan, hasta el momento, a unas 900 personas. Según datos de noviembre de 2019.

O Moxico es la provincia con el mayor número de hogares de acogida (cuatro), seguido de o Huambo (tres), Cuanza Sul (dos) y Luanda, Huíla, Bié, Benguela, Cuando Cubango, Lunda Sul, Namibe y Uíge (con una institución cada una). Muchos de estos solo tienen nombre, pero de hecho no existen, como diremos a continuación.

En la misma línea, el gobierno aprobó la Ley de la Persona Mayor, que vela por las personas mayores desprovistas de atención familiar, en situación de abandono y aislamiento.

Para ayudar a este grupo social, el Ministerio de Acción Social, Familia y Promoción de la Mujer tiene un proyecto para apoyar a los mayores en comunidades y hogares, iniciativa que consiste en la asignación de una cesta básica. Que no se sabe a qué persona mayor.

Otra iniciativa del Gobierno, en pro de los mayores, es la del “Jango de Valores”, creado para sensibilizar a las familias angoleñas sobre la necesidad de proteger a las personas de la tercera edad, que celebran, el 30 de noviembre, el Día Nacional del Mayor.

Se trata de una efeméride instituida en 2005 por Decreto del Consejo de Ministros, publicada en el Diario de la República No. 4, para reflexionar sobre la realidad de las personas mayores.

QUEJAS EN LOS HOGARES DE LAS PERSONAS MAYORES

A pesar de las medidas, en Angola las personas mayores continúan quejándose por la falta de respeto.

En la casa de acogida de Beiral, por ejemplo, 103 mayores viven días difíciles y denuncian sufrir violencia verbal y malos tratos por parte de los vigilantes y demás personal.

Según las personas mayores en los centros de acogida del Gobierno, “los días son incluso más negros para las personas con limitaciones físicas,

mentales y oftalmológicas, que necesitan cuidados especiales, incluso para orinar y defecar”.

Entre varias quejas, la persona mayor que todavía tiene buena forma física y lucidez mental destaca la mala calidad de las comidas. “A menudo, ni siquiera sabe a nada”.

Por tanto, se exige el refuerzo de la intervención del Estado en las actividades de los hogares, donde varias personas mayores se quejan de patologías, como hipertensión arterial, depresión, reumatismo, que son típicos de la edad y tuberculosis, que a menudo es el resultado de una mala nutrición.

LA FALTA DE AFECTO FAMILIAR

El calvario de las personas mayores no se experimenta solo en hogares de acogida. Incluso en casa, junto a los familiares, hay quien dice estar abandonado, sin amor y cariño, aunque esté junto a un pariente de sangre, viendo sus bienes “usurpados” por sus propios hijos y siendo acusados de prácticas de brujería.

Una persona anciana, Manuel, de 82 años, vive la misma historia de dolor y sacrificio. Sin mucha agilidad para moverse, vive en el barrio de Malueca (Cazenga), en una casa de una habitación y sala de estar, sin las condiciones básicas mínimas.

Él, vive con una nieta y una hija que parece tener entre 40 y 49 años. Dedicar parte de su tiempo en casas que venden bebidas alcohólicas, dejando el cuidado de su padre en manos de su hija menor de 15 años.

Debido a la falta de fuerza en las extremidades superiores e inferiores, Manuel, padre de seis hijos, a menudo se hace sus necesidades biológicas en la habitación donde duerme, en unos recortes de tela vieja, permaneciendo muchas veces con los desechos durante más de cinco horas.

La limpieza del cuerpo solo se realiza cuando regresa la hija, una situación que lo deja asqueado de la vida. El anciano Manuel lamenta la ausencia de cuidados de los demás hijos, de los que dice que tienen formación y algunos están bien situados en la sociedad. En los tiempos modernos hay una falta de conciencia de que la ancianidad es un proceso biológico, psicológico y social que lleva a las personas mayores a la dependencia (ANGOP 30.12.2019).

Y que una persona mayor abandonada puede desarrollar distorsiones cognitivas que conducen a la depresión, al deterioro de la calidad de vida y pensamientos suicidas, debido al desprecio.

EL PAPEL SOCIAL DE LAS PERSONAS MAYORES

Este papel se fue cambiando en la sociedad tradicional africana, después del proceso post-independencia, trazando así un nuevo perfil de identidad para estas personas en la estructura social de África. Por esta razón, consideramos relevante observar el descentramiento de los mayores cuando llegan al ambiente de la ciudad, y se enfrentan a realidades tecnológicas que no habían experimentado antes en el pueblo. Así, denotamos en nuestro análisis la repercusión que estos aparatos, así como los espacios físicos de la ciudad y el pueblo, provocan formas diferentes de valoración de las personas ancianas dentro de sus relaciones familiares. Después del fenómeno post-independencia, cuando los acontecieron los procesos de comunicación de masas, es decir la introducción de aparatos tecnológicos como la televisión y la radio, cambió la situación del mayor, pasando a ser “encasillado” o valorizado por las personas de otros grupos etarios o incluso sus familias, especialmente en el contexto urbano. Antes de la aparición de estos dispositivos tecnológicos, la persona mayor era vista como una fuente de sabiduría y, en consecuencia, digna de especial atención por parte de otras personas, ya que todo lo aprendido y las experiencias vividas por la persona mayor se les enseñaba a los más jóvenes con la intención de propagar las costumbres comunes de la comunidad a las nuevas generaciones. Después de que las “interferencias tecnológicas y de mercado” llegaran al país, las personas mayores perdieron su lugar representativo y los medios de comunicación de masas, además del exacerbado consumo, se convirtieron en el “centro de atención” de aquellos que anteriormente tenían la figura de la persona Anciana como fuente de información que se realizaba a través de la narración oral de las historias. Hemos de enfatizar que nuestro objetivo en este trabajo no es generalizar sobre la cuestión de la modernización como algo malo para África, o incluso afirmar que la entrada de la tecnología fuera perjudicial para algunos ciudadanos africanos, pero sí, sobre todo, señalar que estos instrumentos y los valores basados en el consumismo han cambiado el papel social de las personas mayores en algunas sociedades tradicionales. En la cultura africana, especialmente antes de los proyectos de modernización, la persona mayor ocupaba un lugar destacado en cuanto a ser el guardián de las tradiciones y el conocimiento. En este sentido, la persona anciana tenía la tarea de transmitir los conocimientos de orden existencial y espiritual, específicos de su pueblo, a las demás personas de la comunidad a la que pertenecía. Estos conocimientos eran generalmente transmitidos oralmente a los jóvenes y sus familias, a fin de sustentar la identidad de las personas, a través de tradiciones, formas de vida y cultura diseminadas en la comunidad durante décadas. Por tanto, junto al

amplio conjunto de sociedades tradicionales africanas que propugnaban la tradición oral, la transmisión del patrimonio cultural se transformó de vital importancia del vínculo que une al individuo con la palabra. Es a través de la palabra como se reconstruye la historia tradicional de un pueblo. Además, la propia cohesión de la sociedad también depende del valor y el respeto que impregnan la palabra (Serrano y Waldman, 2008, p. 145-146).

Como consecuencia de este razonamiento, nos encontramos con que la edad es un elemento muy importante porque, a diferencia de lo que ocurre en otras sociedades en las que se establece como un factor de exclusión de los mayores, en la sociedad tradicional africana, la vejez es precisamente sinónimo de acumulación de conocimiento y experiencias vividas, proyectándose, así como un elemento de estatus para los mayores dentro de su categoría social. Como señala Fonseca (2008, p. 138) sobre la vejez en África:

“El que representa el conocimiento de la comunidad, el contador, el ‘griot’ (el que se pone al servicio de los demás), está inscrito en una tradición en la que 'ser persona anciana' y tener un conocimiento profundo de las historias de los antepasados son elementos que valoran al individuo en el grupo al que pertenece” (Por esto, ante una persona anciana se comete una falta, es una incorrección decir: no parece un viejo). Desde esta óptica, se señala que los signos tangibles inherentes a la mayoría de las personas mayores, como las arrugas de la piel y la aparición de cabellos blancos, no actúan como factores excluyentes en las sociedades africanas tradicionales. Por el contrario, estos signos confieren un nivel de importancia dentro de la categoría social de las personas mayores, dado que, en estas sociedades, el poder de la palabra es más importante que el vigor para trabajar. En las culturas que delegan a la persona anciana el poder de cambiar con sus sabias palabras los acontecimientos del mundo, el cuerpo, con el pasar de los años, se vuelve indiferente, y la vejez es bienvenida con naturalidad. Los signos de la edad no se perciben como degradación o se prejuzgan denigrando el paso del tiempo. Estos signos se veneran junto con las palabras de la persona anciana, ya que dan testimonio de la experiencia y la sabiduría.

Aquí con los organizadores de este encuentro, doy fe de que la edad es una gran riqueza. Y con todas las personas mayores les agradecemos por celebrar este encuentro que nos servirá para despertar una nueva mentalidad.

Gracias a nuestro Dios por la inspiración, a la Iglesia por la organización de este evento; y aprovecho la oportunidad en nombre de las personas mayores de Angola en particular, y de África en general, para gritar en voz alta como lo hizo Rosa Korbfield-Matte en nombre de las Naciones Unidas en Mozambique,

hace años: **defendemos la intervención urgente de la Iglesia y los Gobiernos Africanos, en combatir contra la violencia a las personas ancianas, las acusaciones de brujería y que haya actos concretos a favor de las personas ancianas. Y congregaciones e institutos religiosos, fundados en Europa, América, Asia y África en favor de las personas mayores, que, implantados en nuestro continente, cambien de carisma, que vuelvan a la fuente por la cual el fundador(a) se inspiró.**

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

COUTO, Mia. *Sangue da avó manchando a alcatifa*. En: Cronicando. Lisboa: Editorial Caminho, 1999.

ELIAS, Norbert. Trad. Plínio Dentizien. *A solidão dos moribundos seguido de envelhecer e morrer*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2001, p. 103.

ESCOSTEGUY, Ana Carolina D. *Identidades culturais: uma discussão em andamento*. En: Cartografias dos estudos culturais – uma versão latino americana. Belo Horizonte: Autêntica, 2001, p. 139-184.

FONSECA, Maria Nazareth Soares. *Velho e velhice nas literaturas africanas de língua portuguesa*. En: Literaturas africanas de Língua Portuguesa: Percursos da memória e outros trânsitos. 1. ed. Belo Horizonte: Veredas e Cenários, 2008. p. 131-149.

GLISSANT, Édouard. *Introdução a uma poética da diversidade*. Juiz de Fora: EDUFJF, 2005, p. 13-69.

HALL, Stuart. *Quem precisa de identidade?* En: SILVA, Tadeu Tomaz da. *Identidade e diferença: a perspectiva dos estudos culturais*. 7. ed –Petrópolis, RJ: Vozes, 2007. p. 103-131.

SERRANO, Carlos, WALDMAN Mauricio. *A África Tradicional*. En: *Memória da África em sala de aula*. 2 ed. São Paulo: Cortez, 2008. p. 126-145.

ANGOP. 30 de Novembro 2019.

Personas mayores y familia

Donatella Bramanti

*Profesora Ordinaria de Sociología de Procesos Culturales y Comunicativos
Universidad Católica de Milán*

SÍNTESIS

El binomio personas mayores y familia es fundamental para comprender el fenómeno del envejecimiento de una población cada vez más numerosa, siempre que se aclare que cuando hablamos de la familia, nos referimos a las generaciones que la componen y no solo a la familia con la que convivimos.

En la fase de la ancianidad, a diferencia de otros momentos de la vida, caracterizados por eventos decididamente más disruptivos (como la adolescencia y la vida adulta), generalmente se entra “de puntillas” casi sin darse cuenta, por lo tanto, se puede decir que emerge una especie de desorientación que afecta progresivamente a la vida de las personas que generalmente dan testimonio de la experiencia de no sentirse cómodos en las actividades que realizan, en los roles que desempeñan; emerge casi una especie de inadaptación personal y social para responder a los nuevos desafíos de la vida.

Las personas mayores de hoy son un recurso importante tanto dentro de las familias como en la sociedad en general, siempre que logren experimentar la transición de manera positiva, junto con las personas que los rodean. Por esta razón, es importante observar de cerca, cómo las familias perciben esta fase, cómo se están acercando progresivamente, cuáles son las señales de advertencia (si son legibles) de esta nueva condición. Es de hecho, solo si puede sentir la incomodidad como un nuevo desafío, para un cambio que puede comenzar un período de búsqueda de un nuevo equilibrio.

ENVEJECER EN FAMILIA

El binomio personas mayores y familia es fundamental para comprender el fenómeno del envejecimiento de una población cada vez más grande, siempre que se aclare que cuando hablamos de la familia, nos referimos a las generaciones que lo componen y no solo a la familia con la que convivimos.

Aunque en los últimos años numerosos estudios han destacado los procesos de debilitamiento y crisis de la familia como institución, y la individualización de los lazos que se entienden en función de la realización

personal de los individuos (Beck, Beck-Gernsheim 2001; Bauman 2013), la familia sigue siendo la célula fundadora de la sociedad y, sobre todo, el lugar primario de relación en el que tiene lugar la primera forma de encuentro e intercambio entre generaciones.

La sociología relacional (Donati 2006; Scabini, Rossi 2006; Rossi, Bramanti 2012) permite evidenciar la especificidad de la familia, tratándola como una relación social “sui generis”, operadora de alianzas mediante la transmisión de la vida y la solidaridad entre generaciones. Las relaciones básicas que la componen son la relación de pareja (entre los sexos), las relaciones parentales y filiales (entre progenitores e hijos) y las relaciones entre diferentes generaciones, unidas por vínculos parentales (por ejemplo, entre abuelos y nietos). La familia es, por lo tanto, un *fenómeno intrínsecamente relacional*, único e irremplazable, es la expresión de una necesidad natural, una exigencia humana de relación y sociabilidad; permite el encuentro y las interacciones con los demás, generando enlaces fiables --con los que puede contar--, dentro de los cuales es posible crecer (niños), hacerse responsables (adultos), implementar formas de re-conocimiento del otro y re-conocimiento de los dones recibidos (los mayores); por lo tanto, es necesaria para el bienestar de los sujetos y de la sociedad en su conjunto.

Pasamos por las fases de la vida, por lo tanto, internamente y, en dialéctica continua con la familia / familias, en las que crecimos y a las que hemos ayudado a construir.

En particular, la transición a la vida de mayores, el punto focal de esta intervención, es específicamente una transición familiar, no solo porque se lleva a cabo dentro de una red familiar, sino porque afecta a todos los miembros de la familia que están en relación con la persona mayor y que adquieren progresivamente nuevos roles y responsabilidades.

Hacerse mayor es un recorrido, una transición que involucra en primer lugar al sujeto / la pareja, pero al mismo tiempo a las personas con las que está vinculada la persona mayor, dentro de la familia los hijos, los nietos, y, fuera de ella, los amigos, los vecinos.

En este proceso, la actitud de los otros, la cultura generalizada, los medios de comunicación, la sociedad en general, también se ha vuelto particularmente importante para el envejecimiento.

Es importante preguntarnos, en los diferentes micro-contextos de la vida familiar, sobre la actitud de los adultos que se acercan a la jubilación (uno de los marcadores más importantes de la transición), ante la nueva fase de la vida

que van a vivir, ¿cuánto y cómo están dispuestos a invertir para prepararse para la vejez? ¿Cuáles, si los hay, son los ritos de transición que nos permiten indicar los puntos cruciales de este paso?

“Prohibido envejecer” parece ser la nueva tendencia: vivir como si fuera 10 años más joven. A medida que la población envejece en general, el envejecimiento se pospone progresivamente a edades cada vez más altas. La medicina preventiva aumenta la esperanza de vida en tres meses cada año: en Italia, según las últimas estimaciones de 2018 (ISTAT, 2019), la esperanza de vida al nacer para ambos sexos es sustancialmente estable: 80.8 años para hombres y 85.2 para mujeres. Se vive más en el Norte. En la UE, Italia ocupa el primer lugar con Suecia y Malta para hombres y el cuarto para mujeres, después de España, Francia y Luxemburgo.

En países con sistemas de asistencia social para mayores que garantizan la protección de la salud y las pensiones, los años ya no se identifican por los típicos momentos de transición vital: estudio, trabajo, matrimonio, hijos, jubilación, etc.

De esto se deduce que la edad cronológica ya no es el elemento principal de la experiencia personal del envejecimiento y que, por lo tanto, existe una ruptura entre las imágenes sociales que se centran en la edad cronológica y en las modificaciones corporales y la percepción personal de cada uno.

De hecho, parece más correcto hablar hoy de transiciones y no de transición a la vida de las personas mayores (Regalia - Tamanza, 2001: 349): el uso del plural subraya los cambios que ha implicado, en los últimos años, la última fase de la vida, que aparece cada vez más claramente como un período largo y complejo, desigual, en el que tanto el tiempo de bienestar y “buena salud” como el tiempo de deterioro psicofísico tienden a ampliarse.

En nuestra sociedad entramos en esta condición lentamente, gradualmente y permanecemos en ella más tiempo que en el pasado; en esta fase, a menudo nos enfrentamos a múltiples acontecimientos, que constituyen indicadores, algunos de los cuales son de entrada (“nido vacío”³, jubilación), otros son críticos (enfermedad, viudez), y otros de salida (pérdida de capacidad cerebral, una muerte en pequeñas dosis...).

Pero la ubicación de estos eventos “conjuntos” en la vida personal y familiar de todos tiende a construirse siempre siguiendo caminos biográficos

³ Esta expresión indica esa fase del ciclo de vida familiar caracterizada por la salida del hogar de los hijos, que abandonan a la familia de origen, lo que permite a los padres recuperar por completo un tiempo para ellos y la relación de la pareja.

distintos según las redes familiares, sociales y de los itinerarios laborales de cada uno, así como los recursos económicos disponibles.

La problemática relativa a esto concierne esencialmente a los procesos de socialización y de adaptación que se ejecutan para enfrentar la fase final de la vida. Pero en los últimos años, varios trabajos de naturaleza social y psicosocial han puesto de relieve los estereotipos que marcan nuestro conocimiento de las personas mayores y que tal vez representan la proyección de los miedos colectivos sobre el envejecimiento y la muerte. Los caminos de las personas mayores son hoy más complejos y diferenciados de lo que normalmente se piensa. “La variabilidad impera incluso en esta fase de la vida y es reflejo de las diferencias sociales e individuales que deben investigarse y que pueden contribuir a determinar escenarios extremadamente complejos y heterogéneos...” (Regalia - Tamanza, 2001: 350).

En segundo lugar, los estudios en cuestión han evidenciado la necesidad de “cambiar el ángulo de visión” desde el cual observar a la persona mayor, comenzando a considerarla como generación familiar; este cambio de enfoque desde un punto de vista individual a uno familiar ha implicado e implica que el camino, o más bien los caminos hacia la última fase de la existencia, deben considerarse como transiciones familiares específicas. Este refinamiento de la perspectiva hace que lo que ocurre a las personas mayores sea incomprensible si no es “leído” dentro de las relaciones y la historia familiar de la que provienen: en realidad, solo de esta manera es posible darse cuenta de cómo están envejeciendo las generaciones mayores.

LA DIMENSIÓN TEMPORAL

La transición a la tercera edad, como todas las transiciones, se puede dividir mentalmente en fases (figura 1). El primer momento se caracteriza por un período de desorganización, seguido de una fase de búsqueda de un nuevo equilibrio. Esta fase puede conducir a una reorganización satisfactoria para los sujetos, o por el contrario puede abrir un período de estancamiento en el que hay una especie de bloqueo para hacer planes, que lleva a los sujetos a “dejarse llevar por la vida” en una condición de inestabilidad y fragilidad emocional. Estas son las situaciones en las que una transición en realidad no tiene lugar, o la variable de tiempo se niega y continúa permaneciendo en la fase anterior, o las etapas se queman y se anticipa la última fase de la vida, en una especie de “retirada” desalentadora.

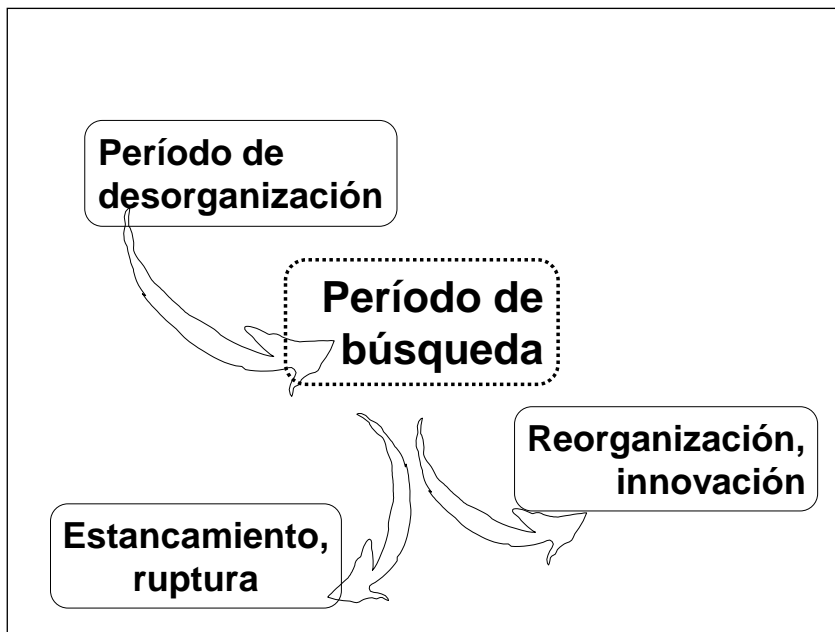


Figura 1 El “timing” de la transición

En la fase de la tercera edad, a diferencia de otros momentos de la vida, caracterizados en general por eventos decididamente más disruptivos (como en la adolescencia y en la vida adulta) uno entra generalmente “de puntillas” casi sin darse cuenta, por lo tanto, se puede decir que emerge una especie de desorientación que afecta progresivamente la vida de las personas que generalmente dan fe de la experiencia de no sentirse cómodos en las actividades que realizan, en los roles que desempeñan, surge casi una especie de incapacidad personal y social para responder a la vida.

Por esta razón, es importante observar de cerca cómo la generación adulta percibe esta fase, cómo se acerca progresivamente, cuáles son las señales de advertencia (si son legibles) de su nueva condición. De hecho, solo si se percibe la incomodidad como un nuevo desafío para un cambio, puede comenzarse un período de búsqueda de un nuevo equilibrio.

LAS DIMENSIONES DE LA TRANSICIÓN

En este punto, debemos preguntarnos cuál es el objetivo de esta peculiar transición familiar, es decir, cuándo se puede decir que este “pasaje” se ha completado y tiene éxito. Mirando la realidad familiar en su conjunto, la tarea con la que se enfrentan todos los miembros de la familia en esta etapa es el “traspaso de poderes” entre generaciones, y la asunción por parte de la generación adulta del puesto de líder generacional (Scabini, Cigoli 2000: 172-173). En otras palabras, el objetivo evolutivo a alcanzar, que constituye el resultado de una empresa conjunta entre adultos y personas mayores, está representado por la reorganización del equilibrio jerárquico dentro de las relaciones familiares. La generación anterior, que reconoce y experimenta una

retirada progresiva de su posición de centralidad y autonomía relacional y social, está comprometida en hacer espacio de manera concreta y activa para los hijos adultos “...legitimándolos como responsables del crecimiento de las generaciones posteriores y del cuidado de los anteriores” (Ibíd., n. 173). Se trata de una investidura propia y verdadera de la generación adulta por parte de la generación anterior. Por otro lado, los adultos están llamados a asumir una posición de “primacía generacional”, lo que implica, en primer lugar, la asunción completa de las responsabilidades de los adultos, es decir, el ejercicio del cuidado hacia la próxima generación y de la generación anterior⁴.

Los factores personales, familiares y sociales que pueden permitir o, por el contrario, inhibir el logro de este objetivo son múltiples y tienen que ver con una serie de factores; por tanto, creemos que la transición a la tercera edad solo se puede interpretar de manera eficaz en una perspectiva relacional⁵, que permite observar, además de las diferentes dimensiones, una separada de las otras, también la conexión entre ellas. Tales dimensiones deben identificarse en los recursos, objetivos, valores básicos y normas con los que cada individuo enfrenta la transición de la edad adulta a la tercera edad. Y precisamente a partir de las diferentes relaciones entre estas dimensiones, se destacan los riesgos que acompañan a esta transición, y al mismo tiempo identificamos los posibles recursos a los que acudir para transformar los riesgos en factores de crecimiento personal y social.

Volviendo a las cuatro dimensiones fundamentales de la transición a la tercera edad, se pueden explicar de la siguiente manera:

- a. los recursos consisten en todos los medios, herramientas y oportunidades disponibles para la persona que se está haciendo mayor; con esto pretendemos referirnos no solo a aspectos estrictamente económicos, sino también a las condiciones de salud, la situación de la vivienda y la red de relaciones en las que se inserta el adulto maduro. Está claro que la falta o debilidad de estos factores puede hacer que sea difícil o arriesgada⁶ la entrada en la tercera edad.

⁴ «El “traspaso de poderes” entre la primera y la segunda generación toma forma de transmisión, acogida y elaboración de la memoria familiar, que es una forma particular de cuidado y consiste en la capacidad de sentir y experimentar lo que conecta a varias generaciones, al reconocer y cultivar la pertenencia común y al proponerla con contribuciones personales» (Scabini, Cigoli 2000: 173).

⁵ Para una comprensión más profunda de la perspectiva relacional, ver Donati, 1998.

⁶ El término “riesgo” se refiere a la relación de adecuación / inadecuación entre los medios y recursos disponibles para cada uno y los desafíos (dificultades, acontecimientos críticos, como, por ejemplo, transiciones) lanzados por el entorno social que cada persona encuentra para afrontarlos. Arriesgar significa entonces combinar de manera más o menos sensata (equilibrada) recursos y desafíos (en nuestro caso, de hecho, envejecer, completar la transición y alcanzar sus objetivos).

- b. El objetivo fundamental de la transición, –en orden al uso de estos recursos–, está representado, como ya he señalado, por el traspaso de poderes entre las personas ancianas y la generación adulta que permite la reubicación al nuevo papel de las personas mayores. La “retirada” de la primera generación de la centralidad de la escena familiar y social, implícita en esta suerte de investidura, hoy en día ya no se refiere a una idea de la tercera edad inevitablemente marcada por la decadencia psicofísica. En este sentido, el compromiso de aquellos que se están haciendo mayores para obtener y/o mantener una situación de bienestar general, es decir, tanto desde un punto de vista físico y psíquico como desde un punto de vista relacional, representa una especie de consecuencia con respecto a este traspaso, de entregas y, por tanto, otra finalidad importante hacia la cual se oriente la transición a la tercera edad.
- c. Pero, ¿qué “reglas” permiten que esta transición tenga éxito? Con respecto a las relaciones familiares es fundamental ante todo la norma de reciprocidad entre los sexos y entre las generaciones (Rossi, 2001: 25); “reciprocidad” puede definirse como el elemento que conecta las relaciones sociales, destacando la dimensión de equidad presente en los intercambios que ponen en marcha dos partes en relación⁷. Además de esto, otra regla que es importante como impronta de la transición a la vida de las personas mayores es la prosocialidad, entendida como la atención a las necesidades de los demás y como un deseo de tratar de satisfacerlas. En este caso, la regla también “garantiza” las conexiones, los lazos entre las personas mayores y el mundo fuera de la familia, basados en la gratuidad. Finalmente, debe enfatizarse que, aunque el progreso médico y las mejores condiciones generales lo facilitan hoy en día, una “buena” vejez sigue siendo un logro personal, a través del compromiso de mantener reglas e implementar estrategias de vida saludable, que conciernen el cuidado del cuerpo y la vida saludable, a través de la actividad física y la nutrición adecuada, la prevención, la salud mental, el cuidado de las relaciones.
- d. Una dimensión posterior se refiere a la cultura individual y familiar y a los valores de referencia con los que se aborda la transición a la tercera edad. Esta fase peculiar del ciclo de vida familiar parece estar

⁷ La reciprocidad es una norma social indispensable para la supervivencia de la sociedad misma, casi un pulmón vital, que produce no solo una cierta estabilidad en las relaciones humanas, "ya que genera motivaciones para que los beneficios retornen...", sino también una dinámica particular, dando lugar a interacciones humanas diversas y activas orientadas desde un punto de vista normativo y valorativo.

influenciada, en su desarrollo y en su éxito (o fracaso), por el valor (positivo o negativo) que cada uno atribuye a la tercera edad, es decir, por el hecho de que este período de la vida se considera como una oportunidad o como un problema y una carga.

Además, el punto de vista desde el que se observa el hecho de llegar a la tercera edad y de ser persona anciana, no puede dejar de estar marcado por los valores éticos y religiosos que se consideran importantes y por la valoración que da al adulto maduro la red relacional en la que se inserta, a partir, naturalmente, de las relaciones más cercanas (primarias), es decir, familiares, parientes y amigos.

El sentido de la existencia parece ser cada vez más uno de los temas clave en la investigación sobre el envejecimiento pacífico: la orientación y la consistencia que da a la vida (Leclerc, 2002), la motivación que da mantenerse activo, el papel decisivo que desempeña en la adaptación a acontecimientos perturbadores, constituye uno de los componentes de la salud psicofísica en todas las edades y una condición esencial de una vejez armónica. Leclerc documenta cómo, especialmente en las personas ancianas, la referencia a los valores de la vida, los objetivos que se han marcado, los métodos para lograrlos y la satisfacción obtenida se asocian a una alta calidad de vida, a la participación social, al menor impacto de los episodios estresantes, al desarrollo de la interioridad.

LOS RIESGOS DE LA TRANSICIÓN

De este modo, la transición a la tercera edad contiene, como todas las transiciones, una serie de riesgos que pueden situarse en la dimensión temporal.

Esto no debe llevarnos a considerarla como un evento negativo, de hecho, la dimensión de riesgo que caracteriza nuestro tiempo es desde luego una parte integral de la vida cotidiana (Beck, 2000) y puede transformarse en un valor positivo. De hecho, percibir el riesgo, verbalizarlo y afrontarlo es una oportunidad de crecimiento.

La única forma posible de salir de la paradoja de una transición imposible o “casual”, es identificar el valor positivo del riesgo social y poner de nuevo en el centro las relaciones familiares, entendidas como relaciones sociales que superan una interacción que se enfoca en un sentido predominantemente horizontal, para acceder al sentido vertical (intergeneracional).

En este sentido, la necesidad de planificación (futuro) está fundida con el recuerdo de una historia (presente y pasado) y permite a la generación de

mediana edad acceder a una nueva reorganización de la vida que le permite continuar mirando hacia el futuro, incluso si nos estamos acercando al final de la vida.

La Figura 2 resalta cuáles son los principales riesgos de esta transición y dónde están ubicados.

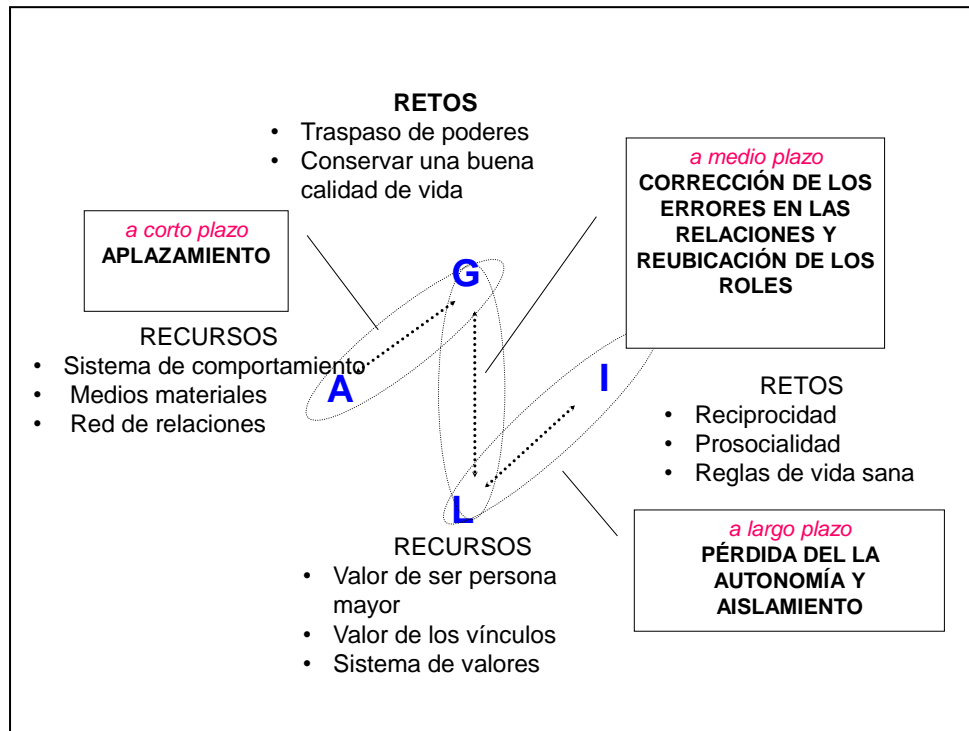


Figura 2 Los riesgos de la transición a la ancianidad

Es posible tratar de identificarlos de acuerdo con una ubicación temporal diferenciada:

A corto plazo, lo que parece más probable en el juego entre desafíos y recursos es una especie de aplazamiento de la transición. Podemos decir que la generación tardo-adulta en general tiene suficientes recursos materiales, goza de buena salud en general, vive en el centro de redes de relaciones significativas, se esfuerza por prepararse para el necesario traspaso de poderes a la generación de los hijos y para el mantenimiento del propio bienestar psicofísico. Por lo tanto, la transición a la tercera edad se va posponiendo necesariamente. Pero, ¿cuánto tiempo? ¿Y para cuántos este ir dejando las cosas supone el riesgo de no poder encontrar una nueva posición social y familiar sin sentirla como una pérdida? Esto es lo que hemos tratado de entender con la investigación empírica realizada.

A mediano plazo, la debilidad del valor atribuido a la última fase de la vida (sistema de valores) puede convertirse en un obstáculo real para la consecución de los objetivos de bienestar y buena calidad de vida con el

consiguiente fracaso para reorganizar las relaciones y reubicar el propio rol. La referencia a los valores que constituyeron el andamiaje de la propia existencia, por tanto, se vuelve central y, de alguna manera, la edad adulta tardía podría constituir un momento importante para reinvertir en los ideales de la juventud que pueden haberse dejado un poco de lado en el período más activo de la existencia. ¿Cuáles son los valores importantes para los adultos que se acercan a la tercera edad?, ¿cómo consideran las relaciones?, ¿cuánto desean comprometerse con los demás? El descubrimiento de las diferentes perspectivas puede ofrecer elementos importantes para una preparación favorable.

Finalmente, **a largo plazo**, el riesgo parece ser el de no tener vida social en la tercera edad con la consiguiente incapacidad de manejar la reducción o pérdida de la autonomía y la desaparición progresiva de relaciones significativas. La hipótesis es que la disposición a invertir tiempo y dinero en actividades que permitan no solo “conservar”, sino también promover nuevas oportunidades para el bienestar y las relaciones se configura como una variable a tener en cuenta para promover una buena transición a la tercera edad.

LAS PERSONAS MAYORES PROTAGONISTAS

Es posible intentar indicar cuáles son los roles y funciones que ejerce la población mayor en nuestras sociedades posmodernas, tanto dentro de las relaciones familiares como en las sociales. Me referiré, en particular, a algunas investigaciones que hemos realizado en los últimos años, tanto en Italia como en España (Bramanti y otros. 2017; Cavallotti, Bramanti eds., 2019).

Ser abuelos: la columna vertebral de la propia descendencia.

¿Qué significa ser abuelos hoy? El tema ha sido tratado en numerosas intervenciones, en un intento de reconstruir un perfil de la condición de abuelos (grandparenthood).

Attias-Donfut (Attias-Donfut - Segalen, 2002), como erudito pionero de este tema, dice que los abuelos juegan un papel fundamental en la vida de sus nietos, ya que contribuyen a la construcción de su identidad personal, constituyendo para ellos lo que se denomina *pillar identity*, es decir, la columna vertebral de su identidad. Es crucial para un niño o un joven, vivir la relación con los abuelos, con quienes se establece otra forma de trato, respetando aquella impronta que dan los progenitores, un vínculo que puede proporcionar nuevas y distintas experiencias personales, en donde las reglas pueden cambiar y la imaginación puede tomar formas diversas.

Es importante la transformación con respecto al pasado (Zanatta, 2013): se están extendiendo las *beanpole families* (familias multigeneracionales) (Bengtson, 2001; Dykstra, 2010); las personas llegan a ser abuelos cuando todavía gozan de buena salud, tal vez aún participan activamente en el mercado laboral, y esto constituye, por un lado, un recurso importante, pero también supone una nueva complicación en términos de la organización de la vida cotidiana. Algunos abuelos en la actualidad han vivido la experiencia de la separación, que a menudo complica los marcos relacionales intergeneracionales, otros pueden tener sobre sus hombros la carga de la migración que los sitúa en una condición de aislamiento o de distancia geográfica de una parte de la familia.

La relación abuelos / nietos se puede entender y describir hoy en referencia al enfoque de solidaridad intergeneracional de Bengtson (2001) y de la ambivalencia de Lüscher (2002; 2011; 2012). En particular, Albert y Ferring (2013) a partir de estos enfoques sugieren considerar algunos factores cruciales como responsables de los cambios en el rol de los abuelos: acontecimientos sociodemográficos, incluida la juventud, una mayor actividad de los abuelos y la mayor esperanza de vida, los aspectos estructurales de la cercanía o proximidad de la vivienda, género, edad y estado de salud; todo esto de hecho podría afectar la relación entre abuelos y nietos, que se basa esencialmente en un equilibrio de reciprocidad de cuidado y atención, que implica tareas de desarrollo progresivo y en correspondencia a la fase del propio ciclo vital. Por otra parte, no deben minusvalorarse las fuentes de tensión y de posible conflicto, la primera de las cuales es el fenómeno del abandono de los abuelos del área educativa de sus nietos, o, por el contrario, un exceso de presencia que puede o bien desanimar a los abuelos en su papel de guía, o bien excluir a los padres de su tarea irremplazable.

Sin embargo, el fenómeno de la presencia de abuelos en la escena familiar está presente en proporciones casi similares en todos los países europeos. La investigación SHARE⁸ documenta bien, en los países investigados, una gran dedicación de los abuelos hacia sus nietos. La proporción de hombres y mujeres que han cuidado a sus nietos de manera regular en los últimos 12 meses, a

⁸ La investigación SHARE (*Encuesta de salud, envejecimiento y jubilación en Europa*) que se encuentra en su quinta ola se realizó en 2004, 2006-07, 2008-09, 2010-11 y 2013, en un número cada vez mayor de países europeos. Es una encuesta [survey] multidisciplinar e *internacional [cross-national]* sobre las condiciones económicas y de salud, sobre la realidad familiar y las redes de apoyo de aproximadamente 123.000 personas de 50 años o más, de 20 países: Austria, Bélgica, Dinamarca, Estonia, Francia, Alemania, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Polonia, Portugal, República Checa, Eslovenia, España, Suecia, Suiza y Hungría, además de Israel.

partir de la fecha de la encuesta, en ausencia de sus padres, es de alrededor del 43% en los 16 países europeos encuestados.

En particular, con respecto a las abuelas, se desprende que el cuidado de los nietos, de manera regular u ocasional, involucra, en todos los países, aproximadamente la mitad de ellas. Estas cifras son ligeramente más altas en los Países Bajos, Dinamarca, Suecia y Francia, debido al alto número de progenitores solteros o separados, que por lo tanto requieren apoyo “extra” en el cuidado de los niños y en la difícil tarea de sus madres de conciliar la familia y el trabajo (Attias-Donfut et al., 2005). En particular, parece que los países del sur de Europa tienen estimaciones más altas de la atención prestada de forma regular (semanal) que en el Norte. Las abuelas italianas, griegas y suizas participan en el cuidado intensivo de sus nietos más del doble que las demás.

Pero, podemos preguntarnos por qué es importante que los mayores cuiden de sus nietos. En el trabajo de Brugiavini, Buia, Pasini y Zantomio (2013), los autores han sabido dar valores a la dimensión longitudinal de los datos SHARE para investigar la presencia e intensidad de reciprocidad en el ofrecimiento de asistencia informal en once países europeos, en las áreas mediterránea, continental y nórdica. Un primer dato que surge es que, si bien la disposición para ayudar a los nietos o recibir ayuda con los niños es similar en todos los países europeos, la frecuencia promedio de atención es mayor en los países mediterráneos (número de días: 19 Italia, 16 España, 8 Alemania, 6 Francia...). Según los investigadores, ni las orientaciones culturales ni las diferencias nacionales parecen relevantes, mientras que los resultados muestran que la custodia de los hijos por los abuelos se traduce en una mayor probabilidad de que, cuando sean adultos, los nietos estén disponibles para corresponder, ofreciendo asistencia a sus abuelos mayores.

De este trabajo se evidencia, por tanto, que una de las motivaciones más fuertes es la necesidad de equilibrar la balanza entre dar y recibir entre las generaciones. La acción desinteresada desencadenaría una voluntad de reciprocidad, dando vida a un círculo de virtud, de acuerdo con el esquema de dar-recibir-corresponder (Godbout, 1993).

En comparación con los datos italianos, es posible observar una contextualización específica de la relación entre abuelos y nietos, fundamental para contrarrestar el riesgo siempre al acecho de la idealización excesiva, que no considera la concreción de la observación experiencial de las relaciones intergeneracionales (Albert - Ferring, 2013) y en particular, deducir cuáles son las condiciones que hacen del cuidado de los nietos fuente para el bienestar de las personas ancianas más jóvenes.

Las personas ancianas jóvenes, cuidadoras (*caregiver*) de las personas ancianas mayores.

La familia italiana, aunque con muchas dificultades, pone entre algodones a sus personas mayores, de hecho, a partir de los años 80 en adelante, el número de personas mayores precozmente institucionalizadas disminuye significativamente. Las familias buscan apoyo y ayuda domiciliaria (aumento en el número de cuidadores) antes de llegar, como *último recurso*, a la admisión en una institución. De la investigación realizada (Bramanti, Boccacin, 2014; Facchini, 2010), por lo general se concluye que las familias continúan, a pesar de mil dificultades, llevando a cabo la función de “cuidar” de sus miembros, especialmente los miembros más débiles, y que son principalmente las mujeres quienes han de asumir este papel de cuidadoras (*caregiver*).

La experiencia del cuidado y asistencia de un progenitor propio de edad avanzada se vive en la gran mayoría de las familias italianas y es posible gracias a la presencia de personas/familiares que realizan la función *de caregiver*. Hoy, esta generación de en medio (generación *sándwich*) ha experimentado un envejecimiento progresivo, en su mayoría se trata de personas mayores que prestan apoyo y ayuda a las personas más mayores aún.

El primer informe sobre innovación y cambio en el sector de *Longterm Care* [atención a largo plazo] (elaborado por CERGAS SDA Bocconi), ha hecho un retrato de la existencia de un ejército silencioso de 8 millones de *caregiver* familiares que se auto-organizan para satisfacer las necesidades asistenciales de sus seres queridos que ya no son autónomos, que se suman a los casi 1.000.000 de cuidadores entre regulares y no.⁹

Es fuerte el riesgo de que, ante la carga de cuidados de las personas ancianas, puedan surgir dificultades más o menos graves que lleven a la *quema* del *cuidador* con la consiguiente necesidad de encontrar nuevas soluciones, apoyos e ingresos en instituciones, vividas con una sensación de derrota y culpa por parte de los miembros de la familia. De hecho, las familias son *puestas a prueba* ante la necesidad de cuidar a un sujeto que entra en una situación de dependencia, o porque es muy mayor, o está discapacitado o enfermo. Por lo tanto, el riesgo del cuidado se transforma para las realidades familiares, en la posibilidad, siempre ambivalente, de experimentar acontecimientos críticos en el ciclo de la propia vida, como el envejecimiento y, aunque en diferente

⁹ CENSIS 2015 Bienestar Italia. Laboratorio de nuevas políticas sociales. Estimaciones de 2017: cuidadores regulares 393.478, cuidadores irregulares 590.217, total 983.695.

medida, la invalidez, como una posibilidad en la cual reafirmar lo “específico de la vida familiar”.

Dykstra (2010; Dykstra et al., 2013) pone de relieve el concepto de *family obligations* [obligaciones familiares] como un refuerzo moral a la responsabilidad filial, que se basa en la deuda con los padres que han brindado todos los cuidados necesarios hasta la juventud, y a veces incluso más allá. Es en este sistema de dar y recibir en el que se basa la motivación para apoyar y cuidar de los padres mayores por parte de los hijos adultos (Lang-Schütze, 2002), en relación con las necesidades personales de autonomía y percepción de responsabilidad filial. En particular, Silverstein, Gans y Yang (2006) se refieren a las *family obligations* en términos de “recurso latente”, que forma parte del capital social intrafamiliar.

Además de estar evidentemente mediada por las diferentes subculturas en las que se mueven las familias, la dimensión de obligatoriedad del vínculo entre padres mayores e hijos adultos tardíos se negocia dentro de la familia. Los niveles de expectativas excesivas resultan inadecuados para la consolidación de un vínculo satisfactorio entre generaciones.

De hecho, incluso en las redes familiares “sanas”, frente a la carga del cuidado de las personas mayores, pueden surgir dificultades, molestias, disgustos más o menos graves que pueden llevar *al burn out del caregiver* [a que el cuidador se quemé] con la consiguiente necesidad de encontrar nuevas soluciones, apoyos e ingresos en instituciones, vividas con una sensación de derrota y culpa por parte de los familiares. Cada vez con mayor frecuencia, la tarea del cuidado, o la dirección de los cuidados, que también integra a otras figuras asalariadas, es responsabilidad de una persona que es mayor. Por tanto, la tarea de *caregiver* la lleva a cabo un sujeto mayor “activo”, y se dirige hacia una persona anciana, a menudo el cónyuge, en una condición de fragilidad o dependencia.

Además, precisamente porque la última fase de la vida se presenta como un período largo, complejo, no uniforme, en el que tanto el tiempo de bienestar y “buena salud” como el tiempo de decadencia psicofísica tienden a ampliarse, también puede considerarse como un tiempo de hacer memoria y de gratitud entre generaciones. Un estudio reciente (Regalia-Manzi, 2016) muestra que los sentimientos de gratitud se configuran como la relación que media entre la ayuda recibida y la ayuda brindada tanto en el contexto familiar como en el de amigos y vecinos. Del modelo probado por los AA. se ve que la experiencia de la gratitud es un valor añadido al vínculo mutuo entre las generaciones. En concreto, se puede decir que la ayuda recibida de los miembros de la familia y

otras personas que pertenecen a su red informal de relaciones hace que las personas estén agradecidas por estos dones, y esta experiencia contribuye directa y exclusivamente a promover el apoyo y acciones de ayuda hacia otras personas. Pero los datos nos dicen algo más. Sugieren que la gratitud tiene un efecto que te lleva a prestar ayuda incluso a aquellos que no han sido la fuente directa del apoyo recibido. En última instancia, sugieren que la gratitud favorece un protagonismo social positivo, que va más allá de lo habitual conforme a las normas sociales que regulan los intercambios interpersonales.

En Italia, actualmente estamos en una coyuntura favorable que combina la presencia de grupos de mayores ricos, prevalentemente con buena salud, que todavía han tenido un buen número de hijos y esto ha permitido que se difunda en los Países occidentales, una forma específica e intensa de intercambio entre las generaciones, más longevas y con más recursos que en el pasado. Pero los escenarios que se vislumbran en el horizonte no parecen confirmar estas tendencias y, por lo tanto, la fuerza de los vínculos intergeneracionales también sufrirá transformaciones, dando lugar a nuevas situaciones que hoy apenas son previsibles, salvo en las dimensiones más estructurales y cuantitativas.

¿Podemos pensar que las redes de intercambio entre generaciones irán más allá de los límites familiares tradicionales, para adquirir un valor más selectivo, redes grandes que incluyen sujetos sin vínculos estructurados? ¿O serán más raras, serán experiencias cada vez más excepcionales, en la vida de las personas y las familias, produciendo nuevas desigualdades?

Además, en las diversas áreas territoriales los modos de reciprocidad son diferentes y la propensión a dar y recibir ayuda entre familias tiene rasgos diferentes. Esto introduce una mayor diferencia entre las oportunidades de apoyo de la población frágil.

El Informe ISTAT también retrata bien este aspecto. En general, nos enfrentamos a un aumento en la tendencia a proporcionar ayuda, si bien se observa una contracción tanto en la frecuencia de la ayuda como en las horas que se le dedican.

Por otra parte, de los datos cuantitativos que miden el apoyo real recibido de las familias, la percepción que las personas tienen de la red de apoyo social (definida como el apoyo físico y psicológico que otros brindan a la persona) obviamente también es relevante. De hecho, sentirse en el centro de una red contribuye a promover el bienestar físico y, sobre todo, el bienestar psicológico de las personas (Rodríguez-Artalejo y otros. 2006; Piferi y Lawler, 2006). Los problemas de aislamiento y soledad, potencialmente comunes a todos los

grupos de edad, se vuelven particularmente relevantes en las personas frágiles, debido a una multiplicidad de factores: condiciones de salud, edad avanzada, características del lugar de residencia, estructura familiar.

COMPROMISO CÍVICO Y PROSOCIALIDAD

Como muchos estudios han documentado, el bienestar de las personas mayores es multidimensional, en el sentido de que el bienestar involucra múltiples factores: ya psicofísicos, ya socioeconómicos, ya relacionales, ya de participación (Rossi-Bramanti, 2006; Carrà, 2019). En las sociedades complejas, allí donde se arriesgan a regenerarse y adoptar formas no narcisistas o privatistas, cada vez se logra más un modo de relación social que también surge de formas y relaciones asociativas renovadas.

En esta perspectiva, términos como la relacionalidad y la asociación se convierten en criterios fundamentales para leer los fenómenos sociales emergentes, como el asociacionismo prosocial de las personas mayores. Al asociarse, los mayores responden a un fuerte impulso solidario que genera redes de ayuda mutua: al mismo tiempo, las relaciones de tipo asociativo, que pueden experimentarse al actuar en diferentes organizaciones del sector terciario, permiten a los mayores que están involucrados obtener un mayor nivel de bienestar personal.

Muchos estudiosos apoyan la convicción de que el bienestar implica una dimensión relacional y que se puede lograr a través de la participación en asociaciones (Bramanti-Meda, 2015). En esta perspectiva, los procesos relacionales interpersonales, que tienen lugar en contextos de organización específicos, se vuelven fundamentales para comprender los fenómenos sociales emergentes, tales como las asociaciones de personas mayores orientadas a iguales.

En las asociaciones prosociales, se crean vínculos relacionales que permiten el establecimiento de intercambios inter e intrageneracionales. En el contexto actual, hay pocos lugares sociales en los que se puedan experimentar las relaciones intergeneracionales: por esta razón, en el contexto de las organizaciones del sector terciario que se dedican a las personas mayores y a los que pertenecen a otros grupos de población, los vínculos intergeneracionales son particularmente significativos.

El voluntariado de los mayores más jóvenes ha sido objeto de numerosas encuestas y estudios efectuados a nivel internacional y nacional, e investigaciones comparativas que identifican las peculiaridades del compromiso voluntario de los jóvenes mayores en los diferentes países de la

Unión Europea (Boccacin, 2016). Con respecto a Italia, el reciente Censo ISTAT sobre organizaciones sin ánimo de lucro (ISTAT, 2014) ofrece algunas indicaciones sobre los voluntarios mayores y sobre las organizaciones de voluntariado y del sector terciario italianas en las que están activas.

Se han registrado 703.602 voluntarios mayores de sesenta y cinco, que representan el 14,8% del universo de referencia, compuesto por 4.758.622 de voluntarios.

Un elemento que ha sido posible destacar a través de la relectura de los datos del ISTAT, de acuerdo con las categorías del enfoque relacional (Donati, 2013), se refiere a la intergeneracionalidad, es decir, la presencia de las diferentes generaciones dentro de las organizaciones del sector terciario. En general, por lo tanto, los voluntarios mayores representan un componente significativo entre quienes trabajan en el sector voluntario italiano (Boccacin, 2015).

Esta opción personal asume una relevancia social específica ya que, a través de la actividad, es posible que el individuo experimente la dimensión interpersonal y asociativa que tanto tiene que ver en el desempeño de un rol social satisfactorio (Boccacin-Bramanti, 2012). Desde esta perspectiva, el enfoque, la competencia y la experiencia de las personas mayores dan consistencia a la dimensión social de la actividad, convirtiéndose en recursos palpables y verificables para la sociedad.

A partir de una encuesta realizada en Italia (Concejales, Rossi eds., 2016) se ponen de relieve algunas de las características que distinguen a las personas mayores que participan en actividades pro-sociales. En particular, los más jóvenes, de edades comprendidas entre 65 y 69 años, se caracterizan por un mayor nivel educativo, por una mayor capacidad de adaptación ante los cambios tecnológicos y culturales, por una mayor capacidad de relación con las generaciones jóvenes, mientras que los mayores de 70 y 74 años parecen menos capacitados desde el punto de vista tecnológico y de la articulación de los circuitos relacionales —en particular los primarios— a los que pertenecen; sin embargo, pueden llevar a cabo una importante acción de solidaridad con los que les necesitan por motivos de enfermedad y soledad.

Por tanto, se vuelve cada vez más importante la inclusión social de esta parte de la población y el desarrollo de estrategias políticas activas, capaces de apoyar actividades solidarias llevadas a cabo por las personas mayores (Walker-Maltby, 2012).

Si nos centramos en el tema del intercambio entre generaciones, de la investigación previamente citada (Regalia-Manzi, 2016) se concluye de nuevo que el valor de la gratitud también se manifiesta a nivel de la asunción de comportamientos prosociales, ya que resulta ser un importante indicador del compromiso civil y político. Además, se confirma lo que emanaba de la literatura sobre la importancia que tienen las emociones positivas para promover el bienestar personal, que puede expresarse desde una perspectiva prosocial. De hecho, los resultados muestran que las personas agradecidas están más comprometidas con los problemas sociales, ya que su agradecimiento los hace sentirse más satisfechos con sus vidas.

EN SÍNTESIS: OBSERVANDO LAS EVIDENCIAS EMPÍRICAS

El envejecimiento de un progenitor pone a prueba las relaciones familiares, especialmente cuando se manifiestan largos períodos de dependencia y de enfermedad crónica. Sin embargo, en las familias, las dimensiones de intercambio mutuo y el reconocimiento, tienen un valor inestimable.

De las numerosas investigaciones empíricas que hemos realizado en los últimos años con el grupo de investigadores del Centro Universitario de Estudios e Investigación sobre la Familia, surgen algunos elementos que merece la pena resumir brevemente¹⁰.

Los hallazgos empíricos sugieren la existencia de dos formas diferentes de vivir la condición de personas mayores según el género, con diferentes elementos de recursos y factores de riesgo para hombres y mujeres. Es cierto que las mujeres viven en promedio más tiempo, pero no necesariamente mejor. Si, en general, los hombres son los que parecen disfrutar de mejores condiciones materiales (en términos de salud y actividad física practicada) e inmateriales (a nivel de satisfacción individual, relacional y general), las mujeres se presentan como personas potencialmente con más riesgo, para quienes es necesario pensar en políticas e intervenciones *ad hoc*, también desde un punto de vista preventivo, que favorezcan sus condiciones de salud y actividad física y la promoción de niveles de bienestar inmaterial más altos.

¹⁰ Se hace aquí referencia a los resultados de la investigación antes mencionada. Se hace referencia al Proyecto de investigación de relevancia de la Universidad (Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, 2013-2014). *Non mi ritiro: l'allungamento della vita, una sfida per le generazioni, un'opportunità per la società*. El objetivo de la encuesta es comprender en qué condiciones el alargamiento de la vida constituye una oportunidad para uno mismo y para la sociedad, de acuerdo con una perspectiva de *active ageing* (envejecimiento activo) que considera parámetros estructurales (presencia/ausencia de salud), económicos (alargamiento de la edad productiva y de consumo) y culturales (calidad de vida, en sentido subjetiva y socialmente relevante, atribuido a los intercambios entre generaciones) <http://anzianiinrete.wordpress.com> (Scabini, Rossi eds, 2016; Scabini, Rossi, eds, 2018).

Otra diferencia de género se manifiesta en las condiciones que determinan el bienestar de mujeres y hombres: las primeras, al definir su propio bienestar, dan prioridad al compromiso con los demás y a disfrutar de buenas relaciones; los segundos inciden en elementos que giran principalmente en torno a su individualidad: salud, ingresos.

Surgen diferentes perfiles de *engagement* (*compromiso*), que están asociados a mayores o menores niveles de riesgo y bienestar. Los diferentes *modus vivendi* de las personas ancianas se pueden representar a lo largo de un eje imaginario que va desde el retiro individualista (sin atisbo de compromiso), pasando por el compromiso selectivo en algunas áreas de *activity* (compromiso automático), hasta la capacidad de recomposición de las diversas facetas del compromiso (compromiso, y, y ...).

Alrededor del 28% de la muestra se compone de los mayores más jóvenes no activos, que por lo tanto ni pueden ser protagonistas ni pueden estar en contra de sí mismos, ya sea en de las redes familiares y de parentesco (que son más bien escasos) o en la sociedad, en solidaridad o servicio cívico voluntario. Podemos decir que esta porción de personas mayores —especialmente personas que viven en el Sur— viven un estancamiento sustancial en lo que respecta a la transición a la vejez, que se caracteriza porque, libres de obligaciones laborales, no pueden reorientar sus vidas y su tiempo en actividades generativas para uno mismo o para otros. El riesgo que se puede vislumbrar detrás de esta condición de malestar sustancial es el aislamiento social progresivo asociado, condición que requiere una reflexión en orden a implementar políticas de carácter preventivo. El complejo papel de las instituciones y el mundo asociativo tendrá que aplicarse cada vez más a los grupos de personas mayores potencialmente en riesgo de aislamiento, para intervenir desde una óptica preventiva, más que restaurativa, elevando el nivel de participación y bienestar en estos sujetos.

La familia se confirma como un ámbito fundamental de compromiso (60,7% de la muestra) para jóvenes mayores italianos. Para algunos, a quienes hemos llamado los “familistas” (11% de la muestra) se destaca como el único aspecto del compromiso, mientras que una proporción significativa, por el contrario, tiende a no difuminar su grado de compromiso en otras áreas de la vida, como en el caso de los que hemos denominado “abuelos agradecidos a la vida” (23,5%), que, sin embargo, corresponden a un perfil más bien basado en su tradición. Debe tenerse en cuenta que, si esta generosa porción de personas ancianas constituye un recurso innegable para sus propias redes familiares, no debe pasarse por alto el riesgo de desgaste al que podrían estar sujetos si no se

les brinda el apoyo adecuado en sus ámbitos de actividad familiar, a través de intervenciones y medidas de política social. De hecho, entre estos jóvenes mayores hay muchos que tienen grandes cargas familiares, y para ellos el compromiso dentro de la familia se vuelve necesariamente exclusivo, como los jóvenes mayores que cuidan a sus nietos y/u otros miembros más mayores de la familia. En Italia se enfrentan a la escasez de políticas sociales, teniendo que replegarse en su propia responsabilidad familiar, pero también cumplen una importante función social, a menudo un *welfare* (buen hacer) indirectamente débil o ineficaz: la hipótesis es que, si se introdujeran medidas realmente orientadas a ayudar a estas familias, algunos recursos podrían liberarse y canalizarse para otras áreas.

Luego está, y esto constituye un dato no despreciable, una gran parte de las personas ancianas que se califican como “personas ancianas-recurso”, los sociogenerativos (26,2%) que expresan una gran vitalidad, buena satisfacción (bienestar) y capacidad para participar en múltiples frentes de *activity* (acción). Está documentada la posibilidad de implicación en acciones solidarias y de participación ciudadana incluso acompañada de un compromiso con sus redes familiares. El marcador más significativo de esta condición es la actividad en el frente cultural, que debería empujar a los que toman decisiones públicas y a la sociedad civil a invertir más en las experiencias culturales y de aprendizaje de estas personas, ya que se destaca como un factor de protección contra los riesgos de malestar e insatisfacción.

Entre los polos opuestos de los “mayores-recurso” y los “mayores-riesgo”, existe una posición más matizada que señala a sujetos activos en actividades pro-sociales en ausencia de lazos familiares (11.7% de la muestra).

Los resultados que surgieron de este análisis de los datos, ofrecen indicaciones para aquellos que tienen que tomar decisiones en el campo social, porque sugieren que la dirección a seguir no solo debe ser incluir nuevos servicios de *welfare* —asistenciales— (por otra parte, muy poco utilizados por nuestras personas ancianas), sino también facilitar procesos de “orientación relacional” a través de los cuales los sujetos puedan lograr una situación de bienestar en sus redes, evitando que las competencias entre las necesidades individuales de bienestar y las de sus familias entren en conflicto y, al mismo tiempo, aumente la confianza de que incluso en esta fase de la vida podemos seguir siendo un recurso importante para nosotros y para los demás.

BIBLIOGRAFIA

Albert I. - Ferring D. (2013). *Grandparent-grandchild relations in a changing society: different types and roles*. In I. Albert e D. Ferring (eds.), "Intergenerational relations – European perspectives on family and society", Policy Press, Bristol, pp. 147-165.

Attias-Donfut C. - Segalen M. (1998). *Grands-parents: la famille à travers les generations*. Odile Jacob, Paris.

Attias-Donfut C. - Ogg C.J. - Wolff F.C. (2005). *Family support*. In A. Börsch-Supan *et al*, "Health, Ageing and Retirement in Europe", SHARE, Mannheim MEA, 2005, pp. 171-178.

Bauman, Z. (2003). *Liquid Love*, Polity Press, Cambridge.

Beck U. (2000), *La società del rischio*, Carocci, Roma.

Beck U., Beck-Gernsheim E., (2001), *Individualization*, Sage London.

Bengtson V.L. (2001). Beyond the nuclear family: The increasing importance of multigenerational bonds. "Journal of Marriage and Family", 63, pp. 1-16.

Boccacin L. (2015). *Anziani attivi: le sfide della prosocialità tra tradizione e innovazione*. In G. Moro e A. Bassi (a cura di), "Politiche sociali innovative e diritti di cittadinanza", Franco Angeli, Milano, pp. 19-44. (2016). *L'azione volontaria degli anziani attivi in Italia: l'emergere di nuovi ruoli sociali*. In E. Scabini e G. Rossi (a cura di), "L'allungamento della vita: una risorsa per la famiglia, un'opportunità per la società", Studi Interdisciplinari sulla Famiglia n. 28, Vita e Pensiero, Milano.

Boccacin L. - Bramanti D. (2012). *Anziani attivi e associazionismo: una prospettiva intergenerazionale*. In R. Lodigiani (a cura di), "Rapporto sulla città", Franco Angeli, Milano, pp. 105- 135.

Bramanti D., Boccacin L., (2014), *Anziani attivi in Europa tra morfogenesi dei legami e innovazione esistenziale*, "Studi di Sociologia", 3, 2014, pp. 233-259.

Bramanti D. - Meda S. (2015). *Anziani attivi in Italia: engagement e benessere tra ricomposizione e ritiro*. In G. Moro e A. Bassi (a cura di), "Politiche sociali innovative e diritti di cittadinanza", Franco Angeli, Milano, pp. 131-158.

Bramanti D., Meda S. G., Rossi G.,(2017) [*A Relational Sociological Approach to Active Ageing: The Role of Intergenerational Relations and*](#)

[Social Generativity](#), in E. Halas and P. Donati (guest eds.), *The Relational Turn in Sociology: Implications for the Study of Society, Culture, and Persons*, Stan Rzeczy [State of Affairs], 12, pp. 215-239.

Brugiavini A. - Buia R.E. - Pasini G. - Zantomio F. (2013). *Long-term care and reciprocity: does helping with grandchildren result in the receipt of more help at older ages?* In A. Börsch-Supan, M. Brandt, H. Litwin e G. Weber (a cura di), "Active ageing and solidarity between generations in Europe. First results from SHARE after the economic crisis", De Gruyter, Berlino, pp. 369-378.

Carrà E., (2019), Modus vivendi e benessere relazionale delle famiglie con figli (0-13 anni), in "Sociologia e Politiche Sociali", 3, 139-160.

Cavallotti R. & Bramanti D (eds.), (2019), *Ageing and intergenerational family solidarity in Spain*, Thomson Reuters ARANZADI, Navarra.

Cigoli V. - Scabini E. (2006). *Relazione familiare: la prospettiva psicologica*. In E. Scabini e G. Rossi (a cura di), "Le parole della famiglia", Studi Interdisciplinari sulla Famiglia n. 21, Vita e Pensiero, Milano, pp. 13-46.

Dykstra P.A (2010). *Intergenerational family relationships in ageing societies*. United Nations Publications.

Dykstra P.A - van den Broek T. - Muresan C. - Haragus M. - Haragus P.T. - Abramowska-Kmon A. - Kotowska I.E. (2013). *State-of-the-art report: Intergenerational linkages in families*. "Family and Societies, Working Paper series", 1.

Donati P. (a cura di) (1998), *Lezioni di sociologia*, CEDAM, Padova.

Donati P. (2006), *Manuale di sociologia della famiglia*, Laterza, Roma. (2013). *Sociologia della relazione*. Il Mulino, Bologna.

Facchini C. (2010). *La solitudine degli anziani: reti familiari, strategie di fronteggiamento e vissuto individuali*. In A. Sapia (a cura di), "La solitudine degli anziani: reti familiari, strategie di fronteggiamento e vissuto individuale", Franco Angeli, Milano, pp. 92-112.

Godbout J. (1993). *Lo spirito del dono*. Bollati Boringhieri, Torino (ed. or. *L'Esprit du don*. Ed. La Découverte, Paris 1992).

ISTAT -(2014). *Nono censimento industria, istituzioni pubbliche e non profit*. ISTAT, Roma.

ISTAT, *Rapporto Annuale 2018*.

Lang F.R. - Schütze Y. (2002). Adult Children's Supportive Behaviors and Older Parents' Subjective Well-Being. A Developmental Perspective on Intergenerational Relationships. "Journal of Social Issues", 58, Issue 4, pp. 661-680.

Leclerc G. (2002), *L'approfondissement du sens de la vie au cours du vieillissement*, en "Vie et vieillissement", vol.1, n°1, pp. 51-58.

Lüscher K. (2002). *Intergenerational ambivalence: further steps in theory and research*. "Journal of Marriage and the Family", 64 (3), pp. 583-593. (2011). Ambivalence: A "Sensitizing Construct" for the Study and Practice of Intergenerational Relationships. "Journal of Intergenerational Relationships", 9, pp. S191-S206. (2012). *Ambivalence and practice as emerging topics of contemporary family studies*. In E. Scabini e G. Rossi (eds.), "Family Transitions and Families in Transition", Studi Interdisciplinari sulla Famiglia n. 25, Vita e Pensiero, Milano.

Piferi e Lawler (2006) *The forgiving personality: Describing a life well lived?* Personality and Individual Differences, vol.41, 6, pp.1009-1020.

Regalia C., Tamanza G. (2001), La transizione alla vita anziana: una sfida per le generazioni familiari, in Bramanti D. (a cura di), La famiglia tra le generazioni, Vita e pensiero, Milano.

Regalia C. - Manzi C. (2016). *Gratitudine, benessere e condotte prosociali nelle persone anziane*. In E. Scabini e G. Rossi (a cura di), "L'allungamento della vita: una risorsa per la famiglia, un'opportunità per la società", Studi Interdisciplinari sulla Famiglia n. 28, Vita e Pensiero, Milano.

Rodriguez-Artalejo et al. (2006) Social Network as a Predictor of Hospital Readmission and Mortality Among Older Patients with Heart Failure

Rossi G. (a cura di) (2001), *Lezioni di sociologia della famiglia*, Carocci, Roma.

Rossi G. - Bramanti D. (a cura di) (2006). *Anziani non autosufficienti e servizi family friendly*. Osservatorio nazionale sulla Famiglia, Franco Angeli, Milano.

Rossi G., Bramanti D. (2012), La famiglia come intreccio di relazioni. La prospettiva sociologica. Vita e Pensiero, Milano.

Scabini, E., & Cigoli V., G. (Eds.) (2000), *Il familiare*, Raffaello Cortina ed., Milano.

Scabini, E., & Cigoli V., G. (Eds.) (2012). *Alla ricerca dell'identità familiare: il modello relazionale-simbolico*. Raffaello Cortina, Milano.

Scabini, E., & Rossi, G. (Eds.). (2006), *Le parole della famiglia* (Vol. 21). Vita e Pensiero, Milano.

Scabini, E., & Rossi, G. (Eds.). (2016), *L'allungamento della vita. Una risorsa per la Famiglia, un'opportunità per la società*, (Vol. 28). Vita e Pensiero, Milano.

Scabini, E., & Rossi, G. (Eds.). (2018), *Living Longer: A Resource for the Family, An Opportunity for Society*, Common Ground Research Networks, doi:10.18848/978-1-86335-111-9/CGP.

Silverstein M. - Gans D. - Yang F.M. (2006). *Filial support to aging parents: The role of norms and needs*. "Journal of Family Issues", 11, pp. 1068-1084.

Zanatta A.L. (2013), *I nuovi nonni*. Il Mulino, Bologna.

Walker A. - Maltby T. (2012). *Active ageing: A strategic policy solution to demographic ageing in the European Union*. "International Journal of Social Welfare", 2012:21, pp. S117-S130. DOI: 10.1111/j.1468-2397.2012.00871.

El diálogo entre generaciones

Maria Voce

Presidenta de los Focolares

He acogido con alegría la invitación a ofrecer, en el contexto de este interesante Congreso de reflexión sobre las Personas Mayores, una contribución sobre “Diálogo entre las generaciones”.

JUNTOS JÓVENES Y PERSONAS MAYORES

Este es un tema objeto de estadísticas y análisis sociológicos recurrentes, que ha alimentado debates y opiniones controversiales o bien, que ha sido deliberadamente dejado de lado por juzgarse irresoluble.

El Papa Francisco ha sorprendido por el coraje y el vigor con que ha sacado a la luz la importancia de la relación entre jóvenes y adultos, incluyendo a los mayores, es decir, las personas ancianas, denominándola con un término que ya dice mucho: “diálogo entre generaciones” como un “tesoro para conservar y alimentar”.¹¹ Sabemos lo que ha insistido en este punto y como ha motivado a los jóvenes, tanto en la preparación de las Jornadas de la Juventud como en el desarrollo del reciente Sínodo para ellos y en sus publicaciones, a revalorizar, en quien está avanzado en los años, lo que él llama “*el bien de su sabiduría*”.¹²

Basta pensar al gran eco del libro *La saggezza del tempo* (La sabiduría del tiempo), en el que el Papa dialoga con Antonio Spadaro, releyendo con aguda profundidad historias de personas mayores y jóvenes en el mundo. “desde hace algún tiempo llevo en mi corazón un pensamiento”, confiesa textualmente: “siento que esto es lo que el Señor quiere que diga: que se haga una alianza entre jóvenes y personas mayores”, comprometiéndose en varios niveles a promover esta verdadera “alianza”, que puede llenar el “vacío” de la indiferencia y ayudar a los jóvenes a “afrontar el futuro”.¹³

Un joven me escribió: “Cada generación lleva en su ADN las rosas y las espinas de su período histórico”. Para abrirse a la diversidad y construir relaciones armoniosas entre generaciones, explicita más adelante: “Debe superarse cualquier tipo de ‘ácido’ del propio ADN que impida la salida del

¹¹ FRANCISCO, *Ángelus*, 26 de julio de 2013.

¹² FRANCISCO, *La sabiduría del tiempo*, editado por Antonio Spadaro SJ, Prefación, p. 9, Roma 2018.

¹³ Cfr. *Ibidem*, p. 9-10.

propio mundo pequeño”. “Para los adultos, los jóvenes somos como un rompecabezas. Para volver a montar todas las piezas se necesita mucha paciencia y pasión, de lo contrario se abandona el juego. Por nuestra parte, los adultos son como Textos de autor; para penetrarlos de la manera correcta, primero se debe conocer el contexto y las circunstancias en que fueron escritos, de otro modo, se corre el riesgo de hacer una interpretación incorrecta”.

En cualquier caso, es necesario decir que la llamada del Papa a superar la indiferencia y a dirigir una mirada de estima de uno hacia el otro —los jóvenes a las personas mayores y viceversa—, más allá de los prejuicios y estereotipos, ha creado opinión e indica, creo, realmente un signo de los tiempos. Tengo la impresión de que se está creando una atmósfera de nueva comprensión, insospechada, entre las generaciones. De hecho, he constatado que, particularmente ante una emergencia o graves crisis sociales, surgen nuevas comprensiones fructíferas.

Por ejemplo, un joven maestro me escribió desde Chile: “Es difícil poner en palabras lo que seguimos viviendo en Chile. La violencia y la violación de los derechos humanos están creciendo. Pero hoy hemos tenido una experiencia de diálogo en nuestra facultad. Éramos 174 estudiantes, profesores y funcionarios. Me tocó dirigir este 'capítulo', esta reunión de diálogo ciudadano. En medio del dolor hay una nueva esperanza”.

Movilizaciones inesperadas de jóvenes, que reclaman la atención pública en defensa de los valores, ocurren en varias latitudes, desde países latinoamericanos, hasta Hong Kong, Argelia, etc.

Un hecho que surgió recientemente en Italia, que también me hizo pensar, es el fenómeno de las “Sardinas”. Estas manifestaciones pacíficas, que han tenido un éxito inmediato, nacieron del deseo de cuatro chicos de pronunciarse en contra de los soberanismos, la construcción de muros y contra cualquier forma recurrente de apartheid.

Cuatro chicos se han reunido a través de las redes sociales, han invitado a otros y se ha constatado una gran afluencia de personas y no solo de jóvenes. Desde luego, han lanzado el mensaje pensando en los jóvenes, no tanto en los adultos, sin embargo, han despertado el interés general. Y el interés está precisamente en lo que se dice: Se puede ir a la calle, reunirse independientemente de la edad, de las diferencias sociales, a pesar de tener trabajo o no, más allá de la afiliación política o de cualquier otra diferencia, y estar conectados no solo con los teléfonos móviles, sino también mirarnos a la cara, poder hablar y decir lo que pensamos, poder decirnos lo que queremos y

lo que somos, o incluso nuestro descontento por la situación de odio que existe, por la situación de temor que se extiende cada vez más por el país. ¡Para decir que no, que no queremos esto! Queremos en cambio, que haya un compromiso por parte de todos por el bien común, por los derechos humanos, la solidaridad y la paz. Y esto se puede hacer más allá de la pertenencia.

Esta manifestación mostró cómo los jóvenes y los adultos, también las personas más ancianas, si se sienten del mismo lado, no encuentran diferencias entre ellos, ya que tienen el mismo empeño y han salido a contarlo. Al mismo tiempo, estaban motivados por estos jóvenes, sintiendo su empuje. No se quedaron quietos, fueron a apoyarlos y así se agregaron a este gran grupo.

Ahora, lógicamente, no todo está hecho, tendrán que ver cómo moverse y buscar qué hacer. Sin embargo, esta toma de postura ha demostrado realmente algo insólito y que todos necesitamos, que es una relación de cercanía unos con otros.

Lo que en este momento puede sanar las heridas de la humanidad, y ayudar a hacer frente a muchos miedos y urgencias sociales, no se trata tanto de buscar soluciones a los problemas de una manera fragmentaria, sino responder principalmente a las necesidades de las relaciones fraternas y amigables, el poder mirarse a los ojos —digamos—, el poderse escuchar y hablar.

Me parecen ejemplos que interesa mencionar en relación con la intergeneracionalidad.

No se trata, por tanto, solamente de destacar que las personas mayores deben pensar en los jóvenes o que los jóvenes deben cuidar de las personas ancianas por una serie de necesidades. La relación más bella y fecunda se realiza cuando ellos, unos y otros, intentan vivir juntos.

Y la vida es vida, tanto de un lado como del otro, y cuando están juntos, es vida para los dos.

NUEVAS PERSPECTIVAS: CONTRIBUIR JUNTOS A LA VIDA

Abriendo a la esperanza, el Papa Francisco ama citar el pasaje del profeta Zacarías 8, 4-5: “Otra vez se sentarán ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, cada cual bastón en mano, por los muchos años que tendrán; y las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas jugando en ellas”. Él comenta: “La abundancia de la vejez y la infancia. Esta es la señal, cuando un pueblo

cuida a mayores y a niños, los tienen como un tesoro, este es el signo de la presencia de Dios, es la promesa de un futuro”.¹⁴ De esto viene la esperanza.

Pero, ¿cómo superar el «gap» actual, la presente brecha? “Los hemos hecho a un lado —advirtió el Papa refiriéndose a los abuelos— y hemos perdido el valor de su sabiduría”.¹⁵

¿Qué buscan los jóvenes? De una encuesta que hice, se concluye: humildad, confianza, misericordia, paciencia, aceptación del otro tal como es, magnanimidad, docilidad, amabilidad, incluso humor, coherencia de la vida, autenticidad y flexibilidad al mismo tiempo.

Tienen en cuenta la sabiduría y ven en los más mayores puntos de referencia y modelos de fidelidad. Y cuando “el futuro genera ansiedad, inseguridad, desconfianza, miedo —explica el Papa Francisco— solo el testimonio de las personas mayores les ayuda a levantar la mirada hacia el horizonte y hacia lo alto”.¹⁶

El ejercicio de afrontar la vida juntos, compartiendo desafíos y mirando juntos a un gran ideal, da mucho fruto.

Me escribe un joven: “Confieso que desde que llegué a la Escuela de Focolarini me ha impresionado la generosidad y la cercanía entre las generaciones. En un mundo donde jóvenes y adultos viven separados a una distancia de miles de años luz, experimentar y poder ser testigo de estas relaciones merece ser considerado como un regalo de Dios. Es cierto que somos diferentes, y en algunas situaciones pensamos y actuamos de manera diferente, pero creemos y deseamos lo mismo: el mundo unido es el sueño que tenemos en común para contribuir a: “*que todos sean uno*”, petición de Jesús al Padre (Jn 17,21)”.

Necesitamos valores a los que dar prioridad y una gran meta en común.

Es cierto que la convivencia entre diferentes edades no se improvisa. Es un camino de apertura al diálogo que debe fascinar de una manera siempre nueva también a los adultos, como un aprendizaje permanente. Se basa en la comprensión, que es una a la luz que da sentido a la vida y abre nuevos horizontes, que hemos sido creados cada uno como un don para el otro.

Recuerdo cuánto me impactó y me ayudó a lo largo de los años, la afirmación de Chiara Lubich: “Quien está a mi lado fue creado como un don

¹⁴ FRANCISCO, *La cultura de la esperanza*, Homilía, 30 de septiembre de 2019.

¹⁵ FRANCISCO, *La sabiduría del tiempo*, op. cit.

¹⁶ *Ibidem*.

para mí y yo fui creado como un don para los que están a mi lado. En la tierra todo está en una relación de amor con todo: todas las cosas con todas las cosas. Sin embargo, es necesario vivir el Amor para encontrar el hilo de oro entre los seres”.¹⁷

CREADOS COMO UN DON DE UNO PARA EL OTRO – RELACIÓN CON EL MODELO TRINITARIO

Junto a Chiara vi nacer —de manera especial a partir de los años 60 en adelante— las nuevas generaciones del Movimiento de los Focolares y su desarrollo progresivo, en unidad y distinción con los adultos, según sus respectivas bellezas.

Chiara explica su experiencia de la siguiente manera: “Desde el primer momento en que tuve contacto con la segunda generación, sentí que estaba tratando con una realidad que no era como la primera. Era una realidad que tenía características maravillosas, diferentes de la primera generación que también tenía características a su modo maravillosas. La primera generación fue más concreta, más realizada, pero a veces no del todo porque somos de este mundo, no podemos ser perfectos. La segunda generación tenía exigencias, ideas, palabras, peticiones, que eran el ideal puro y genuino”.¹⁸

En el encuentro con estos chicos y chicas, Chiara capta que tienen una gran coherencia con el carisma que Dios les ha puesto en el corazón, hasta el punto de ponerles como ejemplo a la primera generación, dándoles de inmediato la máxima confianza. Para los adultos era reconocer lo que es verdad: “Si no os convertís y os hacéis como estos pequeños...” y, acogiéndose con humildad y apertura unos con otros, se produjo una profunda amistad que se tradujo en hechos concretos y continúa más que nunca hoy manifestándose en innumerables acciones y caminos creativos de fraternidad en el mundo.

“Desde el principio habíamos percibido con ellos, — insiste Chiara en el ‘99 en un Congreso de Pastoral juvenil— una relación que no dudaría en definir como trinitaria. Constatábamos en nuestra generación de adultos todo el peso, el valor de la encarnación y la concreción. En la generación de los jóvenes, por otro lado, todos los ideales, la autenticidad, la fuerza revolucionaria, la certeza de la victoria. Si la primera generación que asemejaba al modo del Padre, la segunda era como la belleza, el esplendor y, por tanto, al modo del Hijo, Palabra

¹⁷ Chiara LUBICH, *El atractivo del tiempo moderno*, ScSp/I, Roma 1978, p.134.

¹⁸ Chiara LUBICH, *Mundo a colores*, Rocca di Papa, 12 de julio de 1969.

del Padre. Y entre las dos una relación de amor mutuo, casi una corriente del Espíritu Santo que le da al mundo un gran testimonio”.¹⁹

CAMINOS A RECORRER

1. Salir de prejuicios y estereotipos

En la apertura del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, el Papa dirigió la invitación a estar dispuestos a una escucha real y profunda. Lo advertía como necesario y ha dado un ejemplo personal: “Un primer paso en la dirección de la escucha es liberar nuestras mentes y nuestros corazones de prejuicios y estereotipos”. Y nuevamente: “Cuando creemos que ya sabemos quién es el otro y qué quiere, entonces realmente debemos esforzarnos por escucharlo en serio”.

Después, para promover el diálogo y el encuentro, sugería: “Los adultos deben superar la tentación de subestimar la capacidad de los jóvenes y juzgarlos negativamente”. Los jóvenes, por su parte deben: “superar la tentación de no escuchar a los adultos y de considerar a las personas mayores ‘cosas antiguas, pasadas de moda y aburridas’, olvidando que es una tontería empezar siempre de cero como si la vida comenzase sólo con cada uno de ellos”.

“En realidad —explica— las personas mayores, a pesar de su fragilidad física, siguen siendo la memoria de nuestra humanidad, las raíces de nuestra sociedad, el ‘pulso’ de nuestra civilización”.

2. Afrontar el desafío de esquemas no preestablecidos

Me parece también significativa la advertencia del Papa a los adultos de no absolutizar su experiencia recurriendo al lema ‘siempre se ha hecho así’ que induce a su vez a los jóvenes a ir por el camino contrario, porque sienten que ese inmovilismo no les interpela. Así también, en el proceso de transmisión de la fe, les pide a los adultos que eduquen a las nuevas generaciones en el reconocimiento de la riqueza de sus raíces, del patrimonio de fe y de experiencia, de la santidad madurada con el tiempo, sin que todo esto se convierta en un lastre que les ata al pasado.

Dentro de un diálogo vivo y libre entre generaciones, la memoria del pasado es la savia que puede entrar en los nuevos tejidos para generar una nueva vida²⁰.

¹⁹ Chiara LUBICH, *Mensaje en el Congreso Internacional de Pastoral Juvenil*, Castelgandolfo, 2-9 de abril de 1999.

²⁰ Cfr. FRANCISCO, *Christus vivit, El diálogo entre jóvenes y adultos en una Iglesia que anuncia*, 18 de septiembre de 2019.

3. Promover un intercambio dinámico, para afrontar las dificultades y superarlas juntos

Dejo la palabra a algunos jóvenes: “Me sorprendí de la riqueza de los espacios para compartir; he descubierto que ocultan cosas increíbles, aprovechando las experiencias de las personas ancianas, los recursos de los adultos y las ideas innovadoras de los jóvenes” - “Si queremos ser escuchados, nosotros también debemos escuchar. Y como el Papa nos dijo: 'si los más mayores se detienen, tomemos su mano y caminemos juntos'.” - “Cuanto más se permite a los jóvenes ser protagonistas, más valoramos nosotros el consejo, las ayudas y el trabajo en común” - “Siento que las otras generaciones deben dejar espacio para poder hacer y equivocarnos, así aprendemos más, porque si no hay esta apertura, siempre habrá alguien de mi generación que no se abrirá a una relación verdadera y dirán: ‘no nos comprenden’. ¡Pero nosotros también debemos ser responsables, no solo para hablar, sino también para actuar! Y debemos estar abiertos a las críticas y a los consejos, así como debería ocurrir en la familia”.

4. Vivir la reciprocidad

Todavía más ejemplos de viva voz de jóvenes y adultos.

“Tengo una hermosa experiencia sobre cómo comunicarme mejor y cómo construir una relación con los educadores. He entendido que es un apoyo la comunicación *two ways (de doble dirección)*: el educador no es sólo quien nos ayuda o a quien pedimos consejos, sino que también nosotros podemos ser una fuente de apoyo e inspiración. Y de esto surge una especial unidad entre nosotros”.

“Cada una de sus experiencias/historias es como un libro, pero no podemos leerlo aislado como en la biblioteca, porque este libro está en sus mentes y en sus corazones; nosotros los jóvenes solo tenemos una forma de leer, que es escuchar. Hay que darles tiempo para contar su historia. Como cuando leemos un libro difícil de comprender debemos apasionarnos por su lectura, de la misma manera, para comprender bien los valores de su experiencia, nosotros los jóvenes debemos apasionarnos por escucharles bien y tener suficiente tiempo para reflexionar y descubrir los valores que intentan contarnos”.

Algún comentario de adultos: “Los jóvenes me hacen sentir como en casa, me ayudan a ser coherente en mis decisiones, me dan esperanza y consuelo por la pureza de sus pensamientos, por la pasión con la que creen en los sueños, por su hablar sin filtros, por los errores que cometen y son capaces de reconocer incluso cuando cuesta, su sed de relaciones auténticas”.

“No faltan momentos de análisis interior y también sensación de fracaso y desánimo cuando los métodos y las intenciones más bellos y positivos no han producido los efectos deseados. Sin embargo, desde mi experiencia, estos momentos fueron los más fructíferos porque en el encuentro profundo con los límites propios y ajenos solo queda el diálogo con Dios y la verdad. Esto genera una auténtica comprensión entre generaciones”.

“Creo que el diálogo intergeneracional es posible si se vuelve generativo y si nos abrimos totalmente a la mutua transformación, teniendo como modelo la comunión de amor de la Trinidad”.

CONCLUSIÓN: DIFERENTES BELLEZAS EN UNA FAMILIA

Una oportunidad para llegar a un diálogo que es comunión, que es luz que brota del amor mutuo, que hace sentir a Jesús presente entre nosotros, como prometió: “Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20).

Es por esto que nos sigue atrayendo, incluso hoy en día, la experiencia que tuvieron los discípulos de Emaús, aquello que dice: “¿no ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino?” (Lc 24,32), con la alegría de sentirse acompañados por el Resucitado en los caminos del mundo y en las etapas de la propia existencia.

He encontrado una petición hecha en confianza por los jóvenes a Chiara —y con esto quiero concluir— en la que preguntan: “¿Cuáles son los diferentes efectos de la presencia del Resucitado para los que, como nosotros, acaban de empezar esta aventura divina y los que la viven desde hace algunos años?”

Chiara responde que, naturalmente, existen diferencias tanto en la constancia de mantener el amor mutuo a toda prueba, como en la luz que se deriva de la presencia prometida por el Resucitado.

“Sin embargo, (incluso habiendo diferencias) —explica—, entre la primera, la segunda y la tercera edad hay una continuidad, y también armonía. En resumen, como en una familia, un niño está feliz de estar en casa y también si es bien aceptado por sus hermanos mayores, por su tío, por sus abuelos, así en la familia del Resucitado todos estamos bien juntos.

“¿Por qué? Por qué esta armonía surge de la diversidad, precisamente por la diversidad de gracias. Vosotros, por ejemplo, tenéis gracias que nosotros no tenemos.

“Cada época de la vida espiritual tiene sus bellezas.

Las bellezas son diferentes. Entonces son diferentes incluso las pruebas. Las pruebas, sin embargo, contribuyen a compartir, porque el amor empuja a que se comparta; son diversos también los frutos y éstos llevan a los más pequeños a maravillarse, a alabar a Dios, a dar gracias a Dios por los frutos que son quizás las personas mayores. Pero a la inversa, porque incluso los más pequeños generan con sencillez los frutos que tal vez otros que están sufriendo no pueden dar debido a que tienen que esperar a que termine la purificación del Señor.

Sin embargo no hay categorías de personas, como en una familia no pueden hacer categorías, aun habiendo diferencias, hay continuidad, hay armonía, somos una única familia”.²¹

Se necesita una relación viva de amor mutuo, por lo tanto, también entre las generaciones.

Un caminar, un correr juntos con un gran ideal en común. “Ser todos líderes —resumió un joven—: tener un objetivo y alcanzarlo juntos”.

Es hermosa la imagen dada durante el Sínodo por un joven de las Islas Samoa, tomada por el Papa Francisco en *Christus vivit*: “la Iglesia es una canoa, en la cual los viejos ayudan a mantener la dirección interpretando la posición de las estrellas, y los jóvenes reman con fuerza imaginando lo que les espera más allá. No nos dejemos llevar ni por los jóvenes que piensan que los adultos son un pasado que ya no cuenta, que ya caducó, ni por los adultos que creen saber siempre cómo deben comportarse los jóvenes. Mejor subámonos todos a la misma canoa y entre todos busquemos un mundo mejor, bajo el impulso siempre nuevo del Espíritu Santo” (201).

Gracias por su atención.

²¹ Chiara LUBICH, *Escuela de formación*, Loppiano, 28 de mayo de 1984.

La generación de las personas mayores. Una generación que debemos acompañar espiritualmente

Monique Bodhuin

Presidenta de Vida Ascendente Internacional

SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

Eminencia, Excelencias, Señoras y Señores, les saludo cordialmente

Agradezco al Cardenal Farrell y al Dr. Vittorio Scelzo la confianza que han depositado en mí proponiéndome intervenir con el tema “*La generación de las personas mayores, una generación a la que debemos acompañar espiritualmente*”. He ampliado un poco el sujeto de la exposición, pues a mi entender es una manera de hablar de evangelización.

No siendo teóloga, mi única experiencia, mi modesta experiencia, para responder a este sujeto, procede de lo que vivo desde el momento de mi jubilación y mi consiguiente compromiso con la Iglesia por razón de mi fe.

Lo que vivo:

- Me codeo con amigos de mi edad que, en su mayoría, están alejados de la Iglesia (pertenezco a esa generación bautizada a la “*generación del 68*”).
- Soy abuela.
- Me enfrento a la problemática de la edad avanzada a causa de la edad de mi madre (94 años).
- En mi jubilación, en el período 2011 – 2018, mi compromiso cristiano me llevó a presidir el Movimiento Cristiano de los Jubilados (**MCR**, **M**ouvement **C**hrétien des **R**etraités), rama francesa de Vida Ascendente Internacional (**VMI**, **V**ie **M**ontante **I**nternationale). Posteriormente proseguí mi camino al servicio de la Iglesia, aceptando la presidencia de VMI, para la que fui nominada en el año 2018.

Organizaré mi exposición en cuatro momentos:

- I. Habiendo ampliado con la evangelización el sujeto de la exposición, diré, según mi experiencia, algunas palabras que muestren cómo pueden ser las personas mayores agentes de evangelización:

- La experiencia de las Jornadas del Mundo de la Jubilación (**JMR: Journées du Monde de la Retraite**): Evangelizar alertando acerca de la deriva de nuestra sociedad para construir un mundo más conforme con el proyecto de Dios.
 - Los abuelos, testigos de la fe junto a sus nietos.
 - Hacer presente la Iglesia en el barrio.
- II. Las personas mayores necesitan, en esta última etapa de su vida que es la vejez (después de la vida profesional), profundizar en las diferentes dimensiones de su vida:
- Reflexionar acerca del envejecimiento, sobre el sentido generacional
 - Las personas mayores necesitan hacer más profunda su fe
- III. La vejez, como camino para profundizar en lo espiritual
- En nuestra generación de mayores, existen “periferias” hacia las que nos debemos aproximar:
 - Las “periferias” de las personas mayores descristianizadas
 - Las “personas mayores ancianas” a menudo abandonadas en su soledad
- IV. Una cuarta parte para definir las perspectivas.

PRIMERA PARTE: LAS PERSONAS MAYORES, AGENTES DE LA EVANGELIZACIÓN

Acompañar espiritualmente a la generación de las personas mayores es responder a una misión pastoral, evangelizar, es “anunciar el evangelio a los hombres de nuestro tiempo” (*Evangelii nuntiandi* de Pablo VI); evangelizar es traducir en actos concretos el compromiso cristiano en la sociedad y en la Iglesia; diciendo esto, no hago otra cosa que asumir aquí uno de los compromisos de VMI; evangelizar es facilitar medios a las personas ancianas que les permitan testimoniar su fe allá donde vivan; medios que harán de cada uno de nosotros un “discípulo -misionero”, evangelizar es “renovar la humanidad” (expresión de Monseñor Maupu, consiliario de Vida Ascendente Internacional), es decir, hacer que el amor de Cristo y la alegría procedente de este don de amor, hagan de nosotros seres renovados capaces de comunicar aquello que ayuda a vivir y transmitir esperanza, hagan de nosotros seres capaces de contribuir a la transformación del mundo. Este fue el proyecto de las Terceras Jornadas del Mundo de la Jubilación (3JMR).

LAS 3JMR

Las 3JMR se celebraron en Lourdes en junio de 2018 y reunieron 4.000 personas, miembros del Movimiento Cristiano de los Jubilados y personas

externas al Movimiento, inspiradas por *Laudato si'*, que ha sido el hilo conductor del mandato.

Esta manifestación abordó aspectos sociales cuyos retos son fundamentales para el futuro de la sociedad: qué respuestas podemos aportar como cristianos, en referencia a los valores evangélicos

- *sobre la cuestión de la convivencia*: “estamos destinados a convivir”, dijo el cardenal Tauran, responsable del diálogo interreligioso en las instancias vaticanas. ¿Qué recursos son necesarios para la construcción del bien común, los encuentra cada creyente en su fe?
- *sobre la cuestión de la familia*: ¿Qué queda de ella como lugar de transmisión de valores, rico en potencialidades a pesar de un modelo familiar clásico superado?
- *en el campo de la salud*: ¿cómo puedo reaccionar como cristiano, a una nueva antropología nacida de los excesos generados por el progreso de la ciencia (hombre evolucionado, fantasía del hombre inmortal) que negaría la santidad de la persona y los límites de la vida?
- *el desafío de la ecología*: ¿cómo podemos abandonar los modelos económicos que agotan los recursos del planeta, cambiar nuestra mentalidad y adoptar otros comportamientos?

Este acontecimiento es, para mí, un acto de evangelización pues quisimos transmitir una toma de conciencia que comprometiera nuestra responsabilidad como cristianos; El Papa Francisco lamenta en el N° 102 de *Evangelii gaudium*: que no haya “*compromiso real para la puesta en práctica de los valores evangélicos cara a la transformación de la sociedad*”. Nos invita en el mismo párrafo a trabajar “*por la penetración de los valores cristianos en el mundo social, económico y político*”: **ser agentes de la transformación del mundo para alinearlos poco a poco con el plan de Dios, es la expresión de nuestra esperanza, de la que tendremos que dar cuenta**; “ser agentes de la esperanza” fue el eslogan del 3JMR. Concluyo citando de nuevo al Papa Francisco: “*Este mundo es el primer milagro que Dios ha hecho y Dios ha puesto en nuestras manos la gracia de nuevos prodigios*”.

TRASMISIÓN DE LA FE

Otra dimensión de esta misión de evangelización se deriva de nuestra condición de abuelos, conscientes de la ruptura de la transmisión en las familias, con hijos alejados de la Iglesia a pesar de la educación cristiana y, por tanto, nietos que a menudo no han sido bautizados; más allá de las preguntas

y los sufrimientos ante una realidad que debemos aceptar, nosotros, como discípulos y apóstoles, tenemos que dar testimonio de nuestra fe, de nuestra pertenencia a Cristo como fuente de nuestra vida y del amor de Dios por cada persona. Dios nos pregunta y tenemos que responder a esta confianza que nos da para ser sus mensajeros en espacios de la vida donde ya no se le asigna ningún lugar. Sin hacer proselitismo podemos llevar a los nietos a descubrir “este tesoro” que es la fe, tesoro porque es el garante de lo que da sentido a mi vida y valor a mi persona. Un tesoro que quiero compartir con ellos; aprovechando las oportunidades que la vida cotidiana nos ofrece:

PARA LOS MÁS PEQUEÑOS:

- Leámosles historias bíblicas; historias como el Arca de Noé, la lucha de David y Goliat. Las aventuras de Jonás pueden plantear preguntas, responderlas nos proporciona la oportunidad de hablarles de Dios.
- Aprovechemos lo que viven para iniciarlos, con algunas palabras en forma de una oración sencilla, a una presencia misteriosa, fuente de toda alegría o consuelo (Con Agustín, dar gracias a Dios por este hermoso paseo por las montañas. Enseñarle a decir a Teoman, cuyos padres están separados y que llora porque su madre lo deja 15 días, “Te encomiendo mi pesar y mi tristeza”).
- Hacer que se maravillen de la belleza de la naturaleza (una flor, un paisaje, una puesta de sol, las resplandecientes aguas de un arroyo) y podemos hacerles sentir “La presencia de Dios en toda creación”.
- Dejando a un lado la culpa que nos puede atormentar (lo que hemos hecho mal con nuestros hijos) vivamos alegres y felices, los momentos que compartimos con nuestros nietos (juegos de sociedad, el juego del escondite, un momento de lectura). Que esta alegría sea signo de Cristo.

CUANDO SE HACEN MAYORES

- Vivamos nuestra fe haciendo cosas por las que puedan interrogarnos (¿por qué vas a misa?).
- Imágenes de la televisión, un evento familiar (bautismo, enfermedad o muerte de un ser querido) pueden dar lugar a interrogantes que los enfrentan al sentido de la existencia y que permiten abordar la cuestión de la trascendencia. Estimulemos su innegable capacidad espiritual hablándoles simplemente y con veracidad “Esto es lo que creo..., eso es lo que otros dicen... ¿Y tú qué piensas?”
- Ofrecámosles nuestra “sabiduría” nacida de la experiencia de toda una vida, nuestra “ciencia de la vida” respondiendo a sus preguntas cuando nos

piden que les ayudemos a decidir o a elegir una opción de vida (un ejemplo: Annie es interrogada por su nieta que le pregunta qué piensa de su decisión de vivir y comprometerse con una mujer: con sus palabras, sin dar lecciones, Annie, llena de respeto y ternura hacia su nieta, le transmitió alivio y serenidad. Pienso que lo que dijo provenía de su fe profunda; pienso que para su nieta era el rostro de Cristo). Sepamos dar confianza a los jóvenes y ayudémoslos a seguir adelante.

- Un museo, un acontecimiento histórico, una obra de literatura pueden originar preguntas, dando lugar a la entrada en el mundo de la Biblia: este puede ser el primer paso hacia Dios.

Que las oportunidades para catequizar y nuestro testimonio de vida sean para nuestros nietos las guías de un camino que conduce a Dios: **Desencadenantes intermediarios, lo que puede ser una hermosa característica de la misión del abuelo. Tal vez debemos crear lugares, instancias en las que podamos realizar esta iniciación a la fe, donde somos los agentes adecuados.**

Se trata de caminar con los nietos, con esperanza -una esperanza muy fuerte, ligada a nuestro ser- de que Dios, en su amor a todos los seres, abrirá sus corazones a su presencia y los guiará por el camino que conduce a un encuentro con Él. Hagamos nuestra la súplica de Cristo en la cruz: “Padre todo es posible”; una religiosa comenta así estas palabras: “palabras extremas donde lo absoluto de la angustia coincide exactamente con lo absoluto de la confianza”.

ESTAR PRESENTES EN LA IGLESIA DEL BARRIO

Este es el sentido de la acción de una asociación parroquial, llevada a cabo por personas ancianas y que ayuda a personas en situaciones precarias a resolver problemas materiales (repintar su apartamento, cambiar un grifo...); una forma de atención, hecha en nombre de la fe, porque Jesús está presente en el otro; por medio de esta atención le reveló algo del rostro de Cristo. Recuerdo las palabras de un antiguo líder nacional del MCR: “Recuerda que la misión principal del cristianismo no es explicar el mundo o formar el espíritu, sino cambiar los corazones”.

SEGUNDA PARTE: CAMBIAR LOS CORAZONES REFLEXIONANDO SOBRE EL TIEMPO DEL ENVEJECIMIENTO, SOBRE EL SENTIDO DE LA EDAD:

PROFUNDIZAR EN EL NUEVO ESTATUS

Se trata de profundizar en las cuestiones que corresponden a un nuevo estatus (retirado, fuera de la vida laboral) y que suscita el paso del tiempo:

- qué significa dejar de ser productivo, qué significado dar a esta nueva disponibilidad, entrar en la era de la gratuidad, cómo valorar el significado de la gratuidad.
- el envejecimiento es a menudo sinónimo de fragilidad: *qué sentido dar a la vulnerabilidad, a la enfermedad, al sufrimiento*; qué significa vivir cuando sufres o estás acostado en una cama de hospital; qué significa ser cristiano cuando padeces una confusión mental.
- El paso de los años, que nos acerca al fin que limita toda la vida, proporciona la *oportunidad de reflexionar sobre el fin de la vida*, sobre las condiciones en las que podemos encontrarnos; cómo abordar con serenidad la cuestión de este límite inevitable que es la muerte y reflexionar sobre la muerte a la luz de la esperanza cristiana de la resurrección.

“El tiempo de la vejez aporta algo fundamentalmente nuevo a la sociedad”, dijo el Dr. Scelzo durante su intervención en Santo Domingo en el encuentro de Vida Ascendente Internacional. ¿No estamos en la mejor posición para hacer que la sociedad reflexione sobre las cuestiones relacionadas con una larga vejez, para pedir a los expertos (filósofo y teólogo u otro...) que nos ayuden a reflexionar sobre ello?; organicemos conferencias e intercambios sobre estos temas que darán a esta etapa de nuestras vidas toda su dimensión humana y, si se reflejan en el resplandor del Evangelio, toda su profundidad.

PROFUNDIZAR EN LA FE

Las personas mayores necesitan profundizar su fe, fortalecerla y vivirla en comunidad; los miembros de Vida Ascendente Internacional a menudo hablan del apoyo y el enriquecimiento humano y espiritual que encuentran en las reuniones organizadas para intercambiar sobre sus vidas y comentarlas a la luz del Evangelio; VMI tiene en cuenta esta necesidad y elabora guiones para el acompañamiento, guía anual de espiritualidad, que fomenta el intercambio de experiencias en las reuniones.

Cito otros signos de este afán espiritual al que hay que dar respuesta: la carta pastoral que el Padre Montferrand, asesor espiritual de VMI para el Continente latinoamericano, escribió mensualmente para apoyar la reflexión espiritual de los miembros, que se difundió a través de los líderes nacionales; otro ejemplo, el de los miembros del VMI de Mauricio, que pidieron al cardenal Piat que programara una misa vespertina, para que las personas mayores pudieran estar presentes, deseando que esta Misa fuera un lugar de catequesis acorde con sus inquietudes.

LA VEJEZ, COMO CAMINO ESPIRITUAL

Cristo no experimentó la vejez. Para esta etapa, apenas tenemos referencias. Seamos claros: la vejez puede ser un tiempo de prueba; las fuerzas de la vida (habilidades físicas y mentales) disminuyen y declinan gradualmente; nuestra relación con el mundo actual cambia: nos sentimos cada vez menos involucrados por lo que sucede a nuestro alrededor, de ahí una sensación de inutilidad; podemos experimentar en mayor o menor grado frustraciones emocionales; sabemos que el tiempo está contado, la muerte se acerca a veces con interrogantes dolorosos y tal vez con la prueba de la duda.

Cuáles podrían ser los elementos para una reflexión sobre la espiritualidad vocacional propia de la vejez:

- *Aprender a conocerse mortal*: cómo adquirir esta libertad interior que nos permite superar el miedo a la muerte, a la tristeza y a la duda.
- *Aprender a soportar las desventajas de la vida presente*, a imagen de Cristo, que enfrenta los peligros de su existencia y los obstáculos a su misión que encuentra en el camino, siendo mucho más joven.
- *Aprender a despojarnos de lo superfluo* y a preguntarnos cómo la disminución del tener y del poder nos encaminan hacia Dios.
- *Aprender a vivir la alegría del presente*, a encontrar en el presente que vivo la fuente de la alegría, permaneciendo abierto a los demás, haciendo en el día a día, lo que hay que hacer, prestando servicio en la medida de mis posibilidades, permaneciendo abierto a los demás, teniendo una mirada benévola hacia cada uno, orando: una forma de decir que la vida merece ser vivida hasta el final, dar gracias, dar testimonio de vida.
- *Aprender la esperanza*, como una fuerza que fecunda la vejez, porque nos da confianza en la existencia y nos conduce hacia la resurrección que no concierne solamente al más allá, sino que debe transfigurar nuestra vida aquí; “Ya no soy yo quien vive”, dijo San Pablo, “es Cristo quien vive en mí”.

TERCERA PARTE: IR A LAS PERIFERIAS, A LAS PERSONAS ANCIANAS, DESTINATARIAS DE LA EVANGELIZACIÓN

PERSONAS ANCIANAS DESCRIANIZADAS

La población de edad avanzada es una parte cada vez más importante de nuestras sociedades; la descristianización y la secularización en las sociedades occidentales aumentan matemáticamente la proporción de personas que se han alejado de la Iglesia o que ya no tienen contacto con la Iglesia. La observación que hago para mi diócesis y para mi país – pero creo que es cierta

para el resto – es que los obispos, preocupados por el futuro de la Iglesia, se vuelven primero hacia los jóvenes, abandonando esta parte importante de la sociedad.

Personas mayores, “prisioneros” de la sociedad de consumo (viajes, múltiples objetos de confort y seguridad...), personas mayores dedicadas a satisfacer las demandas de un “jovenismo” muy arraigado (mantenimiento de la forma, cirugía estética...) personas mayores que con demasiada frecuencia se les abandona en su soledad, en casa o en residencias de personas ancianas, los niños viven lejos o incluso se han expatriado al otro lado del mundo; personas mayores, víctimas de esta civilización del descarte denunciada por el Papa Francisco: personas mayores africanas que se sienten excluidas de su comunidad porque, en su pueblo, a medida que envejecen, a veces se les considera como ocupando un lugar indebido, ocupando el lugar de los jóvenes, personas mayores a las que queremos dejar de lado, como el abuelo latinoamericano que ve a su hijo construir una mesa para que coma aparte sin molestar a la familia, o importunarlos con sus gestos torpes: ¿estas personas mayores, no son las muchas y diversas “periferias” a las que estamos invitados a ir? No siempre somos conscientes de que estas personas mayores sean una de las dimensiones de las “periferias de la Iglesia”, porque a menudo son las cabezas encanecidas las que, en muchas de nuestras parroquias, llenan nuestras iglesias; generalmente son las personas mayores las que acompañan al sacerdote en su misión eclesial (catequesis, preparación para el bautismo, servicio funerario, consejo pastoral); pero hay muchas que viven de una manera muy materialista, lejos de la Iglesia que no se ocupa de ellos.

¿Cómo podemos llegar a esas personas mayores? No hay una única respuesta, debemos partir de las realidades, situaciones, expectativas encontradas, debemos identificar las preguntas y problemas que surgen en el espacio de la vejez:

- Algunas personas mayores, cada una a su manera, de acuerdo con su cultura y sensibilidad, afrontan en un momento u otras preguntas existenciales: ¿Qué hago en la tierra? ¿El itinerario de mi vida obedece a cierta coherencia? ¿Por qué elegí esto o lo otro? ¿Qué sentido puedo darle a mi vida? ¿Por qué de nuestra finitud? ¿Es la muerte el fin de todo y una inmersión en la nada? ¿Quién, de entre estas personas mayores, no experimentó cierta consternación por los enigmas de la vida, sufrimiento o pérdida de un ser querido, confrontación con el mal?

Todos estos son temas que pueden tener una respuesta humana, sociológica o filosófica, pero que también nos permiten reflexionar sobre la

contribución específica de la Iglesia y desembocar en una reflexión teológica; puede ser el punto de partida de un camino que la Iglesia debe emprender; puede ser una forma de volver a una enseñanza catequética que se ha quedado en un estado de fórmulas hechas, a veces poco comprendidas, de volver a creencias abandonadas o convicciones rechazadas porque no aportaron nada sobre la manera de construir la vida; este es un enfoque renovado de la fe.

Hay una oportunidad por medio de este retorno a lo religioso; algunos pensadores hablan de fuertes expectativas espirituales, de una “aspiración religiosa difusa y frágil”, de una búsqueda de referencias que den sentido a la vida; es una oportunidad para redescubrir la fe, no como una ideología, no como una serie de prescripciones morales u obligaciones, sino como lo que aporta gravedad y da sentido a la vida, no como algo que es un obstáculo para la libertad y la realización de cada uno, sino más bien como la fuente de la verdadera felicidad cuyo fundamento es el amor, como algo capaz de aportar un nuevo espíritu a cada hombre.

Cristo nos dice: “Yo soy la vía, Yo soy el camino”, una manera de construir su vida, aquí abajo, en la tierra, porque como dice Joseph Moingt, tenemos que creer – y darlo a conocer– “que lo que Jesús tenía de excepcional, no era de orden religioso, sino humano”¹. En la misma línea, Enzo Bianchi², en una entrevista en el periódico *La Croix*, dijo que “la vida cristiana lleva en su interior un mensaje humanitario” que “la espiritualidad cristiana es un arte de vivir humanamente”.

Tal vez tengamos que crear programas de formación que presenten convincentemente las respuestas del Evangelio que, desde hace dos milenios, aportan apoyo, orientación y valentía para vivir. Cristo como la brújula para la vida. ¡Eso es lo que podemos proponer!

OTRAS PERIFERIAS: GRANDES PERSONAS ANCIANAS QUE NECESITAN NUESTRA PRESENCIA Y ATENCIÓN

Este viaje que acabo de mencionar me parece de absoluta urgencia para las personas mayores, marcadas por todas las fragilidades asociadas al envejecimiento. Las personas mayores, que estamos entrando en la vejez y que todavía somos muy capaces, nos acercamos a las personas ancianas mayores, esa es nuestra misión.

Frente a estas personas, particularmente vulnerables, debemos desarrollar una **evangelización a través de la presencia, la cercanía, el cuidado, la bondad, la evangelización por medio de la misericordia**, que es una encarnación que se concreta en la caridad, que materialmente se

traduce en el amor libre de Dios; a esto nos invita el Papa en *Evangelii gaudium*.

EVANGELIZAR SIGNIFICA INTERVENIR EN VARIAS DIMENSIONES

3.2.1 Como dije anteriormente, entrar en la vejez avanzada a menudo significa soledad relacional, soledad psicológica (ya no tienes la fuerza para hacer, para participar en actividades), soledad intelectual (desinterés por los acontecimientos actuales, asuntos mundiales, ya no tienes la fuerza para leer o ya no puedes hacerlo). Estas personas necesitan ser aceptadas como son, con sus carencias, limitaciones, enfermedades o discapacidades; lo que esperan de nosotros es que los visitemos regularmente y les ofrezcamos una presencia sencilla, cariñosa y afectuosa, una cercanía amorosa para mostrarles que todavía importan a la comunidad humana; así es como representaremos para ellos el rostro de la Iglesia, se trata de hacer realidad la experiencia de que hay una manera de hacer iglesia que es un remedio precioso para lo que amenaza a estas personas (aislamiento, abandono, exclusión relacional). Esta atención total a la persona requiere que **nos formemos para convertirnos en agentes que despliegan el “servicio del amor”, porque evangelizar es ante todo amar**. “Proponer un encuentro que acoja, cálido, pero que también sorprenda e interpele. ¿Es posible revelar amor sin amor? ¿Cómo puedo hablar de Dios sin desear amar a aquel a quien me dirijo?”.³

3.2.2 Seremos el rostro de la Iglesia si nos preocupamos de ser creadores de la vida cerca de las grandes personas ancianas:

- Ser creador de la vida es dar vida hasta el fin; cuando la vida se aleja de los cuerpos, es necesario demostrar que todavía hay vida y que la vejez tiene su lugar de pleno derecho en la comunidad humana, que esta tiene siempre en cuenta la preocupación por atender las necesidades o expectativas de la persona, por mayor que esta sea. Pienso en el dispositivo Monalisa⁴ creado en Francia, con el que algunos miembros del Movimiento Cristiano de los Jubilados (MCR) se han comprometido; este dispositivo fue creado para satisfacer las necesidades de las personas mayores que solicitan un servicio (ir de compras, ir al médico...) o una presencia sencilla para compartir un momento de intercambio o convivencia que rompa su soledad.
- Ser creador de la vida es también dar vida a las grandes personas ancianas, introduciendo **actividades intergeneracionales** en los hogares de retiro: reuniones con grupos de niños o de adultos, compartir un momento festivo, cantar, jugar, reír; esto se hace, pero no en todas partes; así que **seamos innovadores; crear estos momentos de vida y alegría es ayudar a recuperar una dimensión de la fe que es una pasión por**

el ser humano arraigada en la pasión que Dios tiene por cada uno de nosotros.

- *Ser creador de la vida es animar a cada persona a construir un proyecto de vida* independientemente de su edad: pintar, hacer música, escribir sus memorias...
- *Ser un creador de la vida es ayudar a nuestras personas mayores a encontrar la serenidad* en esta etapa final de sus vidas, ayudándolas a liberarse de un pasado, a veces duro o decepcionante, para liberarse de la culpa; la serenidad frente a la muerte que, en esta última etapa de la vida, se hace cercana; ofrezcamos regularmente reflexiones y meditaciones sobre la muerte para ayudar a evitar la legítima vuelta de espalda a la muerte o su deseo de ignorarla; inevitablemente se deberá abordar la cuestión del “después”, de la vida después de la muerte, que es una apertura de la resurrección; *“la muerte bien asumida nos hace más participes de esta gran aventura que es nuestra vida”*; *“ver cómo mi muerte, la muerte del otro, la muerte de Cristo puede tener sentido, finalmente puede pacificarme y paradójicamente, impulsar la vida”*, dos frases del obispo Hudsyn, obispo auxiliar de Brabante (Bélgica) pronunciadas durante un encuentro organizado por VMI; también cito el libro de Francis Cheng, escritor católico de origen chino, *“Cinco meditaciones sobre la muerte, en otras palabras, sobre la vida”*.

Para concluir esta parte, citaré a J.G. Xerri. Repite las palabras de Bernadette en su experiencia con La Virgen María: “La Señora me sonrió, me miró como una persona mira a otra persona...”. El autor concluye: “La evangelización es básicamente un acto de relación persona a persona. Es por este encuentro por lo que tenemos que trabajar”⁵. Esto es lo que nos dice el Papa Francisco⁶ estigmatizando todas las formas de proselitismo, pues nos basamos en “la atracción de Cristo y la obra del Espíritu”; el Santo Padre habla de “libertad y gratuidad con que la fe se puede transmitir, a través de la gracia, de persona a persona”.

Este servicio humano – adaptación al otro, respuesta a sus necesidades, caminar y acompañar – nos coloca en una posición privilegiada para reducir la distancia entre la vida de fe y la vida temporal, cuando en esta última, Dios tiene poco o ningún lugar. “No tener miedo de frecuentar las fronteras es un desafío, ya que se trata de estar ahí para entender al otro, que es diferente, para entablar un diálogo con uno mismo, también con la esperanza de que, en este diálogo, también Dios se compromete”, dijo Monseñor Pansard.⁷

CUARTA PARTE: PERSPECTIVAS

- Estamos en una sociedad que vive la referencia a Dios en términos de utilidad; “una secularización que ya no se opone a un Dios opresivo, sino que simplemente no hace ninguna referencia a Dios”² pero, prosigue Monseñor Rouet, “un mundo secularizado interesa a Dios”,² porque no existimos fuera del tiempo; para él la secularización es “un tiempo de gracia”², porque Dios nos pide “enfrentar la credulidad”² y “encontrar una inteligencia de la fe”² que satisfaga las aspiraciones de nuestros contemporáneos; me recuerda a una frase de Ety Hillesum pronunciada en un contexto muy diferente pero que se puede aplicar aquí: “decirle a Dios cómo queremos ayudarlo, decirle cuánto queremos ayudarlo”.
- Esta misión no es una opción: he aquí algunas frases extraídas del libro del Papa Francisco en un artículo de *La Croix*: “O la Iglesia es una Iglesia en salida, o no es Iglesia. O se anuncia, o no es Iglesia”.⁶ “Si la Iglesia no sale, se corrompe y se desnaturaliza. Se transforma en una empresa multinacional diseñada para lanzar iniciativas y mensajes con contenido ético y religioso”.⁶

Dietrich Bonhoeffer, pastor ejecutado por los nazis, dijo que “la Iglesia no se hace realmente Iglesia más que cuando existe para aquellos que no son parte de ella”² (*Cfr. etimología de la palabra “Iglesia” donde encontramos la raíz de un verbo que significa llamar, haciendo venir, invitando a aquellos se alejaron*).

Timothy Radcliffe, antiguo maestro de la orden dominicana, analizando las crisis de la Iglesia a lo largo de la historia (no ha habido, según él, nada más grave que aquella que nos enfrenta a la descristianización y la secularización, la Revolución Francesa quiso destruir la fe cristiana, pensar en los regímenes comunistas y su misión tan destructiva con respecto a la fe) nos llama a inventar “nuevas formas de presencia”;² citando a Bartolomé de Las Casas, nos dice que Dios es el que se acuerda de todos los que han sido olvidados.

- Estamos invitados a la creatividad “con la fidelidad y la libertad que conjuntamente constituyen las señas de identidad del mensaje y la fe de los discípulos”, afirmó Michel Kubler, antiguo jefe de redacción de *La Croix*, en la edición de un número especial dedicado al futuro del cristianismo. El obispo Dagens dijo que “las exigencias de la evangelización se compendian en dos palabras: interioridad y combatividad”;² **es necesario salir de nuestros reflejos de pastoral clásica**; a la manera de Jesús que entra en casa Zaqueo y camina con los discípulos de Emaús, estamos invitados a implantar una Pastoral del camino, como he mencionado anteriormente.

- Una evangelización que requiere la colaboración entre clérigos y laicos para inventar, implantar; todo creyente interioriza el *sensus fidei* y, en nombre del sacerdocio bautismal, está investido con la responsabilidad de evangelizar.
- Una evangelización que debe unir a jóvenes y mayores en el mismo deseo de dar a conocer a Dios y anunciar la Buena Nueva; a ello nos invita el Papa Francisco en su discurso del 16 de diciembre a los miembros de la Asociación Nacional de Trabajadores Mayores, cito: “Es por lo tanto importante que las personas mayores sean vistas no solamente como destinatarias de servicios para cubrir sus necesidades, sino también como agentes en nuevos foros, o como digo a menudo haciéndome eco del sueño bíblico de Joel 3,1, pero los sueños cargados de memoria, no vacíos, vanidosos, como los de algún tipo de publicidad; los sueños de las personas mayores están impregnados de memoria, y por lo tanto fundamentales para el camino de los jóvenes porque estas son sus raíces. El futuro de un pueblo requiere necesariamente un **diálogo y un encuentro entre las personas mayores y los jóvenes** para la construcción de una sociedad más justa, más bella, más unida, más cristiana. **Los jóvenes son la fuerza del camino de un pueblo y las personas mayores revitalizan esta fuerza con su memoria y sabiduría**”, yo añado: por su fe, que ha resistido las pruebas de la vida. A nosotros nos toca encontrar las formas de “solidaridad intergeneracional” a la que el Papa todavía llama en su mensaje al cuerpo diplomático el 9 de enero, afirmando que: ***los jóvenes, con su entusiasmo, dinamismo y sed de verdad, nos recuerdan constantemente que la esperanza no es una utopía***”.

CONCLUSIÓN: TRES CITAS

- J.G. Xerri⁸: “El desafío de la evangelización sitúa al cristiano como un ser lleno de deseo; su deseo de Dios por sí mismo, su deseo de Dios para los demás”.
- Timothy Radcliff²: “Toda creación está en camino hacia Dios. Tener esta esperanza... podemos enfrentar los desafíos de manera realista, confiados de estar misteriosamente en las manos de Dios. La esperanza nos hace capaces de actuar”.
- Eloi Leclerc⁹: “El Señor nos envió a evangelizar a los hombres... Evangelizar a un hombre, ya ves, es decirle: ‘Tú también eres amado por Dios en el Señor Jesús’. Y no sólo decírselo, sino pensarlo realmente. Y no sólo pensarlo, sino

comportarse con este hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo salvado, algo más grande y noble de lo que pensaba, y que así despierte a una nueva autoconciencia. Esto es anunciarle la Buena Nueva. Sólo puedes hacer esto ofreciéndole tu amistad. Una verdadera amistad, desinteresada, sin condescendencia, basada en una confianza profunda y la estima. Debemos ser entre ellos los testigos pacificados del Todopoderoso, hombres sin lujuria, sin desprecio, capaces de convertirse verdaderamente en sus amigos. Es nuestra amistad la que esperan, una amistad que los hace sentir que son amados por Dios y salvos en Jesucristo”.

REFERENCIAS:

- 1 Joseph Moingt, *Du Dieu qui vient à l'homme*, Ed. du Cerf 2007.
- 2 Monseñor Rouet, Monseñor Dagens, Timothy Radcliff, Michel Kubler, extractos de entrevistas aparecidos en el número especial de La Croix «Quel avenir pour le christianisme». Igualmente, para la cita de Dietrich Bonhoeffer.
- 3 Jean-Guilhem Xerri, *A quoi sert un chrétien*, Ed. du Cerf, 2014, p.226.
- 4 Monalisa: MObilisation NAtionale contre L'Isolement et la Solitude des personnes Agées; operación lanzada oficialmente el 27 de enero de 2014.
- 5 J.G. Xerri, op. cit., p. 226.
- 6 Papa Francisco, *Sans Jésus nous ne pouvons rien*, janvier 2020, Ed. Bayard, extractos aparecidos en la revista La Croix del 8 enero de 2020.
- 7 Monseñor Pansard, *Etats généraux du Mouvement Chrétien des Retraités*, Strasbourg 2013.
- 8 J.G. Xerri, op. cit. p. 233.
- 9 Eloi Leclerc, *Sagesse d'un pauvre*, Ed. Franciscaines, Paris 1984, p. 150.

La persona mayor, un Desafío y una Oportunidad para la Familia

Catherine Wiley

Presidenta de la Catholic Grandparents Association

Buenos días a todos. Nos gustaría dar las gracias a Su Eminencia, Cardenal Kevin Farrell, al Padre Alexandre Awi, a la Profesora Gabriella Gambino, al Dr. Vittorio Scelzo, y a todos aquellos que, en el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, han hecho posible que estemos aquí con ustedes en este día tan especial.

El Papa Francisco dijo que “ser persona mayor no es tiempo para descansar, sino una oportunidad para una nueva misión en el mundo”.

Me siento verdaderamente privilegiada de estar aquí con ustedes hoy, al comienzo de esta nueva misión, compartiendo ideas y hablando sobre un tema del que siento que sé algo: Desafíos y oportunidades de la Familia, y también, como fundadora de la *Catholic Grandparents Association* —Asociación Católica de Abuelos—.

Mi esposo, Stewart, converso a la fe católica, y yo, estamos casados desde hace más de cincuenta años. Tenemos cuatro hijos y diez nietos que, a pesar de haber sido criados cuidadosamente en la fe católica, lamentablemente, se han alejado de la fe.

En nuestra familia sufrimos el divorcio y la adicción. Algunos de mis nietos no han sido bautizados, así que, como muchos de ustedes aquí hoy, no somos ajenos a las dificultades, penas y desafíos de la vida familiar católica moderna.

Estoy aquí, dirigiéndome a ustedes como una anciana abuela irlandesa, pero debo decirles que no me siento mayor, no actúo como persona mayor, ciertamente no parezco anciana, ¡Dios no lo quiera! De hecho, a los 73 años, diría que tengo la bendición de estar en la flor de mi vida.

Muchos abuelos que conozco, de mi edad, son multitarea. Desempeñan un papel indispensable ayudando a sus hijos a criar a sus nietos, mientras que ocasionalmente también cuidan de sus propios padres que envejecen, lo cual todos sabemos que puede ser a la vez gratificante, y muy estresante.

Muchos de ellos todavía siguen trabajando, y muchas personas mayores contribuyen a la comunidad, y a nuestras parroquias, manteniendo abiertas las puertas de nuestras Iglesias. De hecho, muchas de nuestros mayores dirigen nuestras parroquias en estos días.

Mirad al Papa Francisco y a la Reina, uno tiene 83 años, y la otra 93, y todavía están haciendo un trabajo fantástico. El primero sigue dirigiendo la Iglesia con sus 80 años y la otra sigue resolviendo la crisis familiar con sus 90 años, mostrando a todos el sentido del deber. Esto, cuando la gente está mucho más inclinada a poner sus propias decisiones personales en primer lugar. Ni el Papa ni la Reina se están cruzados de brazos.

El Papa Francisco dijo que “hay una verdadera vocación, una misión, para las personas mayores que ahora disponen de mucho más tiempo libre que antes”.

Desde el comienzo de su papado, el Papa Francisco, nos recuerda constantemente los dones que los abuelos y las personas mayores nos ofrecen y que parecen ser ignorados. Tenemos que escucharles y ayudarles de cualquier forma posible.

Necesitamos ayudar a los abuelos, ayudarlos a que ellos mismos reconozcan su vocación, que es transmitir su fe a las generaciones futuras, y mantener la oración en el corazón de la vida familiar. Esta es la misión de la Asociación Católica de Abuelos. Este es nuestro único propósito, y la razón por la que existimos.

Para aquellos de ustedes que no conocen nuestra Asociación: El día del nacimiento de Nuestra Señora, el 8 de septiembre, hace casi 20 años, estaba rezando ante una estatua de Nuestra Señora de Walsingham, en el Santuario Mariano de Walsingham, Inglaterra, y mientras mi mente vagaba, consideraba: ¿Qué podría regalarle a la Virgen por su cumpleaños? ¿Qué la deleitaría realmente? Un pastel, un vestido nuevo, ¿qué podrías darle a nuestra Santa Madre que nos lo ha dado todo?

Casi de inmediato, se me ocurrió que, en este pequeño pueblo a donde los fieles peregrinos han viajado durante siglos, una peregrinación para honrar a su madre y a su padre, san Joaquín y santa Ana, abuelos de su Hijo Divino, Jesús, realmente la deleitaría, la honraría, y lo agradecería. También a todos nuestros abuelos, vivos y muertos, que han hecho tanto por nosotros, particularmente en la transmisión de nuestra amada fe.

Me gustaría decir que muchos de los que estamos aquí hoy somos abuelos, bisabuelos, tías abuelas, tíos abuelos, pero cada uno de nosotros

también es nieto, y sin nuestros propios abuelos, no estaríamos aquí hoy. Así que tomaros un momento para orar y agradecerse.

Así, con gran temor y temblor, totalmente fuera de mi zona de confort, guiada y conducida por el Espíritu Santo, lo que supongo que ustedes podrían llamar un impulso de fe, organizamos por primera vez en el mundo la peregrinación de los abuelos.

Siento ahora, después de años de reflexión que nuestra Santa Madre llamaba a los abuelos, que han sido probados y comprobados en la fe, a reconstruir la Iglesia.

Con la bendición de nuestro Patrono, arzobispo Neary, en Tuam, Irlanda, y respaldados por el Vaticano, nos hemos convertido en una asociación privada de fieles, con ministros y fieles en más de 60 países.

Creo que fuimos de los primeros, si no los primeros, en arrojar luz sobre la vocación de los abuelos en la propia Iglesia, y su contribución vital y crítica a la Iglesia, a la familia y a la sociedad.

No es de extrañar que la Asociación Católica de Abuelos haya crecido tan rápido. Ustedes, que son abuelos, comprenderán intuitivamente los grandes desafíos humanos, morales y espirituales a los que se enfrentan los niños hoy en día en el mundo en el que están creciendo.

En la Asociación Católica de Abuelos nos esforzamos por ofrecer oportunidades a nuestros hijos, y nietos, para que sean criados en una fe católica moderna e inclusiva, quienes quiera que sean y sean lo que sean, rodeados y apoyados toda su vida como lo hemos sido nosotros, por medio del amor de Jesucristo y de nuestra santa Madre Iglesia.

En los últimos tiempos la fe ha ido disminuyendo en la generación más joven. No es sorprendente ya que han crecido en una época en la que sólo se oye hablar negativamente acerca de nuestra Iglesia. Se han perdido por completo la belleza total del Evangelio.

En estas circunstancias, es esencial que nosotros los abuelos los hagamos sentirse absolutamente incluidos, y que reconozcamos la belleza de nuestra fe, que nos ha sostenido a lo largo de todos los altibajos de nuestra vida.

La sociedad a menudo proyecta imágenes negativas acerca de las personas mayores – mientras que la juventud representa la mejor etapa de la vida, la vejez a menudo se muestra como la peor. En realidad, tenemos mucho en común– de una u otra manera dependemos unos de otros, desde la cuna hasta la tumba.

La vida va en círculo completo como se muestra en este pequeño poema, titulado *El niño y el anciano*, de Shel Silverstein.

*“Dijo el niño, a veces se me cae la cuchara.
Dijo el anciano, a mí también me pasa.
El niño susurró, me mojé los pantalones.
Yo también me lo hago, rió el viejo.
Dijo el niño, a menudo lloro.
El viejo asintió con la cabeza. Yo también.
Pero lo peor de todo, dijo el niño,
parece que los adultos no me prestan atención.
Y sintió el calor de una vieja mano arrugada.
Sé lo que quieres decir, dijo el pequeño anciano.”*

No hay mayor bendición en la vida que cuidar de aquellos que te han cuidado. Estar ahí para ellos, en persona, en todos los sentidos.

Envejecemos de diferentes maneras. Muchos de nosotros necesitamos atención a tiempo parcial, o incluso a tiempo completo, ya sea en casa, o en una vida autónoma, o en un hogar de acogida. Es posible que necesitemos atención física, médica, emocional y espiritual. ¿Cómo lo vamos a conseguir? ¿Quién lo hará cuando no estemos?

Necesitamos desarrollar estructuras parroquiales sólidas, saber quiénes son los necesitados y ayudar a satisfacer sus necesidades. Necesitan saber que son amados, necesarios y queridos, por lo que son, y no por lo que son. Tenemos que estar seguros de que están, que permanecen como valiosos miembros de la comunidad. Nuestra sagrada responsabilidad es satisfacer sus necesidades.

La santa Madre Teresa dijo: “La pobreza más terrible es la soledad, y el sentimiento de no ser amado”. Visitarlos, y asegurarse de que reciban los Sacramentos, es de primordial importancia. Ningún cuidado médico curará sus males espirituales, sólo nuestro Dios Amoroso puede sanar. El tiempo es crítico, tenemos que hacer algo ahora para asegurarnos de que ninguno es ignorado.

Ahora, en esta bendita y oportuna conferencia, se nos presenta la oportunidad de compartir pensamientos e ideas, maneras y medios, que realmente marcarán una diferencia en nuestra familia, nuestra Iglesia y nuestras comunidades, de resaltar cómo influimos en nuestra familia, particularmente cuando ésta envejece y está necesitada.

La Asociación Católica de Abuelos se centró, desde sus inicios, en la dignidad inherente de los abuelos, de las personas mayores y de su vocación divina en el seno de nuestras familias. Se han ganado nuestro amor y nos invitan a dialogar con ellos, que, a partir de sus experiencias vitales, enriquecen nuestras vidas y nos impulsan a buscar un discurso aún más intenso con ellos, tanto física como espiritualmente.

Esta vocación y valor de los abuelos la expresó sencilla, pero profundamente, el Papa emérito Benedicto XVI en la oración universal por los abuelos compuesta en 2008 a petición nuestra.

Esta poderosa y reveladora oración resume de una manera adecuada y precisa los atributos, los dones y las necesidades de nuestras personas mayores y abuelos. Creo que articula perfectamente la esencia de esta conferencia y la declaración misional de la Asociación Católica de Abuelos.

*“Señor Jesús,
tú que naciste de la Virgen María,
hija de san Joaquín y santa Ana.
Mira con amor a nuestros abuelos
de todo el mundo.
Protégelos: son fuente de riqueza para las familias,
para la Iglesia y para toda la sociedad.
Sostenlos: también en la vejez
continúan siendo para sus familias
pilares fuertes de fe evangélica,
custodios de los nobles ideales de la familia,
tesoros vivientes de sólidas tradiciones religiosas.
Haz que sean maestros de sabiduría y de valores,
que transmitan a las generaciones futuras
los frutos de su experiencia humana y espiritual.*

*Señor Jesús,
ayuda a las familias y a la sociedad
a valorizar la presencia y el papel de los abuelos.
Que nunca sean ignorados o excluidos,
sino que encuentren siempre respeto y amor.
Ayúdales a vivir serenamente y a sentirse acogidos
por todos los años que tú les has concedido.
María, Madre de todos los vivientes,
protege siempre a los abuelos,
acompañales en su peregrinaje terreno,
y con tu oración de intercesión*

*haz que todas las familias
se reúnan un día en la patria celestial,
donde tú atiendes a toda la humanidad
para el gran abrazo de la vida sin fin.
Amén.”*

Esto lo dice todo. Esta oración ha sido traducida a 25 idiomas y al Braille. Por favor, rezarla todos los días. Esta oración llena de gracia debe colgarse en todas las iglesias del país, para que los abuelos sean acogidos, reconocidos, honrados y recen por ellos todas las generaciones.

Necesitamos reconocer mejor el valioso recurso que suponen nuestras personas mayores, que a menudo se sienten marginadas. Como Iglesia, debemos brindar más oportunidades para un crecimiento espiritual continuo y una vida de oración mejorada, reconociendo las contribuciones, la sabiduría y la experiencia de nuestras personas mayores.

El Papa Francisco se ha referido a la vejez como una “primavera del diálogo” porque presupone un diálogo y un encuentro entre personas mayores y jóvenes, para construir una sociedad más justa, más hermosa, más solidaria, más cristiana.

El diálogo abierto y la comunicación dentro de nuestras familias es crucial. Las personas mayores son los guardianes de nuestros recuerdos, son grandes narradores. Tenemos la mejor historia jamás contada, así que sigue contándola.

Se le preguntó a un famoso rabino cómo la nación judía mantuvo la fe durante el Holocausto. Respondió que “nunca olvidaron contar la historia”. Tenemos que acompañar a nuestros jóvenes a lugares de importancia espiritual, iglesias, santuarios, lugar de su bautismo, a cementerios - para recordar a las generaciones que nos precedieron y nos transmitieron su gran regalo de la fe - su único legado duradero.

El año pasado llevé a dos de mis nietos adolescentes a visitar a mi hermana pequeña que se estaba muriendo. La despidieron con un beso en su cama del hospital, fue muy emotivo y triste, ya que se unieron a la familia reunida alrededor de su cama, rezando el rosario.

No creo que jamás hubieran encontrado semejante reverencia, ni oído rezar el rosario. Esta fue su primera experiencia de la muerte de un ser querido. Me alegré mucho de que estuvieran conmigo, para presenciar la verdad y la belleza de nuestra fe en la muerte.

A los jóvenes no les gusta hablar de la muerte (de hecho, no lo hacen), pero como dice nuestro Santo Padre, “debemos reconciliarnos con la muerte”, debemos prepararnos para ello y asegurarnos de que nuestras familias sean conscientes de nuestros deseos, y que nosotros estemos bien informados sobre las cuestiones del fin de la vida y la enseñanza de nuestra Iglesia.

Las personas ancianas y nuestros jóvenes necesitan lugares de encuentro.

La Asociación de Abuelos Católicos, a través de sus ministerios en todo el mundo, ha iniciado prácticas espirituales y sociales, así como ha organizado recursos y actividades para beneficiar la vida parroquial en nuestras comunidades.

Somos pioneros y hemos introducido las peregrinaciones de los abuelos, las misas de acción de gracias de abuelos y personas mayores, el día de los abuelos en las escuelas, los llamamientos a la oración de los niños, las adopciones de niños orantes, la promulgación de la oración del abuelo del Papa Benedicto, la difusión en muchos países de la celebración romana del domingo de los “*Bambinelli*”, hemos producido materiales catequéticos, hemos organizado seminarios, retiros, editamos boletines mensuales para abuelos, organizamos reuniones mensuales del ministerio con temas relevantes – revivir viejas tradiciones y crear – hemos acuñado la primera medalla de san Joaquín y santa Ana, con su amado nieto, Jesús.

Los abuelos, a través de sus años de experiencia familiar han navegado por todas las dificultades de la vida. Están ahí en los momentos tristes y felices en la familia – ofrecen apoyo y comprensión a los padres solteros para criar a sus hijos, cuando se vive la miseria del divorcio, la ruptura de la familia, la pérdida de empleo. Son el ancla para las familias que luchan contra la adicción, la enfermedad mental y el aborto.

Siguen cuidando y ayudando, incluso cuando la situación familiar puede no ser la deseada. No dejan de amar a alguien cuyo matrimonio se ha roto, o si tienen problemas, o si ocurre que son gays, de hecho, los aman a todos, porque necesitan aún más su amor.

Puede ser muy difícil ser un abuelo íntegro en estas situaciones increíblemente complejas. Algo que nunca se discutió en nuestra generación, así que, por supuesto, tenemos poca experiencia sobre cómo responder.

Cuando nuestros hijos y nietos se lastiman, a nosotros nos duele el doble. Estas son las mismas oportunidades que permiten a los abuelos y a las personas mayores ser Jesús para sus familias.

Cuando nos sentimos indefensos y desesperanzados, nos dirigimos a Dios, recurrimos a la oración. ¡Eso es lo que siempre he hecho a lo largo de mi vida, orar! Y Dios nunca deja de guiarme, consolarme y levantarme.

Transmitimos nuestra fe con nuestro ejemplo, a través de la misericordia, el perdón y el amor, tal como Jesús nos enseñó. Tenemos que enfrentar estos desafíos con integridad y fe. ¡Abuelos, este es su momento! Les están llamando. Este es su trabajo, y nadie más puede hacerlo tan bien como ustedes.

Tenemos que ser Jesús para la familia. Tenemos que darles esperanza. Sin la comprensión, la sabiduría, la tolerancia, la compasión y el amor incondicional de los mayores en nuestra familia, estaríamos perdidos.

Mi consejo, y mi propia experiencia personal como abuela mayor, es ir siempre a su encuentro adonde están, siempre los amarás, asegúrate de que la puerta esté siempre abierta.

Cúidense también, ámense los unos a los otros, apréciense los unos a los otros mientras todavía se tengan. Digan a su cónyuge que lo aman y oren por él.

No hay mayor ejemplo de los frutos de una larga vida, llena de las bendiciones de una familia, que una pareja amorosa de personas mayores que ha permanecido unida en las buenas y en las malas, gracias a su amor y al amor de Jesucristo. Es encantador ver a las personas mayores cogidas de la mano o intercambiando un beso. Nuestros nietos se ríen y lo llaman “viejo amor”.

El Papa Francisco se ha referido a la vejez como “la estación del diálogo”, porque presupone un diálogo y un encuentro entre personas mayores y jóvenes, para construir una sociedad más justa, más bella, más solidaria, más cristiana. El diálogo abierto y la comunicación dentro de nuestras familias es crucial.

Un Ministerio para Abuelos y Personas mayores en las parroquias, es absolutamente esencial. Este ministerio vital puede ser un recurso poderoso dentro de la Parroquia. Un lugar donde se anima a los abuelos a compartir sus dones y talentos, a ayudar en la construcción del reino de Dios en nuestras familias y en nuestras Iglesias. Y, sobre todo, a orar juntos. Las oraciones de los abuelos y de las personas mayores son muy poderosas.

El obispo John Hine, de Inglaterra, contó una historia muy conmovedora de cuando su anciana abuela estaba muriendo. Sentado junto a su cama sosteniendo su mano, ella lo miró y le dijo: "John, ¿sabes que he orado por ti todos los días de mi vida?". Se conmovió hasta las lágrimas. Y yo también. ¿Por quién has orado cada día de tu vida? Haced saber a vuestros hijos y nietos que

oráis por ellos. Hagáis lo que hagáis, enseñadles a orar, donde sea y cuando puedan.

Mi generación, esta generación de personas mayores, no sólo tiene la oportunidad de cambiar las cosas para la próxima generación – ¡somos la oportunidad! Nuestro desafío es trabajar juntos, sin olvidar nunca que somos la savia de la familia y de la Iglesia.

Somos el pasado, el presente y el futuro, y estamos preparados para el desafío de esta nueva misión.

Con Ministerios para personas mayores y abuelos en la parroquia, utilizando todos los tesoros y dones que nos pueden ofrecer, trabajando juntos como uno solo, todas las edades y todas las etapas, no fallaremos. El fracaso simplemente no es una opción en este caso. El Papa Francisco dijo: “Donde no se honra a las personas mayores, no hay futuro para los jóvenes”.

Por último, y lo que es más importante, hemos rogado a nuestro santo Padre Francisco que proclame en la Iglesia una Jornada mundial de la oración por los abuelos y personas mayores.

Podemos imaginar cómo esto nos unificaría y uniría en la oración y el amor: abuelos, padres, nietos y las generaciones venideras. Este sería un legado duradero que reconocería la riqueza, la bendición y la acción de gracias por la riqueza de los años de vida.

Les damos las gracias a todos por escucharnos, y oramos para que los frutos de esta conferencia arrojen una nueva luz sobre los tesoros vivos que tenemos aquí entre nosotros. Y oramos por la gente que no puede estar hoy con nosotros. Que las bendiciones de san Joaquín y santa Ana, padres de María, abuelos de Jesús, estén con ustedes y con sus familias hoy y siempre.

Que Dios les bendiga.

Personas mayores en hogares familiares

Giovanni Paolo Ramonda

Responsable General de la Asociación Papa Giovanni XXIII

Dios creó la familia, los hombres inventaron las instituciones, dijo el siervo de Dios Don Oreste Benzi, fundador de la Comunidad Papa Juan XXIII, a quien Benedicto XVI llamó “un apóstol infatigable de la caridad”.

A las personas mayores, a los que son considerados viejos, destinatarios de entrar en asilos, les decimos “tú tienes algo necesario, algo bueno, algo único, tienes una misión que cumplir” y se lo voy a decir en las residencias, en los hogares de personas mayores, llevándoles la hermosa noticia: ven a mi casa. Sucede muchas veces en las familias y en los hogares familiares de la Comunidad Papa Juan XXIII (*Comunità Papa Giovanni XXIII*).

Diversos jóvenes han optado por hacer la revolución no haciendo que otros paguen por ella, sino viviéndola en persona, eligiendo compartir con las personas mayores.

Pienso en Agnese que llegó a nuestro hogar familiar donde junto con Tiziana, mi esposa, los tres hijos naturales y otros ocho reengendrados en el amor, Agnese llegó con algunas dificultades mentales y falleció hace unos meses a la edad de 91 años después de haber estado con nosotros 30 años. O en María, que también estaba destinada al internamiento, pero acogida en una familia gracias a algunos parientes que eligieron esta forma en lugar de la institucionalización.

Hablamos de rostros queridos encontrados en la experiencia del sufrimiento, en la vida cotidiana, en la ferocidad, donde se escoge caminar juntos, con mayores a menudo considerados retales con ojos grandes que hablan por sí mismos, de su hambre aguda por la vida y de relaciones con contenido. El sufrimiento muchas veces, según nuestra experiencia, no viene dado por la vejez, la discapacidad o la enfermedad incluso terminal, sino por la soledad que se crea a causa de ellas. La ‘no relación’ es insostenible.

El clamor de los pobres sube hacia Dios, en la medida en que estás un poco cerca de Dios ya no puedes mantenerte alejado de los pobres.

Ser el padre y la madre de los que no tienen a nadie, de los que a menudo no podrán nacer debido a discapacidades, de los que están marginados u hospitalizados sin límite, es saber que hay un lenguaje que solo puede ser

descodificado desde el Amor. Don Oreste Benzi, el fundador de la Comunidad del Papa Juan XXIII decía que existe “una inteligencia que proviene únicamente del amor”. Algunas cosas solo se entienden si amas.

He vivido durante décadas con niños con lesiones cerebrales, y también con personas mayores que, aunque les cuelga la baba de la boca desean sentirse acogidos, tener alguien cerca; donde la imperfección es considerada como tal por la ciencia, surge el abrazo, la ternura, y también compromiso, responsabilidad, capacidad y coraje de ser humanos.

La inmovilidad física, visual, facial se convierte en ocasión para que esa persona sea una parte de nosotros, de una gran familia donde todos estemos al servicio unos de los otros, donde los miembros más débiles son los más necesarios, de hecho, están revestidos de mayor honor y cuidado.

Es la antropología del don, de los talentos que cada uno tiene, de la maravilla que cada uno es. Desde esta perspectiva, ya no hay nadie inútil, sino que todos somos compañeros de viaje hacia lo Eterno, el Absoluto, el Viviente que resucitará nuestros cuerpos mortales para una Vida en plenitud sin ocaso.

Ellos los sencillos, personas mayores, a veces inmovilizadas y crucificadas, con quienes vivimos, quieren participar, subir a la cumbre, ver el mar, sentir la brisa del viento, nadar, encontrarse con una sonrisa y sobre todo a alguien que se juegue la vida con ellos no solo como un trabajo sino como pertenencia mutua y gratitud.

Cualquiera que se separe de estas personas institucionalizándolas se priva de expertos en humanidad y en el saber lo que se debe hacer que da la distancia. La medicina que se pone al servicio de la muerte lenta que se solicita y que es hija de una sociedad necrófila, sombría y amante de la muerte. Como comunidad eclesial debemos recuperar y apoyar con todas nuestras fuerzas a las familias que mantienen con ellas a estas personas. Y gritar a los políticos para ser la voz de aquellos que no tienen voz para asignar recursos a los no autosuficientes en la familia y a nivel sanitario.

Las leyes sobre la familia deberían aplicarse a las personas mayores y a los niños.

No es pietismo sino responsabilidad, porque un pueblo es tal si no deja atrás a los más débiles o, peor aún, si los acompaña a una muerte prematura voluntaria. Una sociedad es plenamente humana si se ocupa de los débiles, los enfermos, los que sufren y canaliza los recursos hacia estas familias que tienen en su seno enfermos, personas mayores que a veces son incluso terminales. El escándalo de los privilegios y del despilfarro debe ser cancelado en favor de esta

parte de la sociedad para estar al lado de aquellos que no pueden valerse por sí mismos.

Como dijo el Cardenal Sgreccia, experto en bioética fallecido hace unos meses:

“La desatención nunca puede confundirse con la incurabilidad: una persona que padece una enfermedad considerada incurable en el estado actual de la medicina es, paradójicamente, el sujeto que más que nadie tiene derecho a pedir y obtener asistencia y cuidado, atención y dedicación continua: esta es una base fundamental de la ética del cuidado, que tiene como principales destinatarios a quienes se encuentran en un estado de vulnerabilidad, de minoría, de mayor debilidad”.

Por tanto, como creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad debemos mantener la profecía del compartir, no dejarnos robar de las perlas preciosas y, sobre todo, del misterio del sufrimiento.

Ha de asegurarse que los mayores puedan pasar la vejez en su hogar y con su familia, promoviendo la atención domiciliaria, el apoyo económico educativo; si no es posible mediante el desarrollo del acogimiento familiar para hacer que la persona mayor se convierta en el abuelo recuperando un papel y la posibilidad de amar y sentirse amado. Las personas mayores son nuestras raíces, los guardianes de la memoria, de la historia, el vínculo de conexión del ciclo de la vida.

En estos años, hemos abierto dos centros de día para que incluso las personas mayores que no sean autosuficientes o que tengan Alzheimer puedan permanecer en la familia, en uno de ellos hay una pareja con sus hijos que vive en el centro de día.

En Brasil, en Salvador Bahía, los misioneros Reno y Anna con sus hijos adoptivos han acogido a su madre que en Italia iría a la residencia.

Hemos acogido a personas mayores que habían estado en centros psiquiátricos durante décadas haciéndoles venir a vivir en nuestros hogares familiares con un trabajo sinérgico y precioso con los servicios sociales y los jueces competentes.

El Papa Francisco ha dicho: “La Iglesia no irá hacia adelante, el Evangelio no irá hacia adelante con evangelizadores aburridos y amargados. Solo irá adelante con evangelizadores alegres, llenos de vida”.

Compartir la vida con nuestros hermanos y hermanas mayores nos llena de alegría.

El 14 de junio, será beatificada Sandra Sabbattini, una chica de 23 años de la Comunidad Papa Juan XXIII, la primera prometida beatificada, una santa de la puerta de al lado, estudiante de medicina que pasó su tiempo libre en comunidades terapéuticas dedicándose a los últimos, a quien le encantaba rezar en medio de naturaleza y en la adoración eucarística, que decía “esta vida que no es mía, este tiempo que no es mío, esta respiración que no es mía”.

Sandra hacía meditación y contemplación con el libro viviente que son los pobres, porque Jesús está presente allí.

Les invitamos a la beatificación para juntos hacer fiesta.

Somos verdaderamente hermanos de los santos y los mártires, gracias y buen trabajo.

La vocación de las personas mayores en la Iglesia.

Cardenal José Tolentino de Mendonça
Archivero del Archivo Apostólico Vaticano

A menudo me pregunto qué criterios usaríamos si tuviéramos que escoger nosotros los protagonistas de la Historia de la Salvación. Si tuviéramos que identificar un personaje para comenzar la Historia de la Salvación, que haya vivido la inmensa aventura de la fe y haya sido el depositario de la promesa, que haya salido de su tierra y emigrado a una tierra desconocida, pasando por muchas situaciones existencialmente exigentes, nuestra elección probablemente recaería en un hombre joven. Alguien —podríamos pensar— dotado de la fuerza vital, de la energía, de la apertura y de la capacidad de soñar que requiere tal aventura. Y en cambio Dios nos sorprende. Dios escoge un protagonista del todo improbable para esta gran historia que nos incluye a todos, porque la persona a la que dirigió su llamada no es otro que un hombre mayor. Nosotros estamos acostumbrados a pensar que las personas mayores se encuentran en una especie de tiempo de descuento, como si hubieran dejado de actuar directamente en la construcción de la historia. Dios no piensa así. Al leer la Historia de la Salvación, nos damos cuenta de que Dios hace de las personas mayores sus verdaderos protagonistas.

En el capítulo 12 del Génesis podemos, en efecto leer: “El Señor dijo a Abram: ‘Sal de tu tierra y de tu parentela y la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo y te bendeciré... y te dirán bendito todas las familias de la tierra’. [...] Abram tenía setenta y cinco años”. (*Gen 12,1-4*).

Llamado por Dios a comenzar una nueva Historia cuando pensaba que la suya estaba ya terminada, Abraham experimentará aquella palabra como un desafío inesperado que lo relanza en la gran aventura de la fe. Su vida parecía haber terminado. Seguramente pensó que había cumplido su misión, y que su existencia pertenecía ahora al pasado más que al presente o el futuro. Sin embargo, Dios está diciendo en esta persona mayor —y en ella, por tanto, a todas las personas mayores— que su viaje está lleno de futuro.

¿Qué le pregunta Dios a Abraham? Le pregunta tres cosas básicas que creo que pueden servir como mapa para nuestra reflexión sobre la vocación de

los mayores en la Iglesia. El modelo de Abraham en realidad nos puede ayudar mucho.

PRIMERO, DIOS LE PIDE A ABRAHAM LA REALIZACIÓN DE UNA EXPERIENCIA PROFUNDA DE FE

Hay un dicho norteamericano que afirma: “Growing old is no fun” (“Envejecer no es divertido”). Es verdad. Nuestras sociedades que dogmatizan la productividad como la única moneda de valor maltratan a la vejez, sin comprender ni observar esta estación de la vida, que, por tanto, se deja en el olvido. Ser viejo es un trabajo exigente: que significa comenzar desde cero en cualquier momento, y a menudo obligados a reaprender cosas básicas que incluso habíamos estado enseñando a los otros durante toda la vida. Ser viejo es hacer lo que hicimos antes, pero más lentamente. Ser viejo es rendirse muchas veces y, al mismo tiempo, tener la inexplicable obstinación para comenzar de nuevo. Ser viejo es mostrar, en el extremo de nuestra fragilidad, que tenemos siete vidas. Ser viejo es hacer más con menos. Ser viejo es comprender el valor de las migajas, que han sido y son siempre nuestro gran alimento. Ser viejo es, en muchos casos, tratar de mantener una conversación con una quinta parte del vocabulario, pero con unos ojos que hablan cincuenta veces más, si se les sabe escuchar. Ser viejo es luchar todos los días para mantener vivo el inextinguible hilo del amor. Sí, el proverbio tiene razón: “Envejecer no es divertido”. Pero hay una cosa que no dice: que ser viejo también es un milagro extraordinario de amor y resistencia. La tercera edad no es el final. Visto con los ojos de la fe, puede ser el comienzo.

A Abraham, Dios le pide romper con la vida sedentaria y comenzar a vivir esta suerte de nomadismo que es la fe. ¿Y qué aprende Abraham cuando comienza a ser viajero? Aprende la confianza. No sabe exactamente dónde está la tierra a la que Dios lo envía: no se trata de un destino fijo, claro desde el principio. En el fondo, debe vivir todos los días en confianza, pegado a la promesa, en suspenso como si su vida dependiera de esto. Esta es la fe. La fe es vivir expuestos y vivir sin refugio, y vivir en la apertura; pero es vivir con confianza, dependiendo de una Palabra. Cuando Dios toma la iniciativa, ese hombre no solo rompe con el entorno geográfico y familiar que era toda su seguridad, sino que también rompe con lo que significaba: la protección de una ciudadanía, de un marco familiar estable, de una pertenencia. Ahora, la fe comienza precisamente con el desafío de trascender el marco individual de nuestra existencia o las formas supuestamente definitivas que hemos construido a nuestro alrededor, y abrir nuestro camino al impacto de las sorpresas de Dios. La fe nos desinstala para hacernos vivir dependiendo de

Dios. No hay estacionamientos espirituales. Es de hecho la llamada ininterrumpida a experimentar la itinerancia de una promesa que es mayor que nosotros.

No es casual que el modelo de la fe en la Biblia es una persona anciana que se convierte en viajero, un pensionista que se pone en la carretera, un hombre que por sí podría vivir de las rentas y al que Dios le hace observar la inmensidad del cielo, como si fuese un chaval enamorado. Pero la fe lo quiere así, el creyente es así: un peregrino con manos pobres y vacías, con los y ojos llenos.

Pensemos en la historia de Abraham, un hombre ya mayor casado con una mujer, Sarah, que sufría de esterilidad. No tenían hijos y se les promete un hijo. Así, por tanto, para Abraham es todavía relativamente fácil creer porque ve en su vida los signos positivos de Dios. Percibe que existe una correspondencia a la confianza que pone en Dios: Dios le recompensa. Pero creer no es solo esto. No se cree solo cuando tenemos garantías aseguradas. Creer es confiar incluso cuando nos encontramos sin apoyo. La confianza se hace cada vez más exigente. En esta relación, Dios nos pide más y más. Y viene el momento en que ya no confiamos en Dios por las cosas que Dios nos da, sino que confiamos en Dios por Dios mismo. En este sentido, la fe también es prueba. Y la prueba nace de la siguiente pregunta: ¿Estoy dispuesto a creer en Dios sin garantías? ¿Estoy dispuesto a creer en Dios yendo más allá de las garantías y relativizándolas por completo? Abraham tiene ese hijo, Isaac; él es su único hijo y se le hace una propuesta absolutamente absurda: “Abraham, sacríffcame a tu único hijo”. Podemos percibir el drama que se consumaba en el corazón de Abraham: no entendía nada, era como si la tierra que había bajo sus pies se esfumase, pero continuó ascendiendo esa montaña, con la única esperanza de que, de algún modo, de alguna manera no él conocía, Dios tenía que manifestarse. Y, con el corazón completamente volcado en esa esperanza, Abraham oyó las palabras del Ángel del Señor, “Abraham, no me sacrifiques a tu hijo, eso no es lo que quiero, lo que quiero es tu fe, tu fe”. El filósofo Sören Kierkegaard interpretó este texto bíblico explicándolo así: “La verdad no es algo externo, que descubrimos a través de proposiciones frías e impersonales, sino algo que experimentamos en nuestro interior, de manera personal”. La fe es esta confianza personal que se pone en Dios y que supera cualquier otra cosa. Abraham nos enseña que la fe es una forma de existir. Frente al incomprensible designio de Dios, deja todo en suspenso, menos la relación con Dios. Nosotros, también, desde el fondo de nuestra pobreza, estamos llamados a decir: “El Señor proveerá”.

La Iglesia necesita que las personas mayores se conviertan en maestros convencidos de la fe. En el n. 108 de la *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco insiste en el hecho de la obligación de escuchar a las personas mayores, porque ellas aportan “la memoria y la sabiduría de la experiencia”. La fe de las personas mayores, como la fe de Abraham, no es una fe abstracta, hecha de categorías desencarnadas. Por el contrario: es una fe narrativa, contada en primera persona, pasada por el juicio de los acontecimientos y de los contrastes de la historia, madurada en el corazón. En la exhortación apostólica post-sinodal *Christus vivit*, el Santo Padre recuerda también que “la Biblia siempre invita a un profundo respeto hacia los ancianos, porque albergan un tesoro de experiencia, han probado los éxitos y los fracasos, las alegrías y las grandes angustias de la vida, las ilusiones y los desencantos, y en el silencio de su corazón guardan tantas historias que nos pueden ayudar a no equivocarnos ni engañarnos por falsos espejismos” (n. 16). Y recuerda que “en el Sínodo, uno de los jóvenes auditores proveniente de las islas Samoa, dijo que la Iglesia es una canoa, en la cual los viejos ayudan a mantener la dirección interpretando la posición de las estrellas, y los jóvenes reman con fuerza imaginando lo que les espera más allá” (n. 201). Es una bella imagen de la Iglesia, esta que presenta a los ancianos como los que interpretan la posición de las estrellas.

“El Señor lo llevó afuera y le dijo: ‘Mira en el cielo y cuenta las estrellas’”. La fe nos lleva afuera, es una salida de nuestras visiones fragmentarias, una ruptura con nuestras perspectivas.

“Mira al cielo”. Tenemos que abrir las ventanas que se abren a la inmensidad del cielo, levantar nuestros ojos más allá de lo que es posible relatar, contemplar la inmensidad de Dios y de su amor. Alzar los ojos asombrados y confiados al cielo es la actitud creyente. Que nuestros ojos hechos para mirar las estrellas acaben mirándonos a nosotros mismos y a la punta de nuestros zapatos.

ABRAHAM VIVE SU FE COMO UNA FORMA DE HOSPITALIDAD

Un ejemplo de gran claridad es el encuentro de Mambré: “El Señor se apareció a Abrahán junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, en lo más caluroso del día. Alzó la vista y vio tres hombres frente a él. Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda, se postró en tierra y dijo: ‘Señor mío, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un bocado de pan para que recobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a la casa de vuestro siervo’” (*Gén* 18, 1-5).

Era la hora más calurosa en el desierto. Cualquiera que haya pasado alguna vez por allí sabe que lo más prudente a esa hora del día es refugiarse a la sombra y evitar cualquier movimiento. Pues bien, Abraham “corre desde la entrada de la tienda” para encontrarse con los visitantes. Nadie le ha pedido nada: es Abraham quien toma la iniciativa de la acogida. Muchas veces también estamos dispuestos a acoger, pero estamos esperando que nos lo pidan. Abraham se anticipa, y esta es la verdadera hospitalidad. Y lo hace gratis, dando libertad al otro: “Cuando hayáis recuperado las fuerzas, podéis continuar vuestro camino”. Su única preocupación, y para nosotros un desafío y una responsabilidad, es: “si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo”. Hay muchas personas que pasan por nuestras vidas. Es importante que, en la hospitalidad, en el servicio y en la donación perciban que no han pasado en vano por nuestro lado.

La Iglesia necesita que las personas mayores se conviertan en maestros de hospitalidad.

Hace tiempo, alguien me habló de un juego bastante elemental que se utiliza en las escuelas cuando se pretende introducir la cuestión de las opciones éticas. Un barco, con los sus diez ocupantes, se hunde. El barco está equipado con un bote salvavidas listo para funcionar, pero desafortunadamente no hay sitio para todos. El bote salvavidas tiene capacidad para solo siete personas. Por ello es urgente determinar quién se puede subir. ¡Qué elección tan dramática! Por supuesto, el juego está destinado principalmente a ayudarte a pensar éticamente.

Me llamó la atención un dato que los investigadores señalan. Cuanto más jóvenes son los alumnos a quienes se les propone el juego, más predecible es la solución: si entre los pasajeros del barco hay abuelos, son los primeros en ser salvados. Ya sean de edad avanzada o sufran de mala salud, los abuelos son los primeros en la lista. Y nos preguntamos: ¿por qué los abuelos? ¿Qué supone un abuelo, una abuela, en el trascurso de una vida, cuando nosotros, del mismo modo que las semillas, estamos inmersos en un largo proceso de germinación o comenzamos a recibir las enseñanzas fundamentales? ¿Cuál su contribución esencial? ¿Por qué los jóvenes sienten que los abuelos deben ser indudablemente salvados? Los abuelos son maestros de un arte espléndido y raro: el arte de *ser*. Los abuelos saben cómo transformar un encuentro diario cotidiano en una celebración apetecible. Saben atender sin prisa, viendo a los seres humanos con esperanza de futuro. Ellos dan valor a las cosas que no lo tienen. Ellos no creen que pasar tiempo con sus nietos sea tiempo perdido, sino todo lo contrario. Saben que el amor se alimenta con este intercambio gratuito.

Los abuelos son dulcemente silenciosos, aunque hablen mucho. Los abuelos parecen distraídos, y esto es hermoso. Los abuelos caminan sin prisa. Tienen una sabiduría que se expresa con historias cálidas, no en conceptos. Tienen una memoria que parece inagotable, llena de aventuras, anécdotas y detalles graciosos. Los abuelos han estado ya tantas veces listos para empezar con los nietos por vez primera. Nos hacen caer en la cuenta de un sinfín de cosas, como la forma de una nube o color diferente que adquieren las hojas. Ellos enseñan con serenidad, poniéndose a nuestro lado. Conocen el sentido de las cosas pequeñas y conocen dónde están las grandes. No separan, como el resto de las personas, lo que es útil de lo que es inútil. Ofrecen el agarradero seguro de su afecto que siempre está disponible. Adivinan lo que los nietos no dicen, sin aturdirse con su aturdimiento. Cuando no están con ellos, repiten con orgullo a los amigos de las frases que les dijeron. Creo que, si los niños se sienten tan intensamente que la necesidad de cuidar de los abuelos, es porque percibieron, ya desde muy pequeños, lo que ellos les cuidaron. Esto se llama el arte de la hospitalidad, que es una forma excelente de amor.

La iglesia de hoy tiene necesidad de los abuelos no sólo para propios sus nietos, sino para todos los que están en relación con ellos, especialmente con los más jóvenes y los más necesitados. Que sean, en definitiva, abuelos a tiempo completo. Los abuelos son un patrimonio espiritual que inspira y fortalece evangélicamente nuestra comunidad eclesial. En una cultura como la nuestra, donde prevalece una dramática sensación de orfandad, las personas mayores están llamadas a ser restauradores de vínculos, a través del ejercicio de la maternidad y la paternidad espirituales.

ABRAHAM SE CONVIERTE EN PADRE DE MUCHAS NACIONES AL ACTIVAR LA FUERZA GENERATIVA DE LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Hoy estamos inmersos, como civilización, en una crisis de transmisión. Sin una verdadera alianza entre generaciones, como el Papa Francisco sostiene insistentemente, no sabemos de dónde venimos, de qué somos herederos y cuál es realmente nuestra historia. El sentimiento dominante hoy en las nuevas generaciones es que no han sido reafirmadas por las anteriores. Nadie les dice “creemos en vosotros”, “confiamos en vuestras capacidades”, “os hacemos depositarios del mundo”. Las nuevas generaciones miran hacia atrás y no ven testigos, transmisores, mediadores para el paso que tienen que hacer desde una orilla a la otra. Es una crisis de transmisión que se experimenta a todos los niveles: en la familia, en las instituciones, en la Iglesia, en la sociedad en su conjunto. En la era de la comunicación, queda mucho por decir, probablemente lo esencial. Vivimos inundados con mensajes, pero padecemos de una

incapacidad para interpretar la vida en profundidad, para establecer los nexos de forma explícita. A menudo pienso en la importancia que, por ejemplo, tiene en la vida de Jesús esa escena de investidura que se representa en el bautismo, cuando se rasgan los cielos y se oye la voz del cielo: «Tú eres mi Hijo amado: en ti he puesto mi amor» (Mc 1,11). Es una palabra de confirmación hoy demasiado silenciada, pero muy necesaria para que cada uno pueda asumir lo que es. Sin transmisión, cada cual conoce menos de su propia identidad. Porque la transmisión nos revela aquello que no podemos aprender, pero que es lo que somos. Nos explica claramente que no somos el origen de nosotros mismos, sino que somos lo que recibimos de los demás, somos expresión del don, un precioso legado que nos trasciende. Transmitir consiste en integrar al ser humano en una historia. Es decirle: eres esto, eres parte de un pasado o un futuro, eres coprotagonista de una historia común. El ser humano no necesita solamente a la educación escolar: necesita también de transmisión vital.

Por esta razón, en el contexto del Sínodo sobre los jóvenes, el Papa Francisco citó un delicioso proverbio egipcio que dice: “Si en su casa no hay una persona mayor, cómprala, porque te será útil”.

Pero no solo los jóvenes tienen que acercarse a las personas mayores. Ellas también tienen la misión fundamental de acercarse a los jóvenes y, a través de la paternidad y la maternidad espiritual, generar verdadera vida en ellos. Dios les pide a las personas mayores que sean verdaderas protagonistas.

El libro del profeta Joel dice: “Infundiré mi espíritu sobre cada hombre y vuestros hijos e hijas se convertirán en profetas; vuestros mayores tendrán sueños” (Jo 3,1). La Iglesia del siglo XXI necesita personas mayores que sueñen.

La espiritualidad de las personas mayores y las raíces del santo Pueblo fiel de Dios

P. Alexandre Awi Mello, I.Sch.

Secretario del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Para nuestro Dicasterio, ocuparnos de la pastoral de las personas mayores significa prestar atención, al mismo tiempo, a los **laicos**, a la **familia** y a la **vida**. Parodiando un dicho brasileño, nuestro Dicasterio, con este congreso, “mata a tres pájaros de un tiro” (el dicho dice dos). El “asesinato” aquí, por supuesto, es simbólico... Es decir, hemos logrado tres objetivos al mismo tiempo: cuidar y dar protagonismo a las personas mayores significa cuidar y dar protagonismo a los laicos, las familias y la vida humana. La celebración de este primer Congreso Internacional sobre Pastoral para la Tercera Edad (como se llama en Brasil) es, por lo tanto, una forma de prestar atención a los **laicos** en una etapa muy importante de sus vidas, rescatando el valor y la importancia que tienen en sus **familias** y prestando atención a una fase de la **vida humana** que necesita tanto cuidado y que tiene, al mismo tiempo, un gran potencial evangelizador.

Como saben, el programa de nuestro congreso se divide en tres secciones. En la primera hablamos en general de la “**Iglesia y las personas mayores**”, en la segunda centramos nuestra atención en la relación de la “**familia con las personas mayores**” y en esta tercera y última sección hablamos de la “**vocación de las personas mayores**”, es decir, el llamado especial y la misión que las personas mayores tienen dentro de la Iglesia y la sociedad. Estoy agradecido por la hermosa conferencia de Su Eminencia el cardenal José Tolentino de Mendonça, quien introdujo la reflexión sobre este tema. Mi tarea ahora es profundizar en una dimensión específica de la vocación de las personas mayores: ser *raíz, memoria viva, guardianes y transmisores* de una herencia fundamental para la vida del Pueblo de Dios entre los pueblos de la tierra. En este sentido, como agentes de pastoral, partimos de la base de que existe una espiritualidad y una vocación específica para la tercera y la cuarta edad, que necesitamos conocer y cultivar explícitamente.

El título de mi exposición es “la espiritualidad de las personas mayores y las raíces del santo Pueblo fiel de Dios”. Estos son temas queridos por el Papa

Francisco y uno podría hablar mucho sobre el tema, pero trataré de ser sintético, dividiendo la exposición en cuatro partes:

- ✓ Espiritualidad de las personas mayores
- ✓ Personas mayores, raíces del santo Pueblo fiel de Dios
- ✓ Raíces de la espiritualidad popular
- ✓ Raíces de la sabiduría popular

ESPIRITUALIDAD DE LAS PERSONAS MAYORES

El envejecimiento de la población mundial, ya mencionado tan a menudo en este encuentro, ha llevado a algunos teólogos y agentes de pastoral a preguntarse sobre la **espiritualidad específica** que acompaña este proceso. Según Leo Karrer, en su libro “Fe que madura - Espiritualidad en la vejez”,²² la espiritualidad, que siempre es un concepto difícil de definir, tiene que ver con el proceso vital por el cual cada ser humano busca crear una relación significativa consigo mismo, con sus semejantes y con el medio ambiente. También tiene que ver con la **experiencia del sentido o el sinsentido** que cada persona hace en su vida personal y comunitaria. De esta manera, generalmente se asocia con la experiencia religiosa, aunque puede haber una búsqueda de espiritualidad disociada de la relación directa con Dios, la fe y la religión (por ejemplo, en experiencias exotéricas). En cualquier caso, cada etapa de la vida puede asociarse con diferentes búsquedas de significado y experimenta variaciones en su relación consigo mismo, con los demás, con el medio ambiente, con Dios y el sentido de la vida. Asimismo, la confrontación con las últimas etapas de la vida y con la muerte va acompañada de una espiritualidad relacionada.

Se trata de un período vital que invita a sumergirse en las profundidades de las **grandes cuestiones de la existencia**, con sus polaridades y contradicciones. La persona se vuelve más consciente de sus límites, sus utopías e ideales se vuelven más realistas, experimenta el anhelo de vivir al máximo, pero en la práctica ve la fragmentación de la vida. Aprende a dar pequeños pasos en el presente, con momentos de abandono y de rendición. La experiencia de esta etapa existencial a menudo se acompaña de una búsqueda consciente o inconsciente de experiencias significativas y puede conducir a un **encuentro más intenso o un redescubrimiento de Dios, la fe y la religión.**

²² Leo KARRER. *Glaube der reift – Spiritualität im Alter. Mit Gedichten von Maria-Christian Fernández*. Freiburg: Herder, 2017, 49.

La pastoral de las personas mayores debería estar atenta para aprovechar este momento, ya que la fe cristiana puede hacer una contribución fundamental a la espiritualidad de las personas mayores. **El envejecimiento es una oportunidad** para crecer en la esperanza, es una oportunidad para reforzar el amor a Dios y al prójimo, ya sea familia, amigos o la comunidad cristiana, es una oportunidad para profundizar o redescubrir la fe. Es hora de, como san Agustín, descansar nuestros corazones en Dios.

En algunas culturas estamos acostumbrados a vivir con **personas mayores “llenas de fe”**, pero en los países occidentales esta realidad se está volviendo cada vez menos común. Los países marcados por una fuerte secularización o por el comunismo han producido generaciones enteras de ateos o personas con una fe muy frágil e incipiente. Por tanto, aun cuando todavía tenemos la experiencia de conocer a muchas personas mayores que dan un profundo testimonio de fe, no deberíamos considerar que la fe de las personas mayores es evidente o “automática”. Su espiritualidad, de hecho, necesita ser cultivada, profundizada constantemente e incluso descubierta. Recuerdo, siendo aún seminarista, haber acompañado a una persona mayor moribunda que me dijo con lástima que era atea y que “me gustaría tener fe, porque sería más fácil, pero no consigo creer”. Nunca podré olvidar esa fuerte experiencia.

Por lo tanto, **la buena nueva de Jesús también es para las personas mayores**. El Señor quiere tener un encuentro personal con cada persona, manifestándose a ellos como Salvador, dando sentido a sus vidas e invitándoles a seguirle como discípulos y misioneros. El encuentro con el crucificado ayudará al encuentro con las muchas cruces personales y familiares. La certeza de la resurrección y la entrega a Dios, a pesar de que las preguntas sobre el sentido no siempre se responden, son experiencias fundamentales para quienes viven una etapa vital marcada por hacer “balance de la vida”, por el aumento de la debilidad física y la posibilidad de enfermar, al afrontar la muerte de otros y, —a veces desconcertante y sorprendentemente—, con el descubrimiento de la posibilidad de la muerte misma.

Con el objetivo de comprender mejor la espiritualidad de las personas mayores y la acción pastoral correspondiente que puede ponerse a su servicio, Leo Karrer **diferencia claramente entre la tercera y la cuarta edad**²³. Hoy en día, las personas mayores de la tercera edad siguen siendo muy activas

²³ Leo KARRER. *Glaube der reift*, 108-112.

y a menudo tienen su protagonismo en nuestras comunidades. Muchos pasan bastante tiempo en actividades de voluntariado. Somos testigos de que muchas comunidades eclesiales simplemente no existirían sin el trabajo voluntario, caritativo y evangelizador de tantas personas mayores que son su alma y motor. La cuarta edad ya está, en general, más marcada por la presencia de enfermedades y limitaciones físicas y psicológicas, que requieren un acompañamiento específico. Aquí, por ejemplo, las visitas al hogar o las instituciones de atención, el acompañamiento espiritual, la vivencia cuidada de los sacramentos (Eucaristía, Reconciliación y Unción de los Enfermos) adquieren un significado especial, así como una buena preparación para el momento crucial del paso a la eternidad.

Junto con la esperanza y la fe cristiana, partiendo de la base de que “cuanto más cristianos somos, más humanos deberíamos ser”, las personas mayores deberían ser invitadas a vivir una **espiritualidad que también cultive actitudes humanas saludables**. Algunos estudiosos intentan demostrar que la longevidad saludable se asocia con conductas y actitudes que generan emociones positivas. Es el caso, por ejemplo, del geriatra argentino Dr. Juan Hitzig, profesor de la Universidad de Maimónides (Buenos Aires), que se hizo famoso por su “alfabeto emocional”. En su libro “Cincuenta y tantos”, afirma que alrededor de los *50 años* hemos alcanzado el punto determinante biológico que definirá la forma en que envejecemos. Habiendo estudiado durante años las características de las personas sanas a una edad muy avanzada, llegó a la conclusión de que todos tenían algo en común en sus actitudes y formas de conducta, siendo personas generalmente activas, sociables y sonrientes²⁴. Hablando de una manera muy popular, podría decir que estos son los comportamientos que distinguen a *las personas mayores de los viejos*²⁵. Esto también es espiritualidad.

²⁴ Juan F. HITZIG. *Cincuenta y tantos: cuerpo y mente en forma, aunque el tiempo sigue pasando*. Buenos Aires, Grijalbo, 2016. Su *alfabeto emocional*, parte del principio de que ciertas actitudes generan *serotonina* —un neurotransmisor que mejora la *tranquilidad* de la vida, nos mantiene alejados de las enfermedades y reduce la tasa de envejecimiento celular—. Estas son las conductas “S”: serenidad, silencio, sabiduría, sabor, sexo, sueño, sonrisa. Las conductas “S” generan actitudes “A” —arrojo, amor, aprecio, amistad, aproximación (cercanía)—. Otras actitudes envenenan el cuerpo al provocar la liberación de *cortisol*, la poderosa hormona del estrés, cuya presencia prolongada en la sangre es letal para las células arteriales y acelera el envejecimiento. Estos son los comportamientos “R”: resentimiento, rabia, rencor, represión, resistencia. Los comportamientos “R” generan actitudes “D”: depresión, desánimo, desesperación, desolación. Aprender este alfabeto emocional hace posible vivir más y mejor, porque la “mala sangre” (demasiado cortisol y muy poca serotonina) deteriora la salud, hace que las enfermedades sean más probables y acelera el envejecimiento. Por el contrario, el buen humor es la clave para una longevidad saludable.

²⁵ “Anciano es quien tiene mucha edad; viejo es el que ha perdido la jovialidad. Anciano es quien todavía siente amor; viejo es el que sólo echa de menos. Anciano es el que todavía hace ejercicio; viejo es el que solamente descansa y se queja. Anciano es el que todavía sueña; viejo es el que apenas duerme. Anciano es el que tiene un poco más de edad; viejo es el que ha perdido la capacidad de soñar y divertirse. Anciano es el que aún se renueva cada día que comienza; viejo es el que termina cada noche. Anciano es el que todavía tiene planes;

Me gustaría explicar ahora la vocación espiritual de las personas mayores en su significado para la sociedad, es decir, para las personas donde están insertos, y el valor de su espiritualidad para la Iglesia, el santo y fiel Pueblo de Dios, ya que este debería ser el *acento particular* de la reflexión que se me ha confiado.

PERSONAS MAYORES, RAÍCES DEL SANTO PUEBLO FIEL DE DIOS

La expresión “santo Pueblo fiel de Dios” es ampliamente utilizada por el Papa Francisco. Sin embargo, **su significado no siempre se entiende**. El sacerdote jesuita argentino, Juan Carlos Scannone, recientemente fallecido y que inicialmente había sido invitado a dar la presente conferencia, dice que “la categoría ‘pueblo’ es ambigua, no por pobreza sino por riqueza”²⁶. De hecho, la palabra “**pueblo**” o “**popular**” en español o portugués (povo, popular), especialmente en América Latina, se pronuncia con un sabor especial²⁷. No tenemos tiempo para explicar esta diferencia aquí, pero esta advertencia es importante porque a menudo, en algunas latitudes, el lenguaje utilizado por el Papa no se entiende ni se malinterpreta. *Pueblo* no es solo “todas las personas”, sino **un grupo humano organizado, con memoria, cultura y valores compartidos**, es decir, **con sus propias raíces**. El pueblo es el sujeto comunitario de una *historia* (con experiencias concretas, conciencia colectiva y un proyecto común, no siempre explicitado) y una *cultura* (entendida como un estilo de vida, como un núcleo del significado último de la vida, con símbolos y costumbres que lo identifican, e instituciones políticas y económicas que lo configuran). En consecuencia, principalmente **pueblo es una categoría histórico-cultural**.

viejo es el que apenas tiene recuerdos. Anciano es el que tiene bonitas arrugas, porque fueron formadas por la sonrisa y la alegría de vivir. Viejo es el que tiene arrugas feas, porque fueron formadas por la amargura y el mal humor. En definitiva: ancianos y viejos pueden tener la misma edad en el documento, pero tienen edades totalmente diferentes en la mente, en el corazón y en las actitudes” (Autor desconocido).

²⁶ Juan Carlos SCANNONE. *Aportaciones de la teología argentina del pueblo a la teología latinoamericana (I)*, Vida Nueva – Cono Sur 21 (3 a 16 noviembre 2013): 21-28, aquí: 24.

²⁷ El teólogo argentino Enrique Bianchi explica que: “Para hablar colectivamente de personas, el idioma español ofrece dos palabras que en Argentina suenan con diferencias sustanciales: *pueblo* y *gente*. Ambos traducen al inglés como *people*, perdiendo así la capacidad de significado en lo que nos interesa enfatizar”. Para poner un ejemplo, Bianchi utiliza el título de la revista Time de julio de 2013, *El papa del pueblo*, que —según él— ofrece una traducción ambigua, ya que puede traducirse como el *papa de la gente* o como el *papa del pueblo*, dos expresiones que significan lo mismo en Argentina. En el país del Papa, explica Bianchi, “*gente* se utiliza para referirse a un grupo humano amorfo, una masa, incapaz de acción colectiva. *Pueblo* ya se entiende en el imaginario argentino como una unidad de orden. Una comunidad orgánica, capaz de sentimientos y acciones colectivas, que comparte un estilo de vida y —lo cual es muy importante— que comparte una historia y un destino común”. (Enrique Bianchi, *El Espíritu sopla desde el sur y empuja la Iglesia a los pobres*, manuscrito proporcionado por el autor con la traducción de: Enrique Bianchi, *Der Geist weht vom Süden her und drängt die Kirche hin zu den Armen*, en: *Innovation Armut: Wohin führt Papst Franziskus die Kirche?*, ed. Magdalena HOLZTRATTNER. Innsbruck: Tyrolia, 2013, 51-61.).

Afrontemos simplemente su uso en *Evangelii gaudium*. Allí, el Papa Francisco explica que, para manifestar su salvación a cada ser humano, Dios creó un camino: “Él eligió convocarlos como pueblo, y no como seres aislados. Nadie se salva solo, es decir, ni como individuo aislado, ni por su propia fuerza. (...) Este pueblo, que Dios eligió para sí y llamó, es la Iglesia” (EG 113). La Iglesia es así “la levadura de Dios en medio de la humanidad” (EG 114), porque el **“pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la Tierra, cada uno de los cuales tiene su propia cultura”** (EG 115).

Lucio Gera, un teólogo argentino que fue una referencia para Francisco, aplica este **concepto de encarnación** tanto en el plano *subjetivo* del Pueblo de Dios en los pueblos como en el plano *objetivo* de la fe en la cultura²⁸. “En esta encarnación, los sujetos colectivos Pueblo de Dios-pueblos se unen a través de los contenidos de la fe en la dimensión religioso-moral de la cultura”.²⁹ Por eso Gera dice que “la fe cristiana... debe encarnarse en la religión del pueblo”.³⁰

Y en todo esto, las personas mayores tienen una vocación especial: tanto como ciudadanos entre su pueblo y como miembros bautizados del santo y Pueblo fiel de Dios, tienen un **papel insustituible en la experiencia y transmisión de la cultura, la fe, las tradiciones y valores humanos y religiosos**.

De hecho, en EG el Papa Francisco también introduce el concepto de “cultura”, que es muy importante cuando se piensa en la evangelización. “El ser humano siempre está culturalmente situado: “la naturaleza y la cultura están estrechamente vinculadas” (GS 53). “La gracia supone cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quienes la reciben” (EG 115).³¹

²⁸ Lucio Gera comprende *Lumen gentium* n. 13 refiriéndose al Pueblo de Dios que “se encarna” en los pueblos de la tierra: “Si... el Pueblo de Dios trasciende a todo pueblo, está llamado a *encarnarse* en todos los pueblos de la tierra... La Iglesia, Pueblo de Dios, transmite los pueblos y culturas la fe. Éstos, por la fe y el bautismo, entran a formar parte del Pueblo de Dios, con sus culturas, con sus modos propios de vivir la única y universal fe de la Iglesia...En su implantación en todo lo humano la Iglesia se ajusta a la *ley de la encarnación*. Entendemos por *encarnación* aquella relación de la Iglesia con los pueblos y con los hombres, por la cual asume lo que en ellos hay de válido...purifica lo negativo y eleva.” (Lucio GERA, “Pueblo, religión del pueblo e Iglesia,” *Teología* 27-28 (1976), 99-123, aquí: 112, énfasis agregado. También en: Azcuy, Galli y Marcelo González, eds., *Escritos Teológicos Pastorales de Lucio Gera 1*,” 717-744, aquí: 732).

²⁹ Carlos GALLI, “Epílogo: interpretación, valoración y actualización del pensamiento teológico de Lucio Gera (1956-1981),” en *Escritos Teológicos Pastorales de Lucio Gera 1*, ed. Azcuy, Galli y González, 867-924, aquí: 920.

³⁰ Lucio GERA, “Pueblo, religión del pueblo e Iglesia,” 119.

³¹ El texto también dice: “Se trata del estilo de vida que tiene una sociedad determinada, la forma peculiar en que sus miembros tienen que relacionarse entre sí, con otras criaturas y con Dios. Así entendida, la cultura abarca toda la vida de un pueblo (DP 386-387). Cada pueblo, en su evolución histórica, desarrolla su propia cultura con autonomía legítima (GS 36). Esto se debe al hecho de que la persona humana, “por su naturaleza, necesita absolutamente la vida social” (GS 25) y mantiene una referencia continua a la sociedad, en la que vive una forma concreta de relacionarse con la realidad” (EG 115).

En este horizonte de comprensión, es fácil de entender la importancia de las personas mayores, de las generaciones anteriores. Así como tienen una **misión cultural** dentro de cada pueblo, pueden colaborar en la misión evangelizadora. Dentro de un pueblo, la transmisión de valores culturales ocurre de generación en generación. Son nuestros padres y abuelos quienes nos transmiten los valores de nuestra cultura, la cultura de nuestro pueblo. En muchos de nuestros países, esta cultura también ha sido marcada por el mensaje del Evangelio. En este caso, al transmitir valores culturales, los padres y abuelos también transmiten valores cristianos. La sabiduría de nuestros mayores está cargada de elementos culturales y religiosos, parte de la tradición y la experiencia acumulada de todo un pueblo, que a menudo es también la experiencia del santo Pueblo fiel de Dios en medio de los pueblos de la tierra.

Como **testimonio personal**, puedo especificar el momento en que me di cuenta de la importancia de esta transmisión de fe, arraigada en las personas mayores. Era el segundo domingo de mayo, cuando se celebra el “Día de la Madre” en Brasil y me tocó hacer la homilía en la Misa de los Niños. Fue mi primera homilía sobre el tema, ya que todavía era diácono. En un esfuerzo por captar la atención de los niños, me atreví a preguntarles fuerte y claro: “¿Vosotros rezáis?” Y todos: “¡Sí!” Y, con la intención de rendir homenaje a las madres presentes, continué: “¿Y con quién aprendisteis a rezar?” Y, para mi sorpresa, en un coro casi ensayado, los niños respondieron con una sola voz: “¡La abuela!” Para deshacerme de la vergüenza, modifiqué: “¡Seguro! ¡La abuela es madre dos veces!”.

RAÍCES DE LA ESPIRITUALIDAD POPULAR

En su exhortación apostólica ***Christus vivit***, Francisco usa una bella imagen para referirse a la vocación de las personas mayores. Él habla de «árboles jóvenes, bellos, que elevaban sus ramas al cielo buscando siempre más, y parecían un canto de esperanza», pero que «después de una tormenta» están «caídos, sin vida. caídos, sin vida. Porque tenían pocas raíces, habían desplegado sus ramas sin arraigarse bien en la tierra, y así sucumbieron ante los embates de la naturaleza» (ChV 179). Todo el Capítulo 6 de su exhortación se titula “**Jóvenes con raíces**”, ya que es imposible proponer «a los jóvenes construir un futuro sin raíces, como si el mundo comenzara ahora» (ChV 179).

Las personas mayores tienen la vocación de ser raíces para las nuevas generaciones, **raíces históricas y culturales, pero también raíces existenciales**. Los jóvenes necesitan cimientos firmes para crecer, porque sin estas fuertes raíces, no pueden ser firmes en la vida, no tienen dónde sostenerse, aferrarse a valores y convicciones, se desarraigan fácilmente.

Quienes trabajamos con jóvenes percibimos de inmediato si provienen de una familia firme y estructurada que —incluso en medio de dificultades y pecados (porque ninguna familia es perfecta)— les ofrece seguridad existencial, raíces profundas o no.

Por otro lado, el Papa Francisco llama la atención de los jóvenes para que no se dejen sacar de la **tierra de sus** antepasados. Ignorando la historia, dejando de lado la “experiencia de más mayores”, rechazando la “riqueza espiritual y humana que se ha ido transmitiendo a través de las generaciones” y mirando solo al futuro es exponerse a la manipulación de las ideologías de cambio (cfr. ChV 181). Por eso el Papa exhorta: “hacerse cargo de las raíces, porque de las raíces viene la fuerza que los va a hacer crecer, florecer y fructificar”.³²

La globalización, junto con sus muchos efectos positivos, puede en muchos contextos conducir a diferentes “formas de colonización cultural, que desarraigan a los jóvenes de la pertenencia a las realidades culturales y religiosas de las que provienen” y generan una pérdida real de identidad cultural y religiosa (cfr. ChV 185). En este contexto, los padres y abuelos (los mayores en general) tienen la **misión de transmitir, de manera amigable**, sin generar rechazo, la memoria, la riqueza viva del pasado, el bagaje cultural de la sociedad donde viven, la belleza espiritual de la fe en la que han crecido. Este es “un verdadero acto de amor” (ChV 187) para las nuevas generaciones.

Este acto de amor expresa una verdadera vocación para las personas mayores como “guardianes de la memoria” y, como tales, **raíces del santo Pueblo fiel de Dios entre los pueblos de la tierra**. De esta manera, ayudan a otros a estar “bien arraigados en el presente y, desde aquí, frecuentar el pasado y el futuro: frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas”. (ChV 199).

Ser raíz **no significa estar atrapado en el pasado**, como un ancla que no deja que el barco navegue, sino tener un punto de arraigo para responder a los desafíos del presente. No sirve mirar con nostalgia el pasado, sino aprender del pasado para enfrentar el presente y el futuro, “asumir con realismo y amor nuestra cultura y llenarla de Evangelio” (ChV 200), ya que las

³² FRANCISCO, *Videomensaje para el Encuentro Mundial de la Juventud Indígena en Panamá (17-21 enero 2019)*. Citado en ChV 186.

personas mayores participan de la misión evangelizadora por el momento, no están llamados a cruzarse de brazos y observar la vida que pasa. Ellos también están llamados a “bajar del balcón” y, con la sabiduría acumulada a lo largo de los años, a dar testimonio del Evangelio.

“Me imagino a los ancianos”, declaró una vez el Papa Francisco, “como **el coro permanente de un importante santuario espiritual**, en el que las oraciones de súplica y los cantos de alabanza sostienen a la comunidad entera que trabaja y lucha en el terreno de la vida”³³. Por lo tanto, llenar la cultura de un pueblo de evangelio, como un verdadero santuario espiritual, es lo que sucede cuando una abuela le enseña a su nieto a rezar, cuando invita a la familia a peregrinar a un santuario, cuando les recuerda la importancia de rezar el rosario o hacer la novena de Navidad. De hecho, las expresiones de la religiosidad popular son formas muy concretas de espiritualidad particularmente presentes en la vida de los mayores (aunque no solo de ellos), que constituyen formas privilegiadas de transmisión cultural de la memoria y expresión de las raíces profundas del santo Pueblo fiel de Dios.

En realidad, cuando la cultura de un pueblo está impregnada de expresiones religiosas, la fe se transmite naturalmente, casi por “ósmosis cultural”. Lejos de ser algo negativo, como piensan algunas personas que se consideran a sí mismas “teológicamente ilustradas”, las formas de religiosidad popular pueden expresar una **verdadera espiritualidad y mística de las personas santas y fieles arraigada culturalmente**.

Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* (1975) trató por primera vez en un documento pontificio el tema de la piedad popular, y lo hizo con una perspectiva muy positiva y equilibrada. El Papa incluyó la **piedad popular entre las “formas” o medios de evangelización**, diciendo que esta realidad “no puede hacernos insensibles” (EN 48). Sus expresiones, “consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado” (EN 48).³⁴ Bien orientada, la “piedad popular” o “religión popular” es más que una simple religiosidad y puede significar “cada vez más,

³³ Cfr. Antonio SPADARO (ed.), *La sabiduría del tiempo. En diálogo con el Papa Francisco sobre las grandes cuestiones de la vida* (Venecia 2018). Citado en ChV 196.

³⁴ EN 48 primero considera los posibles límites y deformaciones de la religiosidad popular (supersticiones, sectarismo, falta de verdadera adhesión a la fe y a la comunidad eclesial), y luego resalta sus “muchos valores”, ya que “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”, expresa “generosidad y sacrificio al heroísmo”, un “sentido profundo de los atributos fundamentales de Dios: paternidad, providencia, la presencia amorosa y constante”, y genera “actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción”.

para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo” (EN 48). El Papa Francisco ha dicho a menudo que *Evangelii nuntiandi* ha dado un paso importante al hablar no solo de la *religiosidad*, sino de la piedad popular. Y destaca que el Documento de Aparecida dio un nuevo paso, cambiando dos palabras. Comenzamos a hablar de la piedad popular (el Papa habla en plural porque colaboró activamente en esta parte del documento) de espiritualidad popular y mística.³⁵

El Documento de Aparecida presenta las expresiones concretas de esta **“espiritualidad popular”**, una palabra que no es neutra, ya que se refiere a la acción del Espíritu de Dios en ella. El documento valora las peregrinaciones a los santuarios³⁶ y las expresiones sensibles de piedad, como miradas, besos y toques en imágenes sagradas (DA 265). El peregrino vive así la experiencia de la trascendencia de Dios y de la Iglesia (DA 260), y se convierte en misionero, ya que la peregrinación es “un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia” (DA 264).

El texto deja en claro que la piedad popular no es una “espiritualidad de masas”, sino una lucha diaria (DA 261), ya que es una forma legítima de **espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos** (DA 263), una forma propia de vivir la fe, de sentirse parte de la Iglesia y ser misioneros (DA 264). Por todo esto, “no podemos devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios” (DA 263). De ahí la importancia de “aprovechar al máximo el rico potencial de santidad y justicia social que contiene la mística popular” (DA 262). Se observa que el acento (del documento) no se coloca en la purificación y modificación de la religión de las personas, sino en su potencial misionero. El Papa Francisco asume toda esta visión en *Evangelii gaudium* 122 a 126, cuando discute el poder evangelizador de la piedad popular.³⁷

Para la teología que está detrás de estas declaraciones, también conocida hoy como “Teología del pueblo”, las experiencias religiosas de un pueblo (ritos,

³⁵ FRANCISCO, entrevista concedida al autor el 6 de septiembre de 2015, en la Casa Santa Marta.

³⁶ “Destacamos las peregrinaciones, donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor... Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual” (DA 259).

³⁷ Para profundizar en estos temas: Alexandre Awi Mello, *María-Iglesia: Madre del Pueblo Misionero. El Papa Francisco y la piedad popular mariana a partir del contexto teológico-pastoral latinoamericano*. Buenos Aires: Ágape, 2019, 484-489.503-513.

fiestas, costumbres) no son un caos irracional, sino un conjunto simbólico coherente, a través del cual su busca lo sagrado. Para evangelizar **la Iglesia, debe alcanzar este núcleo simbólico, religioso-cultural del pueblo**, es allí “donde la Iglesia debe implantar la fe”.³⁸

Los mayores, raíces del santo Pueblo fiel de Dios, son especialmente guardianes de esta espiritualidad popular. Por lo tanto, en el contexto de nuestra reflexión, se trata de **(re)valorizar el papel que tienen las personas mayores en la transmisión de esta espiritualidad**, que no debe considerarse secundaria en la experiencia religiosa del santo Pueblo fiel de Dios.

Sin embargo, es importante hacer una observación final sobre este tema. Sería un error **reducir lo “popular”** solo a los pobres o como sinónimo de “población”, —como se dice en Brasil “povão”—. Sin lugar a dudas, la espiritualidad popular “refleja en sí misma cierta sed de Dios, que solo los pobres y los sencillos pueden experimentar” (EN 48). Pero precisamente este debe ser el acento: el corazón pobre y sencillo, que no depende de la condición social. Quien tiene el corazón de un pueblo, que tiene el “placer espiritual de ser pueblo” (EG 268-274), que está arraigado en el santo Pueblo fiel de Dios, tiene la sensibilidad necesaria para comprender, apreciar y cultivar naturalmente la espiritualidad popular que acabamos de describir.

Las expresiones de la “fe popular” que, en general, viven las personas simples y pobres, **“manifiestan la misma experiencia de otros “sectores” del mismo Pueblo de Dios, ni tan “populares” ni tan pobres”**,³⁹ dijo el jesuita Miguel Ángel Fiorito, gran inspirador del Papa Francisco. Dijo que cuando rasca las paredes de los elegantes apartamentos en el barrio norte de Buenos Aires, a menudo se encuentra la simple fe del Pueblo fiel de Dios.⁴⁰ Por ejemplo, los **santuarios marianos** —en particular aquellos que son más significativos para un pueblo— dan testimonio del hecho de que la casa de la Madre es el hogar de todos.⁴¹

³⁸ GERA, “Pueblo, Religión del Pueblo e Iglesia,” 119.

³⁹ FIORITO, “Signos de los tempos,” 8-9.

⁴⁰ “El dinero, la posición social, el ‘status’ —el ‘tener’, en sus variadas formas— hacen con frecuencia olvidar el ‘ser’ cristiano; pero ‘al rasgar la pintura, aparece el rancho’”, recordaba el P. Fiorito ya en la década de 1970, refiriéndose al hecho de que la mayoría de los argentinos son hijos de un pobre criollo o hijo de un inmigrante pobre: la *fe común* que se vivía en ese momento como parte de un pueblo era un factor aglutinante y decisivo en la integración nacional. (cfr. Miguel Ángel Fiorito, “Signos de los tempos en pastoral y en espiritualidad,” *Boletín de Espiritualidad* 35, octubre 1974, 9.)

⁴¹ Por esta razón, en Luján, el cardenal Bergoglio se refirió a María como la Madre de todos los argentinos: “Con este modo simple, de encuentro y silencio armó nuestra Madre el santuario: esta es la Casa de los argentinos. La Patria, aquí, creció con la Virgen; la Patria aquí tiene a su madre.” (“Homilía en Luján con ocasión de la celebración del Bicentenario,” 8 mayo 2010). Y en Aparecida, el Papa se refirió a Nuestra Señora

RAÍCES DE LA SABIDURÍA POPULAR

Como portadores de la espiritualidad popular, las personas mayores expresan su vocación de ser raíces también de la sabiduría de todo un pueblo. En *Christus vivit*, el Papa recordó la importancia de estar “abierto a recoger una sabiduría que se comunica de generación en generación” (ChV 190), porque la ruptura entre las generaciones no beneficia a nadie: “Son cantos de sirena de un futuro sin raíces, sin enraizamiento. Es la mentira que quiere hacerte creer que solo lo nuevo es bueno y hermoso. La existencia de relaciones intergeneracionales supone que, en las comunidades, tenemos una memoria colectiva, ya que cada generación retoma las enseñanzas de quienes la precedieron, dejando así una herencia a sus sucesores. Esto constituye marcos de referencia para apoyar sólidamente una nueva sociedad. Como dice el dicho: ‘Si el joven supiera y el viejo pudiera, no habría nada que no pudiera hacerse’” (ChV 191).

Como el tema del **diálogo intergeneracional** ya se ha tratado ampliamente en este congreso, no entraré en detalles. Aquí es importante abordar el tema desde la perspectiva de la “sabiduría de la vida” que se transmite entre generaciones. Por lo tanto, nuestro cuidado pastoral debe ayudar a las personas mayores a recordar y contar sus experiencias y sueños, sin la intención de imponerlos, sino como una **oferta de significado y el fruto de la sabiduría vivida**. Se trata de reafirmar el sueño de bendición y felicidad que tienen para sus hijos, nietos y todas las generaciones futuras de nuestra sociedad, porque en la vida necesitamos esta sabiduría, que “no se puede limitar dentro de los límites impuestos por los recursos de comunicación actuales” (ChV 195).

En este contexto, debemos considerar el **valor de la sabiduría popular**, muy presente en esta transmisión religioso-cultural de las personas mayores a las generaciones que la siguen. La sabiduría popular es clave como mediación entre la fe del pueblo y una pastoral inculturada. **El conocimiento sapiencial no reemplaza al conocimiento científico, sino que lo sitúa existencialmente, lo complementa y lo confirma**. Es un conocimiento a través de la “co-naturalidad”. Scannone fue uno de los grandes promotores de esta reflexión.⁴², como él mismo afirma: “Un punto clave para mí siempre ha

como la Madre de todos los brasileños: “¡Qué alegría venir a la casa de la Madre de todo brasileño, el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida!” (Homilía en la Basílica de Nuestra Señora Aparecida”, 24 julio 2013).

⁴² Juan Carlos SCANNONE, *Sabiduría popular, símbolo y filosofía: diálogo internacional en torno de una interpretación latinoamericana* (Buenos Aires: Guadalupe, 1984); Juan Carlos SCANNONE, “Sabiduría y teología inculturada”, *Stromata* 35 (1979): 3-18; Juan Carlos SCANNONE, *El sujeto comunitario de la espiritualidad y mística populares*, *Stromata* 70 (2014): 183-196.

sido la revalorización teológica y filosófica de la piedad y la sabiduría popular, cuando se trata de una sabiduría auténtica, asegurada por un discernimiento evangélico y totalmente humano”.⁴³ Según él, tenerlo en cuenta es un gran desafío para la Iglesia dentro y fuera de América Latina.

Esta contribución de la Teología del Pueblo fue asumida en **Puebla**, precisamente en la sección sobre “Evangelización de la Cultura”, escrita por Lucio Gera. Se puede hablar de **cinco características de la sabiduría popular**, tal como aparecen en Puebla: En primer lugar, se la describe como *contemplativa*, con un “profundo sentido de trascendencia y, al mismo tiempo, de cercanía a Dios” (DP 413). En segundo lugar, es visto como un “*humanismo cristiano*”, ya que afirma la dignidad humana, la fraternidad, el vínculo con la naturaleza y el trabajo, y que incluso tiene sentido para “alegría y humor, incluso en medio de una vida muy dura” (DP 448; cfr. DP 413). En tercer lugar, la sabiduría popular se expresa especialmente en la *religiosidad del pueblo*, ya que mantiene un acervo de valores que hace que los miembros del pueblo respondan con sabiduría cristiana a las grandes preguntas de la vida (cfr. DP 448). Cuarto, la sabiduría católica popular es capaz de llevar a cabo una “*síntesis vital*”, uniendo “lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria, inteligencia y afecto” (DP 448). Y finalmente, una quinta característica es el *discernimiento* que esta sabiduría proporciona a la gente, una especie de “instinto evangélico” (DP 448), en línea con lo que LG 12 llama *sensus fidelium*.⁴⁴

Me gustaría destacar esta **capacidad de síntesis vital del pensamiento popular católico**. Por ejemplo: unir a Cristo y María es algo que no es difícil para la forma orgánica y unitaria de pensar del Pueblo fiel. Es por eso que Puebla indica que María “es el punto de unión entre el cielo y la tierra” y sin ella el Evangelio “está desfigurado y transformado en ideología, en racionalismo espiritualista” (DP 301).

Incluso antes de Puebla, el equipo de reflexión teológico-pastoral del CELAM constató: “Es bien sabido que los **grupos intelectuales en Occidente** sufren una parálisis de su capacidad de síntesis y pensamiento dicotómico, dissociativo, atomizando la cultura y la existencia humana misma”⁴⁵. Es la forma de pensar que la teología argentina (y el actual pontífice) lo llamaría una cultura “ilustrada”. Por otro lado, “la cultura popular brilla por

⁴³ Juan Carlos SCANNONE, *Aportaciones de la teología argentina (II)*, 27.

⁴⁴ Para profundizar en estos temas: Alexandre AWI MELLO, *María-Iglesia: Madre del Pueblo Misionero*, 820-826.

⁴⁵ Equipo de reflexión teológico-pastoral del CELAM, *Pueblo: temas y opciones claves*, abril de 1978, citado en ALLIENDE, *La cuestión mariana*, 428.

su capacidad de sentir y pensar de manera sintética y sapiencial, orgánica y vital. Por lo tanto, para la gente, las oposiciones radicales tan comunes en las élites seculares son extrañas”.⁴⁶

La sabiduría popular y, con ella, la religiosidad o espiritualidad popular, por instinto evangélico y gracias a la **infallibilidad otorgada por el *sensus fidelium***, “no opone la acción a la contemplación, el compromiso a la devoción, la jerarquía al Pueblo de Dios, Cristo a María, la fe a la religión, la salvación a la liberación, sino que los integra en una síntesis vital que supone un impulso insustituible en la acción pastoral “⁴⁷

Las personas mayores **tienen una habilidad especial** para expresar esta síntesis vital, ya que se mueven existencialmente en un tiempo de síntesis, en relación tanto con su vida personal como con su entorno. “Las personas mayores tienen sabiduría”, dice Francisco tantas veces. Y continúa: “Se les ha confiado una gran responsabilidad: transmitir su experiencia de vida, su historia familiar, la historia de la comunidad, de las personas”.⁴⁸ “Si los dejamos de lado, perdemos el tesoro de su sabiduría”, insiste el Papa. “Echamos de menos la sabiduría de las personas que no solo se han mantenido firmes con el tiempo, sino que han mantenido su gratitud en sus corazones por todo lo que han vivido”. Por eso es importante que compartan su sabiduría, porque “nuestros mayores tienen un depósito de sabiduría para nuestra sociedad. Prestar atención a nuestras personas mayores da forma a nuestra vida juntos”.⁴⁹

A modo de conclusión: María e Isabel, imagen femenina para una Pastoral de las personas mayores.

Me gustaría concluir esta reflexión con una imagen bíblica. La **joven María** de Nazaret, tan pronto como se dio cuenta de su misión, no dudó en “levantarse e irse rápidamente” (cfr. *Lc* 1,39) para servir a su prima Isabel. Y ella, a su vez, no consideraba que su edad fuera un impedimento para convertirse en protagonista y cumplir su vocación en el plan de Dios.

María entrega su fuerza joven para ayudar a su prima, hace gestos de amor y caridad, transmite a Isabel alegría, esperanza, la fuerza del Espíritu Santo y, sobre todo, la presencia de Jesús, quien hace saltar a Juan de alegría;

⁴⁶ CELAM, *Pueblo: temas y opciones claves*, citado en ALLIENDE, *La cuestión mariana*, 428.

⁴⁷ CELAM, *Pueblo: temas y opciones claves*, citado en ALLIENDE, *La cuestión mariana*, 428.

⁴⁸ FRANCISCO, 12 de diciembre de 2017, citado en: Pope Francis and friends. *Sharing the wisdom of time*. Chicago: Loyola Press, 2018, iii.

⁴⁹ FRANCISCO, *Sharing wisdom: the beginning of a new alliance*, en: Pope Francis and friends. *Sharing the wisdom of time*, 11.

ella permanece allí durante tres meses, atendiendo todas las necesidades de esa familia día y noche. Pero en ese encuentro de corazones, María también recibe mucho de Isabel, es evangelizada por ella. Isabel profetiza y confirma la misión de María, la “creyente”, la que creyó: “Bienaventurada la que ha creído” (Lc 2,42). Eres la “Madre de mi *Kyrios* (κύριος)” (Lc 2,43), palabra griega correspondiente al hebreo Adonai —Señor—, reservada para Yahvé.

Isabel, con esa profunda sabiduría y espiritualidad, típica del pueblo de Israel, de los *anawin* de Yahvé, confirma aquello que el ángel Gabriel había anunciado a María, evangeliza a María y la hace más consciente de su misión. El fruto del encuentro es el **Magnificat, la canción de un pueblo**, una verdadera síntesis de la historia de la salvación, colocada por Lucas en los labios de María y que, unos pocos manuscritos antiguos, incluso puso en los labios de Isabel, lo que indica que esas palabras, en cuanto que es exaltación de la obra de Dios, podrían haber surgido **tanto de la joven como de la anciana**, porque en la comunión eclesial generada entre ellas, ambas son anunciadoras de la salvación de Dios.

La joven **María** se convierte así en una **imagen de la Iglesia que sirve a las personas mayores**, con prontitud y generosidad, y la anciana **Isabel** se convierte en **imagen de una Iglesia formada por personas mayores protagonistas de la evangelización**, que cuenta con la sabiduría y la espiritualidad de las personas mayores y se apoya en su experiencia de fe y de vida. Una Pastoral para las personas mayores que las sirve y vive de su fuerza evangelizadora.

Finalmente, no es secundario que ambos personajes bíblicos sean **mujeres**. El Papa Francisco a menudo ha enfatizado la importancia de ser mujer en la **Iglesia**, que es **Madre y Mujer**. Una Iglesia “madre con un corazón abierto” (EG 46-49), que, “al igual que María, también ella es mujer y madre, la Iglesia es mujer y madre, y en la Virgen encuentra sus rasgos distintivos [...]. Porque la Iglesia tiene el corazón de una madre”.⁵⁰ El ser femenino de María e Isabel es una imagen de una acción pastoral con rasgos y actitudes **femeninas y maternas**, como el cuidado, la misericordia, la bienvenida, el amor y tantas virtudes fácilmente reconocibles en los rostros de nuestras madres y abuelas, expresiones cariñosas del rostro materno de Dios, siempre atento a sus hijos más necesitados.

⁵⁰ FRANCISCO, *Homilía en la solemnidad de Santa María Madre de Dios*, 1º de enero de 2020.

A LA VEJEZ NECESITAMOS INVENTARLA

Mario Noguer
Caritas – Chile

Muy buenas tardes mi nombre es Mario Noguer Fernández soy asistente social y el Encargado Nacional de la Pastoral para las personas mayores en Chile. Para iniciar la presentación, quisiera partir diciendo que vengo de Chile un país lejano, que en el último tiempo se ha visto convulsionado y dentro de las demandas de los movimientos sociales aparece como uno de los principales temas las pensiones de las personas mayores; creo ser el único chileno presente en este primer Congreso Internacional de las personas mayores, lo que representa una gran responsabilidad, lo primero que quiero decirles es que el trabajo que desarrollamos desde la Pastoral de las personas mayores se origina en la década de los años 70, en esas fechas están los primeros registros de los inicios del trabajo con ancianos que se acercaron a las parroquias en búsqueda de un espacio de acogida y participación, por lo que Caritas Chile es la primera institución que promueve el trabajo con las personas mayores a nivel nacional, en el año 2004 recibe el mandato de la Conferencia Episcopal de Chile de coordinar a nivel nacional el trabajo con las diócesis del país, lo que demuestra la preocupación de la Iglesia por las personas mayores.

Chile es un país donde las personas mayores viven situaciones de pobreza, exclusión y abandono, discriminación, prejuicios y violencia, para mejorar estas condiciones trabajamos en la organización de los propios mayores para exigir al Estado tome las acciones necesarias para mejorar estas situaciones que están vulnerando los derechos y la dignidad de los mayores. Por esto la sociedad y el Estado Chileno poseen una gran deuda con este importante grupo de la población, es el propio Estado el que debe buscar los mecanismos para mejorar las condiciones de quienes sufren en mi país, para eso es fundamental contar con una sociedad organizada que pueda presionar al Estado para actuar con rapidez en la búsqueda de soluciones, no hay que olvidar que en Chile quienes ejercen el derecho al voto son los mayores, actualmente es el grupo que más concurre a sufragar y la mayoría de los políticos ya se dieron cuenta; por lo que la organización es la respuesta a la cultura del descarte y la exclusión.

El Papa san Juan Pablo II en una carta enviada al presidente de la II Asamblea Mundial sobre envejecimiento Madrid 2002 realiza algunas

sugerencias que pueden ayudar a entender o pensar en cómo podemos reinventar la vejez, creo que para poder hacer esto debemos tener primero que nada un cambio de mirada sobre la vejez, tenemos que entender que el envejecimiento es parte del ciclo vital de los seres humanos y no solo algo que sucede desde los 60 años de edad en adelante, con esto quiero decir que el tema del envejecimiento es algo que compete a todas las generaciones y no solo a quienes envejecen. San Juan Pablo II en su carta nos plantea a los mayores como custodios de la memoria colectiva, ellos son quienes representan nuestro pasado y nuestro presente, nosotros somos producto del esfuerzo y del trabajo que nuestros mayores realizaron y transmiten la experiencia y el conocimiento que las nuevas generaciones tenemos que considerar. La otra idea que nos plantea es que seamos capaces de trabajar las relaciones entre las generaciones, pensar o reinventar la vejez requiere que podamos trabajar en conjunto, pensar esta pastoral dentro de una pastoral orgánica como parte y no aparte, dentro de un trabajo junto a otras pastorales, también nos plantea que el valor económico no es el único ni el más importante, sin duda es muy interesante este concepto ya que en nuestra sociedad muchas veces ponemos a la vejez necesitamos inventarla por delante de cualquier cosa el valor económico como centro y nos olvidamos del valor de la gratuidad, las personas mayores en la actualidad son quienes mantienen muchas de las acciones de la Iglesia, yo crecí en una Iglesia que me enseñó que el futuro de ella son los jóvenes, quienes son muy importantes para nuestra sociedad, pero hoy podemos demostrar que el futuro de la Iglesia son las personas mayores. Solo debemos mirar una Eucaristía y darnos cuenta que el porcentaje de mayores es cercano al 90%, son ellos nuestros agentes pastorales en muchas parroquias, son los voluntarios, los que recolectan el 1%, los que nos entregan información relevante cuando nos toca vivir una catástrofe natural, ya que conocen la historia y lo que sucedió en anteriores situaciones, entonces todo lo que acumulan y entregan a través de su servicio si tuviéramos que valorarlo, sería de muchos recursos disponibles y no desde lo económico. La última idea que nos plantea es crear una sociedad inclusiva desde el principio de la solidaridad, actualmente las personas mayores se encuentran en búsqueda del sentido de la vida y sería interesante trabajar con ellos a partir de los 60 o 65 años un nuevo proyecto de vida vinculado a la solidaridad y el amor al prójimo, una sociedad inclusiva desde la solidaridad es lo que muchos de ellos buscan, necesitan darle un sentido a esta parte de la vida y tenemos en ellos un tremendo potencial. Recuerdo una experiencia con un sacerdote en una diócesis que había vivido un terremoto, él nos planteó que el único problema en la parroquia era que tenía solo viejos y nosotros le preguntamos que esto podría en realidad ser una

oportunidad, con esto quiero demostrar que en general existe una imagen negativa de la vejez y eso es algo que tenemos que cambiar para reinventar la vejez.

El Papa Francisco también nos orienta de forma interesante cuando nos habla de la cultura del descarte: “La economía se mueve por el afán de tener más y, paradójicamente, se alimenta una cultura del descarte. Se descarta a los jóvenes cuando se limita la natalidad. También se descarta a los ancianos porque ya no sirven, no producen, es clase pasiva...” Con esto nuevamente se demuestra cómo se mira la vejez, desde una lógica de producir y no se considera los aportes que los mayores continúan realizando al resto de la sociedad, pareciera ser que la mayoría de la sociedad no ve o no considera el aporte que ellos continúan realizando, es necesario volver a mirar con otros ojos lo que pensamos sobre la vejez y rescatar la entrega de la que soy testigo presencial, en los mayores es donde veo reflejado con mayor profundidad el amor al prójimo, ya que son ellos mismos quienes se encargan de ayudar al que necesita ser escuchado, acompañado o abrazado.

En Chile los niveles de envejecimiento son muy altos, hoy representan aproximadamente el 17% de la población del país y con claridad superaron los cálculos estadísticos proyectados, la tasa de natalidad disminuyó sustancialmente y la esperanza de vida en promedio entre hombres y mujeres es de 79 años, entendiendo que la mujer vive más años y muchas veces en peores condiciones de salud y económicas.

Frente a esta realidad ¿Qué sería la pastoral de las personas mayores en Chile?

La definimos como el servicio que la Iglesia Católica desarrolla con, para y desde las personas mayores para promover el reconocimiento de su Dignidad de Personas, hijos e hijas de Dios y sus derechos como tales, a través de la generación de espacios para el desarrollo personal y la espiritualidad, la construcción de una imagen social positiva de la vejez y el envejecimiento, el fortalecimiento de su activa participación social como protagonistas de su desarrollo y la valoración de su aporte a la Iglesia, la Familia y la Sociedad.

Para desarrollar esto trabajamos en las siguientes líneas de acción:

- Apoyamos la formación y funcionamiento de la organización de personas mayores, tanto de grupos de origen eclesial como de la sociedad civil, en esta línea creemos necesario trabajar en conjunto con personas mayores de la sociedad civil, de esta forma podemos desarrollar acciones en conjunto para influir en las autoridades del

Estado para mejorar las condiciones de quienes se encuentran en peores circunstancias.

- Promovemos una imagen positiva de la vejez y del buen trato a través de campañas y el concurso literario para personas mayores, entendemos el buen trato como un ejercicio cotidiano y no solo como la conmemoración de un día en el año, por lo que realizamos campañas a través de distintos medios de comunicación para tomar conciencia de cómo tratamos a nuestros mayores. A través del concurso literario para personas mayores “Líneas de Vida” que es una iniciativa que abre las puertas a los mayores para soñar, amar, vivir y enfrentar su mundo interior con toda la pasión a través del rescate de sus escritos y poesías. Uno de los principales objetivos de éste es fomentar la creatividad. A través de esta iniciativa, se trabaja para cambiar la imagen negativa de la vejez valorizando el aporte de las personas mayores a través del rescate de sus escritos en forma de narraciones de cuentos, historias y poesías, como una contribución a las nuevas generaciones.
- Promovemos la formación y capacitación de adultos mayores a través de nuestro programa de formación “El Buen Envejecer, elementos desde la gerontología social”. Es necesario que las personas mayores se preocupen por conocer y entender los asuntos que los afectan, las cosas que les preocupan, los hechos que pasan y ocurren en nuestra sociedad. El no estar informados, el mantenernos ajenos a la realidad o apáticos frente a los hechos, sucesos, da lugar a que las autoridades nos traten y consideren como ellos quieran, por eso formarnos, tener una opinión sobre los temas que nos afectan nos permite actuar según nuestras ideas, valores y convicciones, construir seguridades alternativas como redes, para ir creando un nuevo tejido social de solidaridad y ayuda que se contraponga con la cultura del descarte tal como nos invita el Papa Francisco, donde las personas mayores aparecen como descartados porque ya no sirven, no producen, es clase pasiva, El Papa san Juan Pablo II fue claro ante la Unión de Movimientos Interdiocesanos de Personas Mayores en Italia en 1984: “Vosotros no sois, ni debéis sentirnos al margen de la vida de la Iglesia, elementos pasivos en un mundo en excesivo movimiento, sino sujetos activos de un periodo humano y espiritualmente fecundo de la existencia humana. Vosotros tenéis una misión que cumplir. Vosotros

tenéis una aportación que dar”. Y el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia en el número N° 191, nos dice: “La superación de los obstáculos culturales, jurídicos y sociales que con frecuencia se interponen, como verdaderas barreras, a la participación solidaria de los ciudadanos en los destinos de la propia comunidad, requiere una obra informativa y educativa”. El Papa Francisco ha hecho un fuerte llamado a terminar con la “cultura del descarte”, dentro de la cual, los Adultos Mayores aparecen como un grupo abandonado, desechado, sobrante, maltratado por la sociedad. Desde esta reflexión nos interpela a caminar desde la formación como posibilidad de conocer, aprender y reflexionar para cambiar la cultura del descarte por una cultura de la solidaridad, tal como Jesús invita a Nicodemo a nacer de nuevo a pesar de ser viejo a través del Espíritu Santo.

- Generamos espacios de reflexión e intercambio con otros organismos nacionales e internacionales, participamos en instancias del Estado como el Comité Consultivo del Servicio Nacional del Adulto Mayor *Semana*, como una forma de dar a conocer el trabajo desarrollado desde la Iglesia en el ámbito de las personas mayores, también fuimos invitados por la primera Dama de la República a participar del Consejo Ciudadano para mayores donde participan los actores de la sociedad civil que desarrollan trabajo con mayores, distintas organizaciones no gubernamentales, agrupaciones y asociaciones de personas mayores para hacer propuestas a las políticas públicas que se elaboran para este grupo de la población, además de participar en encuentros Latino Americanos y del Caribe sobre la evaluación del plan mundial de Madrid 2002 y el seguimiento a los acuerdos asumidos por los Estados partes.

Para ir concluyendo la presentación solo queda insistir en algunos puntos que nos permitan reinventar la vejez, lo primero es que debemos cambiar la mirada sobre la vejez, eso es fundamental para poder entender que las personas mayores continúan aportando a nuestra sociedad, a nuestros países, nuestras familias y a nuestra Iglesia. “En la vejez seguirá dando frutos, se mantendrá lozano y frondoso, para proclamar qué justo es el Señor, mi roca, en quien no existe la maldad” (*Sal 92,15-16*).

Las personas mayores son un aporte a nuestras familias y comunidades, ellos son a quienes les debemos respeto ya que somos lo que somos gracias al esfuerzo y el trabajo que ellos realizaron, nuestra historia, lo que somos hoy, es

lo que ellos pudieron hacer y entregarnos. Una de las razones de la longevidad de acuerdo a un reportaje de la Televisión chilena en la isla de Cerdeña, menciona tres elementos uno es la actividad física como fundamental, el tipo de alimentación y el último es el sentido que tiene esa persona para la comunidad como un elemento muy importante, por lo que nuestras comunidades parroquiales son un elemento de encuentro y búsqueda de sentido para muchas personas mayores.

El trabajo con las personas mayores hay que considerarlo de una manera orgánica, no como acciones aparte del resto de la pastoral, sino como una acción en relación con las distintas pastorales que se desarrollan en cada una de nuestras diócesis, dándole un sentido de trabajo conjunto. En el trabajo que desarrollamos uno de los aspectos más profundos que veo reflejado en las distintas acciones que me toca ver en Chile es el amor al prójimo, cada uno de ellos actúa solidariamente y con un profundo espíritu de solidaridad, apoyándose, acompañando a quienes se encuentran con dificultades, trabajando por otros y aportando en la construcción de la sociedad.

Lo último es que esta pastoral de las personas mayores se define como una pastoral del abrazo, de la comunión, de la acogida, escucha y acompañamiento. Las personas mayores en la vejez seguirán dando frutos, necesitamos valorar, reconocer sus aportes y desarrollar una sociedad para todas las edades.

Muchas gracias.

Tesoros nuevos y viejos. Inventar la vejez en la tradición católica

Peter Kevern

Staffordshire University

¿Cuándo fue la última vez que alguien te dijo: “Es hermoso ser mayor”? Estas palabras del Papa Benedicto serían un desafío y una provocación para nosotros: “¡Es bello ser anciano! [...] *La calidad de una sociedad, quisiera decir de una civilización, se juzga también por cómo se trata a los ancianos*”.⁵¹

Son un desafío porque, si somos honestos, debemos admitir que a menudo no reconocemos la belleza de ser mayor. Tal vez por esa razón, vemos la vejez como un problema y una amenaza para nuestra sociedad.

En lugar de algo digno de verse, en las sociedades occidentales contemporáneas, el creciente número de personas mayores es visto como un “tsunami gris” que amenaza con abrumar nuestras cómodas vidas. En esta imagen, las personas mayores no tienen individualidad, ni dignidad; presenta a las personas mayores solamente como un problema. Son retratadas como necesitadas y exigentes, como una masa repulsiva que toma de la sociedad, pero no da.

Cuando observamos esta imagen, percibimos lo asustada que está nuestra sociedad a causa de las personas mayores; lo atemorizados que podemos estar de llegar a mayores nosotros mismos; y consecuentemente, cómo podemos llegar a ser inhumanos con las personas mayores. Nos minimiza nuestro miedo a la vejez, nuestros corazones se encogen ante ella. Nuestro miedo nos deja, en palabras del Santo Padre, “infectados por el virus de la muerte”:⁵² la vida misma se ha convertido en una maldición, un problema para nosotros.

Esta es una de las razones por las que es tan importante encontrar una nueva visión de lo que supone ser mayor. Recibimos un gran regalo con las personas mayores, pero nuestros corazones y nuestra imaginación no son lo suficientemente grandes como para abrazarlo con alegría y esperanza. O, como dijo el Papa Francisco en una audiencia en 2015, “gracias a los progresos de la

⁵¹ BENEDICTO XVI, Visita a la casa-familia “Viva los ancianos” de la Comunidad de San Egidio, 12 de noviembre de 2012.

⁵² FRANCISCO, Audiencia general, 4 de marzo de 2015.

medicina la vida se ha alargado, pero la sociedad no se ha ‘abierto’ a la vida”⁵³. Para afrontar este reto y dar vida y esperanza a nuestra sociedad, debemos comenzar por penetrar profundamente en la sabiduría de nuestra tradición. Debemos expandirnos nosotros mismos a la vida y dar nueva vida a los demás a través de la visión que podemos ofrecerles.

Así, como cristianos, como católicos y como teólogos, ¿qué visión de la vejez debemos ofrecer a un mundo necesitado y temeroso? Debemos preguntar a las propias personas mayores, porque ellas son las expertas. Por este motivo el Papa Francisco les dijo específicamente: “Este período de la vida es distinto de los anteriores, no cabe duda; debemos también un poco ‘inventárnoslo’, porque nuestras sociedades no están preparadas, espiritual y moralmente, a dar al mismo, a este momento de la vida, su valor pleno”.⁵⁴ Así que no me siento calificado para proporcionar una visión de la vejez; pero lo que sí que puedo hacer aquí es ofrecer tres ideas acerca de la riqueza de nuestra fe que, de diferentes maneras, el Santo Padre ha traído recientemente a nuestra atención. Mi esperanza y mi oración es que contribuyan a nuestro trabajo para ofrecer al mundo una visión más amplia, una visión que expanda la vida y que traiga esperanza y aliento en lugar de miedo.

1. La primera visión es *la visión de la vida eterna*. Ustedes estarán familiarizados con las imágenes de ‘las siete edades del hombre’, que muestran la evolución de una persona a lo largo de su vida. Esta comprensión de la vida está profundamente imbuida en nuestra cultura, pero es una imagen peligrosa en la actualidad. Sugiere que nuestro mejor momento son nuestros años medios: en la vejez sólo hay declive, pérdida y finalmente muerte. Por lo tanto, nuestro destino es volvernos feos e inútiles hasta la muerte. Por lo tanto, no es de extrañar que actualmente muchas personas soliciten el “suicidio asistido” para las personas mayores que están cansadas de la vida y sienten que su vejez se ha convertido en una carga para sus familias.⁵⁵ Esta es una visión fundamentalmente pagana de la vida que sólo trae desesperación.

Pero no creemos en este relato. Creemos que la vejez es sólo una etapa en el paso desde el nacimiento hasta la unión eterna con Dios: No hay momento en esta vida en el que cese la peregrinación cristiana. Cristo continúa llamándonos a ser sus discípulos, a buscar nuestra propia santidad y la transformación de nuestras sociedades mientras podamos responder. En

⁵³ FRANCISCO, Audiencia general, 4 de marzo de 2015.

⁵⁴ FRANCISCO, Audiencia general, 11 de marzo de 2015.

⁵⁵ Ver <https://www.thehastingscenter.org/should-feeling-tired-of-life-be-grounds-for-eutanasia/>

palabras del Papa Francisco: “El Señor nos dice que nuestra historia está todavía abierta: *está abierta hasta el final, está abierta con una misión*. Y con estos tres imperativos nos indica la misión: ‘¡Levántate! ¡Mira! ¡Espera!’”⁵⁶

Rechazamos el relato de la vejez como un deslizamiento hacia la falta de sentido porque sabemos que hay más en un alma humana aparte de su vida en esta tierra. A medida que envejecemos, podemos llegar a ser física y mentalmente frágiles, pero no dejamos de tener una misión. Así que cuando inventemos la vejez, deberemos comenzar con la pregunta: “¿Cuál es la misión de esta persona? ¿Qué les pide Dios que sean y que hagan?”

2. La segunda idea es que “La persona mayor no es un enemigo”.⁵⁷ “Mientras somos jóvenes”, dice el Papa Francisco, “somos propensos a ignorar la vejez, como si fuese una enfermedad que hay que mantener alejada”.⁵⁸ Nos distanciamos de los pobres, los débiles y las personas mayores porque tenemos miedo de la debilidad y la vulnerabilidad. Vivimos en una sociedad que valora a las personas sólo por ser fuertes, por ser independientes, por ser ejemplos de perfección física y mental. Así que cuando somos jóvenes podemos crear una fantasía en la que somos fuertes, capaces e independientes; somos completamente diferentes de las personas frágiles y de edad avanzada que vemos a nuestro alrededor.

Pero está claro en la enseñanza católica, y preeminentemente en la encarnación, que la fragilidad y la dependencia llenan nuestros primeros días y nos ensombrecen a lo largo de nuestra vida: nuestra existencia sólo es posible con la gracia de Dios y con la ayuda de otras personas, todos los días. Las personas mayores nos muestran la verdad sobre nuestra propia humanidad. A medida que envejecemos, podemos volvernos más frágiles, pero eso nos hace *más* humanos, no *menos* humanos. La persona mayor no es un extraterrestre. No es un extraterrestre porque todos somos frágiles y necesitados, todos luchamos contra la debilidad y la vulnerabilidad.

Este es uno de los mensajes centrales de la Misa: nos reunimos como personas quebrantadas y heridas en presencia de Aquel que fue quebrantado y que murió en la Cruz, y que ahora nos llena de su Espíritu de sanación y esperanza. El Cuerpo eucarístico de Cristo sólo se realiza plenamente cuando reconocemos nuestra propia debilidad y fragilidad y vemos en todos los demás

⁵⁶ FRANCISCO, Homilía, 27 de junio de 2017.

⁵⁷ FRANCISCO, Audiencia general, 4 de marzo de 2015.

⁵⁸ *Ibid.*

la luz de la gloria de Dios. Fue, tal vez, lo que san Francisco de Asís percibió cuando obedeció la llamada a abrazar al leproso: la verdad de su propia enfermedad y necesidad.

Tal vez sea esta una razón, una razón espiritual, por la que es tan importante que cuidemos a las personas mayores. Por supuesto, cuidamos a las personas mayores porque se nos manda amar; pero, además, cuando cuidamos a las personas mayores es cuando reconocemos la verdad sobre nuestra propia necesidad, la manera en que también nosotros somos frágiles y necesitamos la ayuda y el apoyo de los demás.

Así pues, para “inventar la vejez” debemos aprender a vernos de manera clara y verdadera: toda persona, de cualquier edad, tiene esos atributos que tratamos de apartar hasta el final de la vida.

3. La tercera idea que deseo explorar es en que consiste un verdadero sueño o visión para el futuro. Nos lo han sugerido algunas palabras del Papa Francisco apenas el mes pasado, en las que dice: “Los ancianos son soñadores - sueños, sin embargo, llenos de memoria, no vacíos, vanos, como los de algunos anuncios; los sueños de los ancianos están impregnados de memoria, y por tanto, son fundamentales para el camino de los jóvenes porque son las raíces”.⁵⁹

Vivimos en una sociedad que nos seduce con fantasías sobre un futuro en el que obtenemos todo lo que deseamos. Todos tenemos “sueños” acerca de nosotros mismos como visiones fuertes, bellas, sabias y poderosas, que surgen de nuestra necesidad infantil de ser el centro de atención: los Padres de la Iglesia siempre las han condenado como tentaciones que nos conducen hacia el pecado. Por el contrario, la Iglesia nos alienta hacia una forma de sabiduría divina arraigada en nuestra memoria compartida: en la narración repetida de los episodios evangélicos, en el recuerdo del testimonio de los santos, en la *anamnesis* de la misa. Gracias a la reflexión sobre estos temas, los sabios alcanzan una verdadera visión del futuro, una esperanza verdadera y rica en lugar de una fantasía falsa y vacía. Esas personas son, como dice Jesús, “como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo”.⁶⁰

De aquí se deduce, que las personas en cuyos sueños y visiones podemos confiar son aquellas que se han impregnado más profundamente del depósito memorial de la Iglesia, que han meditado y relatado sus historias durante más

⁵⁹ FRANCISCO, *Discurso a los miembros de la Asociación Nacional de Trabajadores de la Tercera Edad*, 16 de diciembre de 2019.

⁶⁰ *Mateo* 13,52.

tiempo. Al igual que Jacob, que soñaba con una escalera que alcanzaba el cielo, los verdaderos soñadores son aquellos que sueñan a la luz del Dios Eterno. Nuestra llamada en el mundo no consiste en deslumbrarse por los rápidos cambios de los mundos sociales y tecnológicos que llaman nuestra atención, sino en permitir que las historias de nuestra fe fermenten en nosotros y nos lleven a la sabiduría y la verdadera visión. “Y para nosotros”, dice el Papa Francisco, a esto se le “llama ‘soñar’. Somos abuelos llamados a soñar y dar nuestros sueños a los jóvenes de hoy que lo necesitan. Porque tomarán de nuestros sueños la fuerza para profetizar y llevar a cabo su tarea”.⁶¹

Esto nos conduce de nuevo al tema de *Tenemos que inventarlo por nosotros mismos*. Sólo las personas mayores tienen la madurez, la sabiduría para generar “verdaderos sueños” del futuro en el que son agentes activos y líderes del Pueblo de Dios. Cuando reflexiono sobre estos temas, me parece que hacemos un flaco servicio a los mayores cuando esperamos de ellos se limita a una espera pasiva a ser atendidos por nosotros. Todavía tienen una vida propia que dirigir, como líderes espirituales y autoridades.

Así pues, las personas mayores realmente necesitan “inventarlo por sí mismos”, porque el futuro sigue estando abierto para ellos y Dios los sigue llamando al servicio. Pero, es más, necesitamos que las personas mayores inventen la vejez también para el *resto de nosotros*, porque nuestras sociedades se están extraviando. Como los últimos tres papas han dicho de diferentes maneras, hemos olvidado cómo valorar a las personas mayores porque hemos olvidado cómo valorar cualquier cosa que no sea productiva, o atractiva, o interesante a la vista. En nuestra “sociedad del descarte” nada tiene valor por lo que era en el pasado, o por lo que pueda ser en el futuro: la eficacia lo es todo. Además, queremos apartar de nosotros cualquier cosa que nos recuerde que también somos frágiles, que también envejeceremos. Y no tenemos tiempo para dedicar a los sabios sueños de cristianos maduros que han pasado sus vidas moldeados por nuestra tradición.

Debemos recordar a nuestras sociedades que un ser humano es alguien que es llamado por Dios durante toda su vida; que encuentra su hogar en la comunidad eclesial de penitentes heridos; y cuyos sueños son el fruto de la memoria de toda una vida. Las personas mayores cumplen esta misión entre nosotros, tengamos o no ojos para ver y oídos para escucharlos. Así que cuando nos ocupamos de las necesidades de las personas mayores, no sólo nos estamos comprometiendo con una de las “obras corporales de misericordia”, como se

⁶¹ FRANCISCO, Homilía, 27 de junio de 2017.

las denomina tradicionalmente. Tampoco estamos participando simplemente en un acto de alabanza, cuidando a los necesitados que están más cerca del corazón de nuestro Señor. También participamos en un acto revolucionario y profético: encontrar riquezas y significado en personas que nuestra sociedad a veces desecha como sin sentido; encontrando una verdad acerca de Dios y los seres humanos que traspasa las ilusiones y negaciones de nuestra era.

No deberíamos buscar simplemente consolar a las personas mayores, sino que deberíamos tratar de apoyarlas en sus carismas como líderes y visionarios, a pesar de (o tal vez por causa de) su fragilidad. También debemos seguir apoyándoles en su liderazgo: por una sabiduría tanto nueva como antigua. Las personas mayores pueden conducirnos de vuelta a verdades profundas acerca de nuestra humanidad y nuestra relación con Dios.

Entonces, ¿es “bello ser anciano”? Lo es, para aquellos que tienen ojos para ver y oídos para oír. Tomemos esto en serio, y hagamos de ello nuestro mensaje.

Reinventando la vejez de las personas mayores: una perspectiva estadounidense

Mary M. Cohen

Gracias por la oportunidad de compartir un resumen de nuestros hallazgos sobre la pastoral de adultos mayores en la archidiócesis de Atlanta y la más amplia de los Estados Unidos. Estoy aquí como delegada de un número creciente de personas centradas en las oportunidades, desafíos y necesidades de una población que aumenta tanto en edad como en número en todos los segmentos de la sociedad estadounidense, pero particularmente en nuestras parroquias católicas e iglesias domésticas.

Espero poder ofrecer algunas ideas que contribuyan a esta conversación emergente sobre cómo “reinventar” o “reconsiderar” el envejecimiento de una manera atenta a la experiencia vivida y a las realidades de los adultos mayores de hoy en día.

Situémonos primero. Como muchos de ustedes saben, los Estados Unidos presentan una amplia variedad en una serie de aspectos, que tienen impacto en las experiencias de las personas mayores y en cómo orientamos nuestro pastoral. Nuestro país varía en geografía, clima, población, industria y en aspectos socioeconómicos como son la riqueza, la salud y la educación. Somos un país de pueblos indígenas, así como de inmigrantes nuevos y largamente asimilados.

Tenemos áreas como el Estado Noreste de Maine donde la población está envejeciendo a mayor ritmo que en el resto del país. El estado de Florida en el sureste inferior atrae a muchos jubilados de otras áreas. Cada vez más, las personas se mudan varias veces después del inicio de su jubilación. Luego, cuando requieren mayor asistencia, se mudan cerca de un hijo adulto u otro tipo de apoyo.

Mi hogar en Atlanta está ubicado en el sudeste del estado de Georgia, una gran región metropolitana, bastante representativa de la forma de envejecer en el ámbito nacional.

Nuestra archidiócesis cubre millas de zonas urbanas, áreas rurales, suburbios, montañas, lagos, áreas universitarias, y granjas. La archidiócesis es una de las más grandes de la nación, con más de 100 parroquias y misiones de más de 300 sacerdotes y seminaristas, más de 7 millones de personas de las

cuales 1,2 millones se identifican como católicos; y una mezcla de numerosas razas y etnias.

Hay tres palabras que describen nuestra área: diversa, creciente y que envejece. Volveremos sobre todos estos aspectos.

Ampliando nuevamente la perspectiva a todo Estados Unidos, dos gráficos producidos por la Oficina del Censo de los Estados Unidos nos presentan un panorama llamativo del desplazamiento de la distribución demografía en nuestra nación.

En 1960, la distribución demográfica estadounidense tenía la forma de una pirámide con una gran base de personas dependientes menores de 18 años, apoyada por un sólido número de personas en edad productiva entre 19 y 64 años, y un número menguante de personas mayores de setenta años.

Avanzando rápidamente al año 2060, la demografía proyecta un escenario extremadamente diferente. La evolución creciente de la inmigración junto con el aumento de la esperanza de vida debido a las mejoras en la nutrición, la salud pública, la educación y las tecnologías médicas, aumentan las cifras esperadas para los próximos años. En comparación con la actualidad, para el año 2060, se espera que la población mayor de 65 años crezca hasta los 95 millones, esto es, un 90 por ciento más. Además, se espera que el número de personas mayores de 85 años crezca hasta los 19 millones, casi triplicando su tamaño. Posteriormente, en el año 2035, el número de adultos mayores de 65 años excederá en número a los niños menores de 18 años por primera vez en la historia de Estados Unidos.

Dicho claramente, estas tendencias emergentes traen consigo una amplia gama de desafíos y oportunidades que exigen la atención de nuestro gobierno, empresas y líderes religiosos.

Como es sabido, la Iglesia siempre ha reconocido las bendiciones de la edad. Como un ejemplo de varios pasajes de las Escrituras que abordan el envejecimiento, leemos en el Salmo 92:14: “Plantados en la casa del Señor, florecerán en los atrios de nuestro Dios. Aún en la vejez darán fruto, estarán exuberantes y lozanos”.

La Tradición Sagrada también ofrece una visión de la experiencia del envejecimiento. Siempre me atrae, por ejemplo, el testimonio de nuestros santos como santa Teresa de Calcuta, que llevó a cabo su gran misión hasta bien entrada en su novena década.

En el umbral de este siglo, los obispos de los Estados Unidos emitieron dos documentos visionarios llamando la atención sobre el envejecimiento de la población y proporcionando orientación para envejecer en una comunidad de fe. Estos documentos son Bendiciones de la Edad: *Un Mensaje Pastoral sobre el Envejecimiento en la Comunidad de Fe* y *Nuestros Corazones ardían dentro de nosotros: Un Plan Pastoral para la Formación de los Adultos en la Fe*. Reflejan las ideas que se encuentran en el Directorio Catequético General, la Carta de san Juan Pablo II a las Personas ancianas, y el trabajo del anterior Consejo Pontificio para los Laicos.

Nuestra archidiócesis utiliza estas y otras fuentes de inspiración, incluyendo el firme ejemplo del Papa Francisco y la defensa de las personas mayores, en el desarrollo de nuestra pastoral.

Sabemos ahora que a diario unas 10.000 personas en los EE.UU. alcanzan los 65. Este es un cumpleaños significativo porque es la edad típica en la que las personas comienzan a percibir los beneficios financiados por el gobierno, lo que permite una cierta libertad económica para que muchos puedan retirarse de su trabajo.

La jubilación es un concepto relativamente nuevo en la sociedad estadounidense. Cuando se aprobó la Ley de Seguridad Social de los Estados Unidos en 1935, la edad oficial de jubilación era de 65 años, cuatro años más allá de la esperanza de vida promedio de 61 años para los hombres. Hoy en día, la esperanza de vida promedio es de alrededor de 78 años, cómo las personas gastan el don de esos años adicionales continúa evolucionando.

Algunos estadounidenses, como mi padre que trabajó décadas para la misma compañía, marcan literalmente los días libres en el calendario hasta que alcanzan ese día de la elección. Esperan con impaciencia más horas de ocio y alivio del estrés del trabajo. Otros desean seguir para ahorrar más para pagar deudas o cubrir los gastos de vida asociados con los años adicionales que quedan por delante.

Un número cada vez mayor, sin embargo, ve por delante un período más largo de años y prefiere seguir trabajando o realizar algún voluntariado para mantenerse comprometido. Buscan usar su sabiduría, experiencia y vigor de diversas maneras emocionantes.

Básicamente, todo está siendo reevaluado, redefinido, y como un creativo amigo mío dice, “ireinspirado!”

Por lo tanto, podríamos decir que, si bien hay muchos desafíos que proceden de una sociedad que envejece, a la Iglesia se le presenta una gran

oportunidad para emplear los dones de las personas mayores de maneras nuevas y vitales. También tenemos la oportunidad de acompañar a las personas mayores a lo largo de las transiciones de la vida – que pueden llegar rápidamente a medida que envejecemos – siempre buscando en los triunfos y las pruebas el crecer cerca de Cristo.

Permítanme hacer una pausa aquí para subrayar un punto importante. Puede haber una tendencia a generalizar excesivamente a las personas mayores, que abarcan muchas generaciones desde aproximadamente 55 a más de 100 años. Hay una gran diferencia en las preocupaciones de, digamos, una mujer hispanoamericana de 57 años dando la bienvenida a su primer nieto mientras cuida a los padres mayores, en comparación con un hombre recién jubilado de 68 años, sano, que busca objetivos para sus días no programados, en comparación con una mujer solitaria y frágil de 95 años preguntándose dónde está Dios en su sufrimiento.

Si bien alguna definición es útil para promover la comprensión y facilitar la planificación efectiva, somos más conscientes de que cuanto mayores somos, mayor es la variedad de las experiencias vitales, actitudes, comportamientos, creencias y esperanzas. En otras palabras, cuanto más envejecemos, más diversos nos volvemos individual y colectivamente.

Recientemente he leído un comentario en las redes sociales señalando: “La edad es una categoría estadística, no una identidad”. Ese comentario provoca una pregunta para este foro: ¿Cómo reimaginamos la edad adulta avanzada en el contexto de la sociedad contemporánea?

En mi trabajo, a menudo escucho: “¡Tengo 87 años, pero interiormente no los tengo!” Algunos perciben la tensión de sus cuerpos envejecidos con su espíritu y mente juveniles. Otros tal vez perciben ciertas expectativas de la sociedad para una persona de 87 años y no sienten que encajen en esa descripción.

Estas ideas pueden llevar a preguntas más profundas sobre el sentido de la identidad. ¿Mi identidad se reduce a mi edad, salud, cargo, papel en mi familia, o mis errores, logros, éxitos o fracasos? ¿O realmente reconozco que yo y los demás somos hijos amados de Dios?

Explorar este tipo de preguntas en el contexto del envejecimiento ofrece un tiempo completamente nuevo para reflexionar sobre nuestra vida vivida, cultivar nuestra relación con el Señor y los unos con los otros, servir y buscar Su voluntad para con nosotros. Como Iglesia, ¿cómo podemos aprovechar estos años regalados para acompañar, evangelizar y comprometernos?

En nuestro trabajo diocesano percibimos una reticencia entre los adultos mayores a identificarse con un grupo estadístico de edad o con etiquetas como “senior” o “persona mayor”. Sin embargo, cuando planteamos temas o celebramos eventos directamente relevantes para las preocupaciones de la vida apremiantes de una persona mayor, vemos mucho más afán de participar. En consecuencia, en Atlanta estamos centrando nuestros esfuerzos en el desarrollo y apoyo de iniciativas relacionadas con las transiciones del curso de la vida, típicamente experimentadas por personas mayores.

Algunos ejemplos incluyen la jubilación, los abuelos, la viudez, la enfermedad y la discapacidad, el cuidado, la mudanza y la preparación para el final de la vida. En todas estas experiencias vividas hay preocupaciones corporales y espirituales que brindan una oportunidad para el encuentro centrado en Cristo.

Un ejemplo en la archidiócesis de Atlanta es el desarrollo de la pastoral para la viudez basado en las parroquias. Especialmente gracias a la perseverancia de unas pocas viudas en nuestra archidiócesis, las dificultades sufridas por las personas viudas atraeron nuestra mayor atención. Según el censo estadounidense, más del 25% de las personas mayores de 65 años quedan viudas. Conociendo el aumento de la población, vimos claramente cuántas personas experimentarían adicionalmente lo que algunos expertos consideran como el factor estresante número uno de la vida.

Por supuesto, estamos familiarizados con la enseñanza de la Iglesia sobre el cuidado de las viudas, y sabemos que hay excelentes recursos para tratar el duelo en general, sin embargo, hay un vacío sorprendente en el conocimiento y en el apoyo continuado a los viudos – tanto mujeres como hombres – en los Estados Unidos.

Una viuda expresó su despertar después de que pasaran las primeras penas de dolor declarando: “Dios todavía tiene un plan para mí”. Sin embargo, necesitaba ayuda para avanzar los pasos siguientes.

Una de nuestras parroquias tiene una próspera pastoral para la viudez que estudiamos como modelo. Lo que encontramos fue un foro de compañerismo que compasivamente conducía a las personas fuera de su soledad y miedos hacia una comunidad más amplia de personas que ya han “estado allí” y están deseosas de ofrecer un entorno seguro y hospitalario para acompañar a otros en un viaje similar. Aquellos que han enviudado durante algún tiempo encuentran un nuevo significado en su sufrimiento y propósito

en la vida dando la bienvenida a los viudos recientes, ofreciendo escucha, consejos prácticos y continuas invitaciones a participar.

Muchos miembros utilizan sus dones, conocidos o recientemente descubiertos, para organizar reuniones, planificar misas conmemorativas anuales, organizar viajes de peregrinación, facilitar medios de transporte para los que no pueden conducir, voluntariado en los comedores comunitarios, preparación de comidas de cumpleaños... y la lista continúa.

Una viuda me comentó que mientras ella servía como la cuidadora principal de su esposo que estaba experimentando una enfermedad larga y difícil, sabía que había un apoyo comunitario esperándola para cuando su dedicación actual de esposa y cuidadora terminara. Era un faro de esperanza.

Vemos en esta pastoral muchos frutos espirituales duraderos a medida que las personas sanan y crecen. Este modelo de pastoral para la viudez puede ser un camino de formación continua en la fe y voluntariado. Todo gracias al conocimiento de personas inmersas en su experiencia de vital.

Nuestra archidiócesis ofrece ahora recursos, disponibles en nuestra página web, para el apoyo a líderes que deseen organizar una pastoral para la viudez en su parroquia.

Antes de terminar, desearía abordar la importancia de cultivar la vida espiritual, siempre, pero particularmente como dice mi octogenario mentor, Bill Clarke, cuando “los días venideros son menos que los días pasados”.

En los Estados Unidos, prestamos mucha atención a las distracciones que alejan a nuestros jóvenes de la fe. Observo que tentaciones similares atraen a las personas mayores cada vez con más fuerza. Estas incluyen la tecnología y otras adicciones como, consumismo, obsesión por la apariencia juvenil y ensimismamiento. Una vida espiritual vibrante es un antídoto contra estas tentaciones mundanas.

Es más, a medida que las personas viven sus últimos años con una frágil y dependencia, una vida espiritual vibrante resulta esencial para combatir el miedo, la soledad y la desesperación. En sus memorias de sus últimos años, la autora Sarah-Patton Boyle, entre otras cosas, afirmó lo siguiente: “Ahora sé que, si hubiera seguido pautas espirituales, mi vida actual no estaría ahora desprovista de los ritos familiares. Tendría una acogedora estructura de apoyo desde la cual podría lidiar con los cambios drásticos y las dislocaciones que he padecido”.

En el ejercicio de mi pastoral con las personas mayores a domicilio, he sido testigo de primera mano de cómo florecen aquellos que tienen una vida espiritual activa incluso en medio del caos, la pérdida y la capacidad disminuida. Mi propia madre en la confusión de la demencia estaba atada a su Rosario y cantaba himnos familiares. Otra mujer que visito habitualmente me pregunta cómo puede ofrecer sus oraciones intercesoras por mi familia y nuestra comunidad parroquial. En palabras de un escritor, “son luminosos con la edad”.

Están emergiendo investigaciones a favor de los beneficios que supone una conexión con la comunidad parroquial a través de los visitantes pastorales y la recepción de los Sacramentos. Cuanto más acompañemos a las personas mayores en el cultivo de una vida espiritual vibrante, más preparados estaremos para enfrentar con la gracia los serios desafíos de la edad avanzada.

Resulta alentador ver la mayor atención prestada a la gama de problemas que enfrentan los adultos mayores. Ciertamente, necesitamos más investigación, más becas, más iniciativas creativas y el compartir las mejores prácticas.

Gracias. Me siento honrada y agradecida por su amable atención y ruego que mantengamos discusiones enriquecedoras aquí y de vuelta a nuestras comunidades.

LA PASTORAL DE LAS PERSONAS MAYORES EN LA PASTORAL ORDINARIA

Maria Elisa Petrelli

*Responsable de la Pastoral del adulto mayor de la Conferencia Episcopal –
Argentina*

La pastoral de las personas mayores en la Argentina está integrada como Área de Adultos Mayores en el Secretariado Nacional para la Pastoral Familiar de la Comisión Episcopal para la Vida, los Laicos y la Familia, que integra a su vez la Conferencia Episcopal Argentina; concretamente existe enmarcada en la pastoral familiar. Nos acompañan tres obispos.

Al ser una Comisión que integra la Conferencia Episcopal Argentina, tiene alcance en todo el territorio de la Nación. El cual es muy vasto, con realidades socioculturales muy disimiles y con largas distancias.

Desde el comienzo, en el año 1985, con diferentes nombres, esta Pastoral se encuentra enmarcada en la pastoral familiar y en la Conferencia Episcopal Argentina. Los Obispos fundantes quisieron incorporar esta Pastoral a la pastoral familiar, conscientes que éste era el espacio donde debe hallarse la persona mayor, pues fueron los mayores quienes formaron su familia, fueron los cimientos, los pilares de las familias.

Esta misión quiere promover y alentar una específica pastoral en el seno de las familias: el acompañamiento, el cuidado y la integración de los adultos mayores.

¿CÓMO TRABAJAMOS?

El equipo nacional, en estrecha vinculación con los delegados regionales y diocesanos, anima este servicio, ofreciendo ayudas e inspiración para que las regiones y las diócesis favorezcan una renovada pastoral con los adultos mayores. Y en la Reunión Nacional se suman delegados de movimientos eclesiales y específicamente de Vida Ascendente, donde transmitimos las consignas misionales para el año.

Así caminamos juntos, descubriendo un servicio de gran impacto eclesial y social. Promovemos una cultura que acompañe, cuide e integre el don de las personas mayores, alejándonos de todo vestigio de descarte o indiferencia.

LA MISIÓN PASTORAL CONCRETA

Hay que distinguir dos aspectos de esta pastoral: los mayores dependientes o en situación de vulnerabilidad y las personas mayores que gozan de buena salud. La consigna en ambos aspectos es: que todo cristiano – cualquiera que sea su condición – puede ser un misionero y generar en ellos la conciencia de ser amados por Dios Padre. A su vez, promover un cambio cultural en la población de gratitud hacia nuestros mayores.

1. Para el primer grupo, los mayores dependientes o en situación de vulnerabilidad, nuestro Papa Francisco nos regaló la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* donde en el n. 191 nos exhorta a no abandonar a los ancianos, para lo cual, sugiere despertar el sentido colectivo de gratitud, de aprecio, de hospitalidad, que hagan sentir al anciano parte viva de su Comunidad. A continuación, en los núms. 192 y 193 hace una bella descripción del valor de los ancianos para las familias y para la humanidad en sí misma, retomando el concepto de san Juan Pablo II que los abuelos son puente entre generaciones, insiste en enfrentar la cultura del descarte valorizando que los mayores son historia viva de un pueblo y de una cultura, que de descartar su sabiduría ingresa en la sociedad el virus de la muerte. Finalmente, en este amor fecundo que genera una familia grande, sugiere que se integre a los ancianos y enfermos que sufren soledad, que no reciben el apoyo de sus hijos.

La pastoral orgánica asume este compromiso. Y desde nuestra área alentamos y difundimos las tareas pastorales de la comunidad para que otras diócesis o parroquias puedan replicarlo. Por ejemplo, la diócesis de Reconquista y la diócesis de General Las Heras, un pueblo rural, organizaron los laicos un pesebre viviente móvil, y se detuvo en un hogar geriátrico donde representaron el alumbramiento de María en ese lugar (es sumamente importante haberse detenido en un hogar geriátrico para el nacimiento, porque implica una valoración de los huéspedes del lugar y permitirles a ellos participar en las lecturas y cánticos en el momento más importante de la representación del pesebre). Alentamos la tarea de la Red Sanar en su actividad con las personas mayores y a tantos jóvenes que acompañan a personas alojadas en instituciones geriátricas de larga duración.

Estos mayores también son misioneros a través de la pastoral de la Oración donde las personas postradas asumen el compromiso de rezar. O también en la Pastoral de la Escucha, que consiste en atender de forma telefónica a personas que se encuentran solas, tristes o desesperanzadas.

2. Respecto de las personas mayores autosuficientes, en la década de 1990 se pretendió que ellas pudieran salir del encierro de sus casas, fueran

testimonio del valor de la vida e impulsar su integración a la comunidad parroquial y que ellos se conviertan en sujetos y agentes de evangelización de sus pares, así se fomentó el desarrollo de grupos parroquiales de adultos mayores.

Tuvo mucho éxito e incluso en casi todas las parroquias del país existían grupos de adultos mayores que se reunían semanalmente. Pero advertimos que las personas mayores del siglo XXI son muy distintas a los mayores del siglo XX. Hoy quieren ser protagonistas, no se contentan con participar en un grupo parroquial. Todos salen de sus casas, son activos, manejan internet y redes sociales, deseosos de brindar su sabiduría, su tiempo, para el bien de sus hermanos.

Como mencioné anteriormente, una pastoral orgánica también se refiere a los adultos mayores que tienen mucha vitalidad, capacidades y voluntad de evangelizar y misionar. Capacidades que muchas veces no se valora, pero el gran desafío de *Amoris laetitia* es encomendar a los adultos mayores, como miembros de la pastoral familiar, a salir a evangelizar: no quedarse en una actitud cómoda de recepción de servicios a su favor, sino de salir al encuentro de las familias, de los matrimonios, de los jóvenes.

Hay que repensar una pastoral propia de las personas mayores:

La exhortación es muy clara en proponer una conversión misionera: “*es necesario no quedarse en un anuncio meramente teórico y desvinculado de los problemas reales de las personas*” (n. 201), porque no se trata solamente de presentar normativas, sino de proponer valores, sin prejuizar a nadie, sin desechar a nadie, sin imponer los valores evangélicos, sino mostrarlos y vivirlos.

Así, esta pastoral encuadrada dentro de la pastoral familiar propone que las personas mayores sean misioneros familiares. Ya sea en sus propias familias o en actividades hacia otras familias siendo *agentes de pastoral familiar* (con la ayuda de psicopedagogos, médicos, la pastoral de las personas mayores en la pastoral ordinaria, asistentes sociales, abogados, psicólogos, sociólogos, y Counselling, que también pueden o no, ser personas mayores). Evangelizando con el Kerigma y el Magisterio de la Iglesia. Entre las misiones que desempeñan podemos destacar:

A) *Acompañar a los jóvenes matrimonios en sus primeros años de convivencia.* La exhortación mencionada reconoce: “*Resulta de gran importancia en esta pastoral la presencia de esposos con experiencia. La parroquia se considera el lugar donde los cónyuges expertos pueden ofrecer*

su disponibilidad a ayudar a los más jóvenes” (AL 223). Para que los matrimonios jóvenes o frágiles puedan aprender a encontrarse, a detenerse el uno frente al otro, e incluso a compartir momentos de silencio que los obliguen a experimentar la presencia del cónyuge. Es allí cuando los matrimonios que tienen buena experiencia de haber aprendido en este sentido, pueden aportar los recursos prácticos que les fueron útiles, como la programación de tiempos juntos gratuitamente, la relación con los hijos, las diversas maneras de celebrar cosas importantes, los espacios de espiritualidad compartidos, generar una rutina propia de gestos de amor.

B) *Acompañar a matrimonios de un cónyuge católico y el otro agnóstico o que no quiere vivir un compromiso con la fe.*

C) *Integrar las consultorías que se creen sobre diferentes situaciones familiares como adicciones, infidelidad, violencia familiar, talleres de formación para padres e hijos.*

D) *Otro camino de acercamiento es la bendición de los hogares o la visita de una imagen de la Virgen, que dan la ocasión para desarrollar un diálogo pastoral acerca de la situación de la familia. Tarea que sí suelen realizar los adultos mayores en nuestras parroquias.*

E) *Integrar centros de escucha especializados en las diócesis para acompañar, acoger y valorar el dolor de quienes han sufrido injustas separaciones, divorcio, abandono o maltratos del cónyuge. En una pastoral de la Reconciliación y la mediación hacia el perdón por las ofensas recibidas. Integrar la pastoral del duelo para quienes sufren la ausencia de un ser querido.*

F) *Misionar a través de los medios de comunicación.* Así en “Radio Grote” de la Federación de Obreros Católicos, personas mayores tienen un programa de radio “*Guardianes de la Memoria*”, donde transmiten valores y generan en vivo un diálogo muy valioso con jóvenes. Con el propósito de llevar a la práctica el anhelo de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco: “*¡Cuánto quisiera una Iglesia... con la alegría desbordante de un nuevo abrazo entre los jóvenes y los ancianos!*” (AL 191).

3. Estas son algunas de las misiones familiares que pueden realizar. Pero, ¿cuáles son los desafíos? ¿Los aspectos negativos con los que nos encontramos para lograr estos objetivos?

En primer lugar: nadie quiere reconocerse adulto mayor. Son los mayores quienes asumen la pastoral familiar en sus distintas actividades, pero ninguno quiere ser reconocido como parte de esta pastoral.

En segundo lugar: están acostumbrados a relacionar “pastoral del adulto mayor” con formar parte de un grupo parroquial donde se reúnen solamente para recibir formación. Y la mayoría de los mayores del siglo XXI no quieren eso.

En tercer lugar: los párrocos que estiman que en las misas hay mayoría de mayores, por lo tanto, no se requiere una actividad pastoral propia para ellos.

Para vencer estos desafíos en el año 2018 lanzamos, el día de san Joaquín y santa Ana, donde se convoca a todos los mayores a buscar su lugar en la parroquia.

Así es que los mayores están integrados a labores evangelizadoras en catequesis prebautismal, Cáritas, formación de matrimonios, acompañamiento de matrimonios, y personas con situaciones de fragilidad entre otras cosas. Pero esto genera que no hay un espíritu de cuerpo, de unión entre ellos; por eso hemos pensado enviar una catequesis para los mayores con mensajes bíblicos y palabras de nuestro Santo Padre vía WhatsApp para el año 2020.

Al integrar esta pastoral, la conferencia episcopal nos permite utilizar todos los medios de comunicación de este organismo; si los obispos aprueban las propuestas, ellos mismos lo implementan en sus diócesis, así es más factible obtener el éxito en la misión pastoral. Esta integración es un bien para las personas mayores y para que ellos sean protagonistas de la nueva evangelización y *“remen en vez de dejar los remos al costado del bote”*.

CONCLUSIONES. HACIA UNA PASTORAL DE LAS PERSONAS MAYORES

Gabriella Gambino

Subsecretario del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Lo que hemos escuchado y aprendido en los últimos días sobre la condición de las personas mayores en el mundo nos presenta enormes desafíos de naturaleza cultural, pastoral y espiritual.

Hay lugares geográficos en los que algunas semillas de la pastoral están fertilizando las tierras áridas y lugares en los que hay necesidades extremas que aún no pueden ser atendidas. Hay inmensos lugares donde la enorme presencia silenciosa de tantas personas mayores comienza a convertirse en un grito sin voz. Hay muy poca pastoral para las personas mayores en el mundo. Sin embargo, también hemos escuchado que existen algunos ejemplos que pueden propagarse por el mundo muy rápidamente. El deseo y la voluntad de la Iglesia es escuchar el grito de aquellos que no pueden hacerse oír porque son frágiles, están aislados, porque están solos, sin familia, enfermos, discriminados y excluidos, solamente por el hecho de ser personas mayores.

Por eso, al final de estos dos días, en nombre de nuestro Dicasterio, os animo a continuar nuestras reflexiones comunes en vuestras diócesis y en las realidades pastorales a las que pertenecéis. La conferencia ha acabado, pero comienza un *proceso de evangelización* que depende de las iglesias locales. Hemos puesto los cimientos juntos, ahora debemos continuar el trabajo.

Gracias por vuestro interés, por vuestro valor para estar aquí, por vuestra fiel respuesta a la llamada del Papa Francisco para cuidar de las personas mayores.

Incluso en los más amplios foros internacionales se ha incluido en la agenda⁶² para los próximos años la urgente necesidad de proteger de manera decisiva a las personas mayores desde el punto de vista de la inclusión, salvaguardándolas de la cultura del “edadismo” -que considera el paso de los años como una devaluación- y de todas las formas de discriminación. Corregir la representación negativa y degradante de la vejez, dominante hoy en día en

⁶² *UN Program on ageing*, establecido por la Asamblea General en 2010 con la resolución 65/182 para fortalecer la protección de los derechos humanos de las personas mayores.

muchas sociedades, debe ser un compromiso cultural y educativo que involucre a todas las generaciones.

La vida es un don, en todo momento, y mientras sigamos sin dar valor a la vejez tampoco sabremos dar valor ni siquiera a la vida naciente y a los niños, a los enfermos y a cualquiera que manifieste una forma de ser diferente de ese ideal ficticio de perfección hedonista y narcisista del que están empapados la posmodernidad y el mercado. Es hora de actuar, para que los que avanzan en años puedan envejecer con dignidad, sin temor de ser rechazados y de no contar para nadie. Por esta razón, debemos cambiar el activismo de algunos contextos eclesiales en una actitud de mayor escucha, cuidado y discernimiento de las necesidades de aquellos que van más despacio porque sus fuerzas se debilitan, pero que pueden ser una parte viva y activa de la sociedad.

Somos Iglesia y, como tal, debemos sentirnos interpelados a intervenir e inventar creativamente la pastoral de las personas mayores. Necesitamos una atención pastoral que esté atenta a la diversidad de las necesidades y que esté dirigida a mejorar las capacidades y posibilidades de cada individuo. Esto requiere dos actitudes internas: un fuerte deseo de conversión del corazón para captar el *significado profundo del valor de la persona anciana y una actitud de don entre generaciones*.

Hay un mandamiento muy hermoso en las Tablas de la Ley, hermoso porque corresponde a la verdad, capaz de generar una profunda reflexión sobre el sentido de nuestra vida: “honra a tu padre y a tu madre”. Honor en hebreo significa “peso”, valor; honor significa reconocer el valor de una presencia: la de aquellos que nos han generado a la vida y a la fe. Esta presencia no se refiere solamente a nuestros padres, sino a nuestros abuelos y a los que nos han precedido a través de las generaciones. “Es el mandamiento que contiene un resultado” - explica el Papa Francisco⁶³ - para que, honrando a los que nos han precedido, se puedan prolongar nuestros días y seamos felices (*Dt 5,16*). La realización de una vida plena y de sociedades más justas para las nuevas generaciones depende del reconocimiento de la presencia y riqueza que los abuelos y las personas mayores constituyen para nosotros, en todos los contextos y lugares geográficos del mundo. Y este reconocimiento tiene su corolario en el respeto, que es tal, si se expresa en la *acogida, el cuidado y la valoración de sus cualidades*. La vejez se manifiesta como un “tiempo favorable” en el que todo converge, para que podamos captar el sentido de la vida y alcanzar la “sabiduría del corazón”.⁶⁴ Pero es necesario crear las

⁶³ FRANCISCO, *Catequesis sobre los mandamientos*, 19 de septiembre de 2018.

⁶⁴ JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, 1 de octubre de 1999.

condiciones para que todos nosotros, en nuestro camino hacia la ancianidad, maduremos esta sabiduría, es decir, la “fuerza tranquila con la que ponemos orden en lo que sucede en la vida, preservamos el pasado y llevamos adelante el futuro”, una especie de resolución que hace que la vida sea densa, seria y preciosa.⁶⁵

La profunda belleza de esta enseñanza es la que debemos transmitir a las nuevas generaciones, con una *nueva e intergeneracional pastoral* que sepa incitar a los jóvenes al diálogo, ya desde el catecismo, con las personas mayores de su barrio, de la parroquia, de las calles y de las casas. Debemos crear condiciones concretas para que pueda haber un verdadero *intercambio de dones* entre generaciones. Esto nos ayuda a preparar a nuestros hijos para una vida densa, hecha de *servicio y diálogo*, para que un día puedan aceptar el pasar de los años, el debilitamiento de las fuerzas y tener una hermosa vejez ellos mismos.

Concretamente, teniendo en cuenta la heterogeneidad de la situación de las personas mayores en los cientos de diócesis del mundo, así como en los diferentes contextos culturales y sociales, juntos, podemos concluir, teniendo en cuenta algunos puntos para poner en la agenda una vez que hayamos regresado a casa, que esperamos poder poner en práctica según las necesidades de nuestras diócesis:

1. Considerar al gran pueblo de las personas mayores como parte del *Pueblo de Dios* y no sólo como objeto de atención caritativa. Son una parte considerable del laicado católico y tienen necesidades especiales que debemos tener en cuenta. Por esta razón es necesario que las diócesis creen *departamentos dedicados* a la pastoral de las personas mayores.
2. *Una pastoral en salida*. La pastoral de las personas mayores, como toda pastoral, debe ser incluida en la nueva era misionera inaugurada por el Papa Francisco con la *Evangelii gaudium*. Esto significa: anunciar la presencia de Cristo a las personas mayores. La evangelización debe apuntar al crecimiento espiritual de cada edad, ya que la llamada a la santidad es para todos, también para los abuelos. No todas las personas mayores han encontrado ya a Cristo, y aunque lo hayan hecho, es indispensable ayudarles a *redescubrir el sentido de*

⁶⁵ Romano GUARDINI, *Las etapas de la vida. Su importancia para la ética y la pedagogía*, Biblioteca Palabra, 8ª ed. 2019 (*Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung*, 1957).

*su Bautismo*⁶⁶ en una fase especial de la vida y en una triple dirección: a. redescubrir el asombro ante el misterio del amor de Dios y la eternidad; b. para superar la concepción generalizada de un Dios juez que castiga, y en cambio descubrir la relación con el Dios del amor misericordioso; c. pedir a las personas mayores que forman parte de nuestras comunidades, que sean protagonistas de la *nueva evangelización* para transmitir ellas mismos el Evangelio. Están llamadas a ser misioneros. ¿Dónde? Entre las personas mayores, los enfermos, los pobres, con los niños, en las familias y como esposos con testimonios de vida.

3. No establecer la pastoral de las personas mayores como un sector aislado, sino según un enfoque pastoral *transversal*. Es necesario que en todos los ámbitos de nuestro compromiso eclesial los tengamos en cuenta: la pastoral juvenil, familiar, laical. En este sentido, el Dicasterio tendrá en cuenta a las personas mayores en el contexto del Encuentro Mundial de las Familias y las JMJ.
4. *Valorar* los dones y carismas de las personas mayores, en la actividad caritativa, en el apostolado, en la liturgia, por ejemplo, implicándolas más en el diaconado permanente, en los ministerios del Lectorado y del Acólito. Pero también en los servicios litúrgicos, en el trabajo de secretaría de la parroquia, y como ministros de la Eucaristía.
5. *Apoyar* a las familias y estar presentes con ellas cuando necesiten cuidar de los abuelos ancianos. Las familias deben ser un *hogar* para los abuelos. Se debe alentar a las personas mayores a que permanezcan en su propio hogar con una atención domiciliaria integrada. La capacitación de profesionales y voluntarios ha de estar a la altura de sus necesidades. Y apoyar el asociacionismo familiar: las familias por sí solas no pueden con todo. Es necesario fomentar las *redes entre las familias*, para que sientan que pueden compartir sus esfuerzos y responsabilidades con otras familias. Para las personas mayores, la estabilidad en su familia es un factor esencial para su bienestar, en los estudios internacionales ocupa el segundo lugar después del valor de la salud. Y es necesario protegerlas con determinación y coraje de toda forma de abuso y violencia, psicológica, física y moral, tanto en las familias como en las instituciones, dirigiéndose a los diversos

⁶⁶ Cfr. PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y el mundo*, Ciudad del Vaticano 1998.

organismos civiles, y también eclesiásticos, en los que los abusos puedan ser denunciados sin temor. De la misma manera, debemos promover en las familias una actitud de estima hacia los abuelos, que pueden tener un papel educativo esencial en la transmisión de la fe, en la memoria de las raíces, en el testimonio de la oración. En el mundo hiperconectado, que cambia a una velocidad tecnológica a veces deshumanizadora, las personas mayores suelen quedar excluidas. Hay personas mayores que aprenden a utilizar Internet y sus herramientas digitales, pero también hay muchas personas mayores que ya no tienen las habilidades cognitivas para hacerlo y permanecen excluidas. No tienen acceso a las dinámicas virtuales que enjaulan a sus hijos y nietos, y se convierten en observadores silenciosos de un mundo que tiende a cancelar y abrumar las raíces, la memoria, las tradiciones y los valores humanos y cristianos. Su papel es indispensable para recordarnos de dónde venimos, porque “el hombre es un ser narrador”, que necesita “revestirse de historias para custodiar su propia vida”.⁶⁷

6. *Poner fin* a la cultura del descarte. Pensemos en todas las personas mayores que piden ser internadas en una residencia para no ser una carga. En el futuro, la sensación de la propia inutilidad podría tener resultados aún más preocupantes. Y en algunos países la eutanasia - explícitamente condenada por la Iglesia - ya se propone a las personas mayores solitarias y cansadas de vivir. Por lo tanto, cuando las personas se preguntan si su vida sigue siendo útil o de interés para alguien, pues bien, hay un vacío que la pastoral de la Iglesia debe llenar, hay una necesidad de un hombre que clama, que busca una mano que lo ayude. Busquemos estos vacíos, tendamos nuestras manos con coraje y amor. Como Dios Padre hace con cada uno de nosotros, cuando manifestamos nuestra debilidad y le pedimos ayuda.
7. *Cuidar* la espiritualidad de las personas mayores, para que la religiosidad de las personas mayores, junto con la piedad y la práctica devocional, sean sumergidas en una auténtica y profunda relación espiritual con Dios. El hombre que envejece no se acerca al final, sino que necesita acercarse a Dios y al misterio de la eternidad: 1. con *el apostolado de la oración*, que todas las personas mayores, incluso las más enfermas, pueden realizar. Cada persona mayor enferma, a través

⁶⁷ FRANCISCO, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones*, 2020.

de la oración, ipuede abrazar el mundo y puede cambiarlo con su fuerza! De hecho, incluso cuando es débil, cada persona puede convertirse en un instrumento de la historia de la salvación. 2. Con el *cuidado de los sacramentos*: Reconciliación, Eucaristía y Unción de los enfermos, explicando mejor este increíble don del Espíritu Santo, que demasiadas personas en el mundo confunden con un sacramento que anuncia la muerte, cuando en realidad es una fuerza para afrontar con serenidad y confianza cualquier dificultad del alma y del cuerpo. 3. Con el *diálogo espiritual*: con el paso de los años, la persona sigue viviendo la sucesión de las diferentes fases de la vida espiritual⁶⁸ y es necesario que nos ocupemos de los interrogantes, de la necesidad de intimidad con Cristo y de la participación en la fe, que existe también en las edades más avanzadas de la vida.

Estas son las pocas pautas que os podemos dar. Las soluciones concretas no pueden venir de nuestro Dicasterio, sino que sois vosotros los que las elaboraréis y maduraréis al encontraros con vuestros mayores. No se necesitan estrategias, sino relaciones humanas de las que puedan surgir redes de colaboración y solidaridad entre diócesis, parroquias, comunidades laicas, asociaciones y familias. Necesitamos redes sólidas con raíces fuertes, no iniciativas fragmentadas y frágiles, incluso si es de las semillas más pequeñas - como del grano de mostaza - que a veces nacen los proyectos más grandes.

Nosotros os acompañaremos y apoyaremos. Recordemos, como decía Romano Guardini, que la vejez es la edad de la sabiduría, que a menudo es el fruto de la experiencia: “lo que se crea cuando lo absoluto y lo eterno penetran en la conciencia y desde ella arrojan luz sobre la vida”. En el debilitamiento de las fuerzas, la persona mayor, aunque sea menos activa, *irradia*: con su sabiduría puede manifestar el sentido de las cosas. Y el hombre, para seguir siéndolo, siempre necesitará este sentido.

⁶⁸ JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, 1 de octubre de 1999.

CONCLUSIONES

para una pastoral de las personas mayores

1. **Crear departamentos** en las conferencias episcopales, en las diócesis y en las parroquias dedicados a la pastoral de las personas mayores
2. Una pastoral **en salida**: personas mayores misioneras, con la acción y con la oración
3. Una pastoral **transversal e intergeneracional**
4. **Valorar** los dones y carismas de las personas mayores en el apostolado
5. **Apoyar** a las familias, que deben hacerse un «hogar» acogedor para los abuelos
6. **Poner fin** a la cultura del descarte
7. **Cuidar** la espiritualidad de las personas mayores

